

CONCURSO LITERARIO AUTOBIOGRÁFICO

Confieso que he vivido

Séptima edición / 2021





CONCURSO LITERARIO AUTOBIOGRÁFICO

Confieso que he vivido

Séptima edición / 2021

NOVIEMBRE 2021/ SANTIAGO DE CHILE

Menciones Honrosas

Nacionales

ARICA Y PARINACOTA

Luis Toro O. (67)

-Martín

Celinda Tapia R. (63)

-El tesoro del abuelo

TARAPACÁ

Orlando Gatica V. (79)

-El árbol

Isabel Rosales M. (65)

-La historia de la flaca

ANTOFAGASTA

Juan Saavedra R. (69)

-Tierras lejanas del norte

Eleuterio Echeverría E. (79)

-La travesía

ATACAMA

Delicia Bonilla (94)

-Fuerza de mujer

Mery Schampke G. (63)

-Ángeles que salvan

COQUIMBO

Ana Barrios M. (93)

-La epopeya de Atacama.

Patricia Jopia A. (71)

-Suicidio en la Torre 16

VALPARAÍSO

María Valenzuela R. (77)

-Juzguen ustedes

José Pereira N. (63)

-Carta a mi hija

L.B. O´ Higgins

Ernesto Díaz V. (71)

-Lamento de un anciano

Nancy Inés Méndez M. (79)

-El silencio de Margarita

MAULE

Ana Lepe C. (62)

-Confieso que no lo he vivido...

Belarmino Flores P. (72)

-Vivencia en el tren



Menciones Honrosas Nacionales

ÑUBLE

Plinia Vásquez Y. (69)

-Mi cámara flotadora

José Molina M. (74)

-Recuerdos de un profesor normalista

BIOBÍO

Doris Vásquez A. (65)

-Como si fuera de otra arcilla

Rodrigo Zenteno G. (66)

-Volviendo a vivir

LA ARAUCANÍA

Marión Sánchez V. (80)

-Mi infancia

Luis Jara A. (80)

-¿Qué serás cuándo grande?

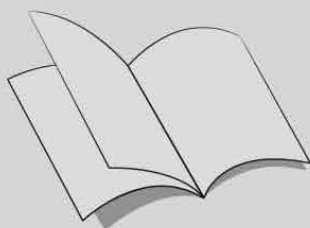
LOS RÍOS

Rubén Arcos J. (71)

-Porfiados de los porfiados

Carlos Zúñiga O. (79)

-El avión Catalina



LOS LAGOS

Humberto López C. (77)

-El regalo

Germán Varas S. (68)

-La dura

AYSÉN

Juan Bahamonde G.(66)

-El toque de queda

Hernán Araneda S.(69)

-¡No cruces el Baguales!



MAGALLANES

Alfredo Soto O. (62)

-GAIA: Diosa de la tierra y de los dueños...

Gladys Martínez R. (68)

-Un día de lluvia en Chiloé

METROPOLITANA

Elizabeth Carrizo C. (61)

-Cenizas

Juan Boza C. (65)

-Copito

Menciones Honrosas Internacionales

ARGENTINA

Oscar A. Pandiani. (66)

Hasta pronto corazón



FRANCIA

Grall Hubert. (84)

Amores arco iris



CONCURSO LITERARIO AUTOBIOGRÁFICO

Confieso que he vivido

Séptima edición

El Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA), presenta:
Concurso Literario Autobiográfico
Confieso que he vivido, séptima edición.

Publicado con financiamiento del programa
Envejecimiento Activo de SENAMA.
Noviembre 2021

Edición:

Unidad de Comunicaciones
Unidad de Fomento a la Participación
SENAMA

Diseño e impresión:

Quilicura Impresores

PRESENTACIONES

Cecilia Morel Montes , Primera Dama	6
Karla Rubilar Barahona , Ministra de Desarrollo Social y Familia	8
Octavio Vergara Andueza , Director Nacional del Servicio Nacional del Adulto Mayor	10

RELATO GANADOR NACIONAL

Las tres corbatas - Región del Maule	12
---	----

RELATOS GANADORES POR REGIÓN

No me dejes, no me abandones -Región de Arica y Parinacota	21
Una cápsula diaria -Región de Tarapacá	31
Ya no le creo al espejo -Región de Antofagasta	37
No puedo compadre, mañana me caso -Región de Atacama	41
Mi primer salto -Región de Coquimbo	50
Pingüino de Humboldt -Región de Valparaíso	59
Mujer sin sombra -Región Metropolitana	63
Yo no creo en brujos Garay...pero de haberlos...los hay Región del L.B. O´ Higgins	78
El relincho -Región de Ñuble	87
Mi último cuento -Región del Biobío	91
Viaje por las montañas -Región de La Araucanía	95
Gira de estudios -Región de Los Ríos	106
Historias de población -Región de Los Lagos	117
Navegando en el Calbuco -Región de Aysén	135
Mi río seco natal... Pampa Alegre -Región de Magallanes	141

RELATO PRIMER LUGAR INTERNACIONAL

Puesta de Sol - Argentina	148
----------------------------------	-----

RELATO MENCIÓN INCLUSIVA

El valor de vivir - Región de Valparaíso	151
---	-----

RELATO MENCIÓN VOCES DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS

Resumen de la historia de mi vida - Región de Antofagasta	154
--	-----

PRESENTACIÓN

Una vez más, personas mayores a lo largo de todo el país nos emocionan con sus maravillosos relatos que forman parte del “Concurso Literario Autobiográfico Confieso que he Vivido”, de SENAMA.

El Concurso fomenta la lectura y promueve la participación de los adultos mayores en la cultura y sociedad en general. Además, permite rescatar las múltiples historias, anécdotas y experiencias que han ido acumulando a través de los años, y transformarlas así en un verdadero legado para las futuras generaciones.

Tenemos que visibilizar a las personas mayores con este tipo de acciones, que destacan el envejecimiento positivo, participativo y saludable, el mismo que estamos trabajando con una serie de acciones y políticas públicas enmarcadas en el programa “Adulto Mejor”. Queremos que los mayores sean fundamentales en nuestro país, y en ese sentido, generar estos espacios literarios, aporta enormemente a la inclusión social de ellos.

Este Concurso premia las vivencias y experiencias que nosotros, los adultos mayores, hemos tenido, y que se transforman en un tesoro vivo, que más que guardar en un cajón, es necesario mostrar y compartir con los demás.

Quiero destacar a las personas mayores que enviaron más de mil relatos este año, porque se entusiasmaron y se sumaron a esta linda iniciativa, gracias por escribir y así compartir con nosotros sus historias de vida.

Y muy especialmente, felicito al ganador del concurso, a don Luis Valenzuela Cerón, de Curicó, quien nos relata y emociona con una conmovedora historia amor de su bisabuela. Además, saludo a todos los ganadores regionales, al ganador internacional, y a quienes obtuvieron las menciones “Honrosas”, “Voces de Pueblos Originarios” e “Inclusiva”. Todos ustedes son un ejemplo y motivación, no solo para nosotros, los adultos mayores, sino que para las generaciones más jóvenes que buscarán seguir su ejemplo de vida.

Invito a todos a sumergirse en el maravilloso mundo de la lectura y a empaparse de las experiencias y vivencias de las personas mayores, y así ver el gran aporte que son y que seguirán siendo para nuestra sociedad.

Cecilia Morel Montes
Primera Dama de Chile

PRESENTACIÓN

El “Concurso Literario para Personas Mayores Confieso que he Vivido” se ha constituido, desde 2015 a la fecha, en una de las iniciativas más reconocidas del Servicio Nacional del Adulto Mayor. Esto no es producto de un hecho fortuito, sino el fiel reflejo de lo que debe ser la promoción de un envejecimiento activo, saludable y que fomente las capacidades intelectuales de las personas mayores.

Actualmente, en Chile cerca del 19% de la población es mayor 60 años, y se espera que para el año 2026 este porcentaje supere al de los menores de 15 años. Estas cifras no deben interpretarse solo como un incremento cuantitativo, pues son una realidad que nos demanda, por una parte, fortalecer las políticas públicas en favor de las personas mayores y, por otra, generar un cambio de paradigma entorno a lo que esperamos de esta importante parte de nuestra población.

El “Concurso literario para Personas Mayores Confieso que he Vivido” sin duda apunta en esta dirección. Y lo hace porque la creación artística significa emprender un recorrido que exige inteligencia, imaginación y trabajo, antes que quedarse a la vera del camino, como si fuéramos actores secundarios de nuestras propias vidas.

Las personas mayores están llamadas a ser protagonistas activas de

sus vidas. No esperan de nosotros ser tratadas con condescendencia, sino que se les reconozca en sus derechos, se les demande en sus deberes y se confíe en el despliegue de sus capacidades intelectuales. Es decir, que los veamos y los tratemos con todo el peso de su dignidad.

Los 19 cuentos reunidos en esta nueva versión del concurso nos hablan de todo esto, haciéndonos valorar vidas que, con sus luces y sus sombras, están llenas de significado. Mi invitación es a leer estas historias, a sabiendas que este simple y delicado acto significa entrar en una conversación profunda con sus autores, porque detrás de todo gran relato con el que nos sumergimos en su lectura, existe una vida todavía mucho más grande de la que podemos aprender.

Karla Rubilar Barahona

Ministra

Ministerio de Desarrollo Social y Familia

PRESENTACIÓN

Con mucho orgullo quiero presentarles la séptima versión del libro “Concurso Literario Autobiográfico Confieso que he Vivido”, que representa el compromiso de las personas mayores con la cultura, quienes incluso en pandemia siguieron respondiendo a nuestra invitación como cada año.

Esta iniciativa se ha consolidado como una enriquecedora instancia de participación social para las personas mayores, constituyendo un espacio donde las nuevas generaciones pueden conocerlos y aprender más sobre ellos.

Consus relatos, las personas mayores nos cuentan de sus experiencias, algunas alegres, otras tristes, de esfuerzo y perseverancia, anécdotas que muchas veces nos sacan más de una sonrisa y otras que nos conmueven y emocionan. Las historias que las personas mayores comparten con gran generosidad, no solo representan sus vivencias más recientes, sino que también aquellas de su niñez y juventud, plasmando sus recuerdos en estos textos únicos.

Este año nos llegaron más de mil relatos de las distintas regiones del país, pero también fuimos capaces de traspasar las fronteras y lograr que cerca de 100 personas mayores de distintos continentes respondieran a nuestro llamado a participar.

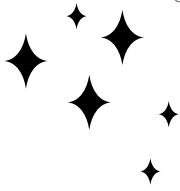
Quiero agradecer a todos ellos y reconocer a cada uno de los mayores que se animó a escribir, a recordar y compartir con nosotros parte importante de sus vidas.

También felicito a todos los ganadores regionales, al ganador internacional, y a quienes obtuvieron menciones “Honrosas” del país y del extranjero; “Voces de Pueblos Originarios” e “Inclusiva”.

Muy especialmente felicito a Luis Valenzuela Cerón, de Curicó, cuya pasión por la escritura nació desde pequeño y que en esta oportunidad lo llevó a ser el ganador del concurso con su relato “Las Tres Corbatas”, donde narra una linda y emotiva vivencia de su bisabuela.

Los invito a leer estas historias, a disfrutarlas y a inspirarse en ellas para que podamos avanzar en el respeto, el reconocimiento y la inclusión de las personas mayores y así construir un mejor país, con oportunidades para todos y todas.

Octavio Vergara Andueza
Director Nacional
Servicio Nacional del Adulto Mayor



GANADOR NACIONAL

Región de Maule

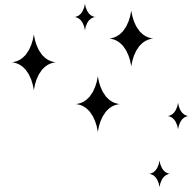
LAS TRES CORBATAS

LUIS VALENZUELA CERÓN. (73 años)

Curicó



Emelina en sus años verdes fue guardacruces.



En su vejez se jactaba, con esa arrogancia parvulita, de que jamás accidente alguno había ocurrido mientras ella cumplía sus funciones y obligaciones junto a la línea férrea. Jamás había dejado de ondear sus banderillas y de bajar la barrera cuando se acercaba un tren. Contaba de muchas desgracias que ocurrían más allá o más acá del cruce El Boldo y que generalmente sucedían los fines de semana, en las noches, cuando los borrachos terminaban sus juergas y se iban por los durmientes hacia otras localidades, siendo sorprendidos por los trenes que los asaltaban de frente o a sus espaldas, arrollándolos de tal forma que sus cuerpos quedaban despedazados y diseminados sobre la vía en más de una cuadra. También presenció algunos suicidios atroces en la estación principal y otros que no alcanzaron a consumarse a su instancia, interviniendo oportunamente para que ello no ocurriera. Historias las tenía por mil y de todos estos infortunios podía hablar horas y horas mientras tuviera una audiencia capaz de oír sus prolongados relatos.

De todas las historias contadas por Emelina, existe una que yo nunca he olvidado y que, además, fue a mí al único a quien se la relató una tarde que llovía fuertemente y que, a la orilla del brasero, ella consumía delicadamente agua de yerba mate en una calabaza que sostenía con sus dos manos, cuya piel semejaba un papiro rugoso escrito con historias de más de ochenta años.

Hoy echaré mano a toda mi memoria para escribir aquel relato, y no con el afán de demostrarme la buena memoria que pudiera tener hoy, sino para leerlo cuando esté viejo y ya no pueda acordarme ni siquiera de cómo se anudan los cordones de mis propios zapatos.

Así comenzó Emelina su narración, mientras yo guardaba el emboque, con el que recientemente había hecho cien puntos:

“Una vez, el tren que iba de Santiago hasta Chillán sufrió un desperfecto y quedó detenido justo a un costado del cruce El Boldo. Era de noche y llovía copiosamente. Mucha gente empezó a bajar del tren, y así como iban donde el conductor del convoy, también lo hacían hacia mi garita de guardacruces a preguntar por la causa de la detención del tren. Eso tenía para mucho rato, pues la caldera de la locomotora había sufrido una avería en uno de sus conductos, por lo que el tren no volvería a reanudar su marcha hasta que este desperfecto lo solucionaran convenientemente los técnicos ferroviarios. Cuando todos se enteraron de la causa de la detención del convoy, y además por la lluvia, toda la gente volvió a los vagones y yo quedé sola en la garita del cruce, con la única compañía de un pequeño brasero y una tetera, la que me daba agua caliente para beber después la infusión de mis hierbas preferidas. De pronto, y como salido de las sombras, a la puerta de mi garita se hizo presente un joven muy bien vestido, y con una maleta en su mano, que me preguntó educadamente hasta qué hora estaría

parado el tren allí. Respondí que no lo sabía con certeza, pues esos inconvenientes podían demorar un instante como una eternidad. El joven volvió a hablarme, preguntándome si podía quedarse en la garita un instante solo hasta que su presencia me incomodara, luego volvería al coche, ya que era un pasajero que iba en viaje a Chillán y que prefería en ese instante estar afuera del tren que dentro de él. Entonces yo hice un espacio en la banqueta que gentilmente cedí al joven, quien tomó asiento a mi lado, separado únicamente por una cuarta de madera. Aquello me incomodó, pero nada dije, y esto por timidez; no obstante, le ofrecí un jarro de agua caliente con hierba de manzanilla, la que recibió con mucho agradecimiento. El joven me volvió a hablar para decirme que semanalmente debía viajar al sur, ya que era un vendedor de corbatas y que debía mostrarlas a los comerciantes establecidos en tiendas de Talca y de Chillán, para que después, en el caso de existir un interés por ellas, llevarlas a la semana siguiente el tipo y la cantidad ordenada. A mí, ese trabajo me pareció curioso.

Cuando el tren se disponía a partir, luego de reparado el desperfecto, el joven abrió su maleta y sacó de ella una corbata de tono azul y con figuras de caracolas de mar, que dejó delicadamente en mis manos diciéndome que era un regalo que él me hacía y que bien podía, a su vez, regalárselo a mi padre. Eso era en retribución a la deliciosa y reconfortante agua de manzanilla que había consumido en la garita. Luego lo vi alejarse bajo la lluvia en dirección al penúltimo vagón del tren, el que un minuto después inició su marcha en dirección al sur. Después de ver cómo pasaba el tren y cómo se tambaleaba el último coche, miré detenidamente la corbata azul y pensé que era el regalo más extraño que había recibido jamás. Pero la guardé en mi cartera, con la idea de regalársela a mi padre en la primera oportunidad, mintiéndole haberla comprado para él. Después de levantar la barrera y ver las luces rojas del último vagón que se

empequeñecía a la distancia, volví a la garita y ya no pensé en la corbata, sino en el joven, que me pareció mucho más apuesto a cuantos yo había conocido hasta ese momento. Nunca antes me habían tratado con tanta delicadeza y amabilidad, y nunca antes mi corazón había latido con tanto alboroto como en el instante en que estuve cerca del joven de las corbatas. Sin proponérmelo, pensé que, a partir de ese momento, ya los trenes no me serían tan indiferentes como lo habían sido hasta ese instante, y que siempre miraría las ventanillas de los vagones en busca de la sonrisa del vendedor. Con ese pensamiento, me fui a casa esa noche después de terminar mi turno en el cruce El Boldo.

Lo extraño para mí fue que, casi sin cruzar palabras con aquel joven, me quedó la sensación de haber hablado miles de veces, y de que nos conocíamos desde siempre, como si hubiese sido del mismo barrio en que yo vivía y llegado allí desde la infancia misma.

Si no le hubiese ocurrido ese inconveniente a la locomotora, el tren habría seguido de largo y mi vida no habría cambiado en nada, Pero a veces ocurre que los simples detalles, por diminutos que estos sean, son como una gran palanca capaz de moverlo todo y cambiar con la mayor facilidad toda la existencia de una persona.

Estando en mi casa, abrí mi cartera y saqué de allí la corbata azul, la miré y la alisé con mi mano, guardándola después en mi armario. Yo sabía que al día siguiente el vendedor de corbatas no regresaría a Santiago, pero tal vez lo haría pasado mañana, entonces estaría muy atenta cuando el tren pasara a la hora acostumbrada en dirección al norte. Y estuve muy pendiente a cuanto tren pasó hacia la capital, pero nunca vi al joven vendedor como yo lo había imaginado, sentado y mirando por la ventanilla del vagón. También mi atención, luego de un tiempo, la dirigí a los trenes que iban al sur y después mi corazón

latió aceleradamente con solo escuchar el pitar de cualquier tren, sin importar la dirección que este llevara.

A punto estaba de dejar en el olvido al joven vendedor, así como quien olvida un sueño brumoso al despertar, cuando un día, al atardecer, el vendedor de corbatas se apareció en la garita del cruce El Boldo. Tan repentina fue su presencia, que yo di un salto en mi banqueta e involuntariamente mis manos se fueron hasta mi pecho, como si temiera que mi corazón pudiera atravesar mi abrigo. El joven, al percatarse de mi ademán, se disculpó con la mayor caballerosidad y volvió a darme disculpas al darse cuenta de que sus palabras no habían sido suficientes, agregando a lo dicho que si volvía a la garita en otra oportunidad lo haría de frente, para no parecer un fantasma que salía quién sabe de dónde. Le di a cambio una sonrisa nerviosa, que él recibió con un indisimulado agrado.

El brasero calentaba el agua de la tetera, que siempre estaba allí vaporeando y dispuesta para la manzanilla. Entonces, yo no demoré en ofrecer una taza al vendedor, que era lo único que yo podía brindar en ese lugar de trabajo. Y, como la vez anterior, cedí un lugar de la banqueta al viajero y por primera vez me atreví a preguntarle algo. Me tomé la libertad de consultarle al joven por el motivo de su visita en esa oportunidad. Luego de tomar asiento y de haber escuchado mi pregunta, el viajero vendedor de corbatas contestó que la verdadera razón de estar allí era para conocer mi nombre y que, además, había decidido bajarse del tren en la estación de la ciudad, después de haberme visto desde su ventanilla del vagón en mi garita del cruce en donde yo estaba sola. Me sentí dichosa de saber que alguien se bajaba de un tren con la sola intención de conocer mi nombre. Entonces, le dije que Emelina era mi nombre y a la vez pregunté por el de él.

Emilio Barbiè, era el nombre y apellido del vendedor, que él soltó sin tardar. Le comenté que me parecía extraño su apellido, entonces Emilio respondió que era de descendencia francesa y que aún le quedaban parientes en ese país. Estimé que su nombre le venía bien. Luego de una pausa, él me confidenció que desde que se había alejado de mí la primera vez, se fue pensando en cuál sería mi nombre y que ninguno en los cuales pensó me calzaba tanto como el de Emelina. Antes de partir, me dijo que se iba feliz, pues mi rostro ahora tenía un nombre, con lo que me recordaría con mayor claridad, como si a la sombra le hubiese llegado la luz.

No traía un regalo especial para mí, según sus palabras, pues en sus planes no estaba su visita a la garita, por lo que abrió su maleta y volvió a sacar otra corbata, esta vez amarilla y con rombos negros, y, como en la vez anterior, volvió a depositarla en mis manos, diciéndome que, de esta forma, mi padre volvería a tener otra corbata nueva. Antes de marcharse, tomó mi mano con suavidad y me dijo que no lo olvidara. A partir de ese momento, todo el espacio de mi mente lo ocupó Emilio y mis venas se llenaron de abejas que revolotearon hasta anidarse todas en mi joven corazón.

Antes de un mes, Emilio Barbiè llegó hasta la garita nuevamente. Fue en los últimos días de invierno, una tarde en que los volantines jugueteaban coloridamente por los cielos de la ciudad de Curicó. Aquella vez no me sobresalté, pues lo divisé desde lejos venir por la línea férrea. Ahora no vestía su abrigo ni portaba la maleta. Cada paso que daba era para mí un puntapié en el corazón; y mientras más se acercaba, mayor era el deseo de tenerlo cerca. Emilio se presentó en la garita, engominado, perfumado, de traje azul marino, camisa blanca, corbata de rayas oblicuas azules y rojas, y zapatos negros, en donde el sol de la tarde rebotaba como la luz en el diamante. Luego me saludó cogiéndome la mano y acercando sus labios a mi frente,

me dejó un beso fugaz, nervioso y tímido, mientras la piel de mi rostro recibía la suavidad de la solapa de su chaqueta, encantándome al traerme el recuerdo del perfume que despiden, por la tarde, las flores silvestres que crecen a orillas de los ríos. Tomó asiento en la banqueta y le ofrecí agua de manzanilla, pero esta vez Emilio no aceptó y me dijo que me esperaría en el centro de la ciudad, en donde comeríamos pasteles y beberíamos café. Le contesté que gustosa aceptaba su invitación, pero antes debía cumplir con mi turno, llegar luego hasta mi casa y después nos encontraríamos en algún lugar de la ciudad. Emilio aceptó la idea y se retiró con el compromiso hecho de juntarnos a las siete de la tarde, en la única pastelería cercana a la Plaza de Armas, quebrando por la calle Yungay en la vereda poniente, a un costado de una tienda con escaparates de cristales atestados de sombreros de fieltro.

Llegué a mi casa y luego vestí mis mejores prendas; después me fui por las veredas mirando mi reloj cada diez pasos y a la hora dispuesta llegué a la pastelería. Emilio, al verme desde su mesa, dejó su asiento y con la mayor gentileza apartó una silla para mí. Allí nos conocimos de verdad y cada uno supo en realidad quién era el otro. Avanzó la hora con rapidez, pero se detuvo bruscamente cuando Emilio me dijo que en un mes más se iría a Francia y que sería el hombre más feliz del universo si yo lo acompañaba para quedarse en ese país y formar una familia. Continuó diciendo que esa idea le había dado vueltas por su cabeza desde el primer día en que me conoció, pues estaba convencido de que era yo la mujer que el destino le había puesto en su camino, únicamente para ser feliz toda la vida. Me ruboricé y me puse triste, pues yo sabía que esa idea nunca podría llevarla a cabo. De un pueblo pequeño e insignificante a una gran ciudad con historias importantes y conocidas, había una distancia que no se podía medir ni siquiera con el hilo infinito del pensamiento. Una humilde pueblerina como yo no iba a cruzar el gran océano de la

noche a la mañana y menos llegar a un país que quedaba al otro lado del mundo, con un idioma del cual no conocía una palabra. No, aquello era un cuento que jamás me había imaginado vivir. Por estos pensamientos, contesté a Emilio que agradecía su ofrecimiento, pero que prefería quedarme en mi pequeña ciudad, aunque me pasara la vida viendo transitar los trenes de norte a sur y de sur a norte.

Emilio confesó su amor por mí y yo guardé silencio.

Ya era noche cuando tomamos el rumbo hacia el paradero de buses. El vendedor de corbatas se iría a Santiago en un instante más. Antes de que el bus arrancara su motor, Emilio cogió mis manos y me miró con ternura y con brillo en sus ojos expresó que nunca en su vida me olvidaría; entonces me atrajo hacia sí dejándome un suave y cálido beso en mis labios. Seguidamente me volvió a mirar con la misma ternura y me dijo que nada tenía para dejarme de recuerdo. Pero como si de pronto una luz le hubiese iluminado su frente, se desanudó la corbata nerviosamente, la que me entregó en un gesto casi infantil, diciéndome a la vez que le gustaría que lo recordara siempre cuando viera en mi padre las corbatas que él me había regalado.

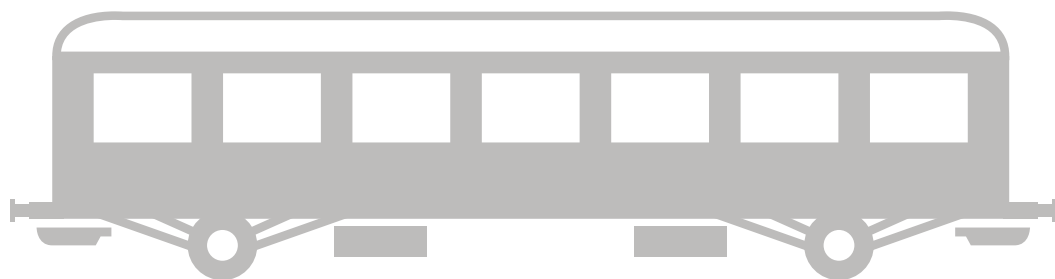
El bus se alejó y quedó en mí la sensación triste de que nunca más en mi vida volvería a ver a Emilio Barbiè.

Al cabo de cinco meses, a las puertas de la celebración del nacimiento del Niño Jesús, recibí una carta que me llevaron a la garita del cruce El Boldo, la que había llegado el día anterior a la estación de trenes. Emilio me contaba que estaba en París y que llovía y hacía frío. Que tenía a cargo una tienda de libros de un tío anciano muy cerca del río Sena, desde donde se podían ver las embarcaciones de día y de noche. También me pedía, como regalo de Navidad, que respondiera su carta y finalizaba diciéndome que me vendría a buscar en cuanto yo se lo pidiera.

Yo nunca contesté esa carta.

Cuando Emelina terminó de relatarme esta historia, ella ya se había consumido gran parte del queso que había comprado con la paga de su pensión, cosa que hacía cada mes. Esa costumbre de calentar en el brasero un trozo de queso clavado a un tenedor y que después comía con el cuidado de no quemarse, la conservó siempre, hasta el día antes de su muerte.

Emelina era la madre de la madre de mi madre.





PRIMER LUGAR

Región de Arica y Parinacota

**NO ME DEJES, NO ME
ABANDONES**

GUILLERMO ADOLFO LOAYZA VILCA (66 AÑOS)

Arica

I

La noche iniciaba su retiro, daba paso para que ese noble animal comience su travesía; es un perro líder de una jauría, se pierde entre la neblina aún espesa, corre entre peñascos y rocas de aquel oasis desértico, enclavado en ese bosque salvaje; lo hace a toda prisa, cargando consigo una misión. Va en dirección a unos cerros que separan su territorio de aquel bosque espeso. Él sabe que no será fácil encontrar la ayuda que necesita, pero no es eso lo que le preocupa, tampoco la distancia que está recorriendo ni los peligros a los que se enfrenta; conoce muy bien toda esa extensa zona, es su hábitat, corre más de prisa, para que el cansancio ahogue esos agrios recuerdos de su vida, que aún perduran como si fuese ayer; se pierde entre gruesos árboles y densos arbustos, tiene una lucha interna entre su esencia natural y su bronca acumulada, sus patas parecen volar, su hocico exhala continuamente cada momento de su vida pasada.

II

Era un día soleado, eran cuatro cachorros que estaban dentro de una caja; dos hermanas, una de quince y otra de doce años, los tenían en un parque para regalarlos. Los cachorros solo hace un par de semanas que habían nacido, los cuatro eran peludos y de color café, pero uno de ellos llamó la atención de un hombre, que lo miraba con curiosidad, se acercó al pequeño perro, para acariciarle el pelaje y tomarlo, pero al hacer el intento, el pequeño can le ladra y trata de morderle la mano, sonrío y vuelve hacer el intento, el cachorro gruñe y está al acecho para morderlo, pero en un descuido, él lo toma y les dice a las niñas que se lo lleva de regalo para su pequeño hijo de seis años de edad; tenía tiempo que le pedía un perro. El encuentro de aquel niño con el cachorro fue de una clara amistad, permanecían juntos la mayor parte del tiempo, solo se separaban cuando él tenía que asistir a clases. El cachorro estaba cómodo en aquel hogar, le gustó; el nombre no fue un impedimento; por decisión del niño, lo llamaron Canelo. A partir de ese día se sentía y le hacían sentir parte de la familia. Era bien cuidado, no le faltó la alimentación, de vez en cuando lo llevaban al veterinario y a pasear en algunos parques recreativos; por un par de años su vida transcurrió dentro de los parámetros normales del mundo de las mascotas.

III

Los primeros rayos solares que atraviesan el denso techo verde formado por hileras de pinos y árboles son el anuncio de un nuevo día, la luz solar le da más seguridad que la oscuridad de la noche; llega a la orilla de un riachuelo, está sediento, bebe lo necesario, observa el paisaje, descansa un poco para recuperar el aliento y así retomar su camino, corre, pero no de prisa, está atento; su experiencia le recuerda que en el bosque todos pueden ser presa o alimento de

otro animal, se detiene, llega a un punto donde tiene que decidir si bajar y atravesar el valle boscoso o utilizar la línea del ferrocarril, que une una montaña de la otra por sobre el valle; eso significa acortar camino, tiempo que él necesita para encontrar la ayuda lo más pronto posible; se acerca a los rieles, se para sobre ellos, con su olfato intenta percibir algún movimiento o peligro, mira hacia el horizonte, no hay señales de tren; de todas maneras, se apresura en llegar al otro lado para no ser arrollado por esa máquina metálica. Al llegar, hace una pausa nuevamente, su destino es la casa de unos pequeños amigos que aún conserva; reanuda la marcha, va a la par de la línea del ferrocarril por las laderas de los cerros.

IV

Habían pasado dos años, el niño asistía regularmente a la escuela; su alejamiento de Canelo fue paulatino e inevitable, las redes sociales, juegos virtuales con sus amistades, sus estudios, el padre y la madre trabajaban largas horas del día. Canelo sentía el peso de la soledad, la distancia con la familia que lo había adoptado iba mermando su comportamiento; el jardín y el pequeño patio no le eran suficiente, comenzó a destrozar el jardín, a jugar con algunos implementos personales de la familia; en dos ocasiones se escapó de la casa, la primera vez solo estuvo rondando por los alrededores del barrio residencial, lo encontraron rápidamente, pero en la segunda ocasión pasó todo el día y la noche fuera de casa; el niño y sus padres lo buscaron incansablemente pero sin éxito; aquella vez Canelo amanece durmiendo en un parque. Los ruidos de los vehículos, el paso y el murmullo de la gente lo despiertan, se mueve de un lugar a otro en el parque, mira que hay personas, una tras otra, esperando algo; son indigentes, personas en situación de calle, que esperan ordenadamente una ración de desayuno, dada por personas caritativas, entre ellos quienes recibieron su ración de alimento; era

una joven madre con su niño de tres años; se acomodaron en unos pequeños muros que están alrededor de los jardines del parque, mientras ellos disfrutaban el desayuno, Canelo se le acercó al niño, movía la cola y se echó a un lado; algo del desayuno comparten con el perro, ambos seres parecen haber simpatizado, se ponen a jugar, mientras que la mamá del niño los vigila, después de quince minutos escuchan a un hombre que le silba y lo llama ¡Canelo! El perro mira al hombre y corre con él, es el dueño quien finalmente lo encuentra, voltean y caminan hacia la camioneta que está estacionada cerca de allí; sienten de pronto un grito de una mujer que pide ayuda, dice que le están robando a su hijo. Canelo de inmediato regresa, es un hombre maduro, de aspecto desagradable, que al parecer le había propinado algún golpe a la mujer, quien se encontraba en el piso llorando desesperada; el hombre lleva de la mano al niño que iba llorando por su mamá, el perro brinca sobre él, le muerde una de sus manos, logra que el hombre suelte al niño, sobre el individuo llegan dos mujeres con palos en mano, quienes le propinan varios golpes hasta que logra huir.

V

Después de un largo camino de haber recorrido por las laderas de los cerros, baja nuevamente al bosque porque en el otro lado se encuentran quienes pueden ayudarlo. Deja sus recuerdos a un lado, su instinto le da un aviso, percibe peligro, avanza pausadamente, está atento a cualquier movimiento o ruido, se detiene, ve a unos metros de distancia a un puma que sigilosamente acecha a un indefenso perro cachorro; no pierde el tiempo, sabe que si no actúa el puma lo cazará; de inmediato corre y da un brinco para quedar entremedio de los dos; la molestia del puma se hace notar, se embravece; quiso intimidarlo pero Canelo está decidido; el puma brinca sobre él, pero lo esquiva y contraataca, logra morderle una de las patas traseras

del puma, pero recibe un arañazo y cae; se levanta, aunque con dificultad; al pararse, el puma lo va a atacar nuevamente, parece ser el fin, pero de entre las hojas de los matorrales aparece una jauría de perros ladrando, se abalanzan sobre el puma, quien al verse superado en número emprende la huida. Después de lo sucedido y como la herida no era profunda, retoma su camino; lo bueno es la amistad, que quedó establecida con aquella jauría dueña de esos territorios.

VI

Con el tiempo las cosas no variaron, la soledad y el encierro, provocaron que el perro explotara en su comportamiento, hizo cuanto pudo en el jardín y en el patio, pero el acabose fue cuando logra ingresar a la casa por unas de las ventanas que por un descuido había quedado abierta; allí, con sus filudas pezuñas, rasgó uno de los sillones familiares, tiró al suelo cuanto pudo y estaba a su alcance. Al llegar el padre del niño, explotó en cólera, no dio tiempo de nada, simplemente hizo subir al perro a la camioneta en el asiento trasero, y salen fuera de la ciudad.

El viaje duró un par de horas, siente que abren la puerta, lo jalan de su collar de cuero y lo dejan caer al piso. Canelo está desconcertado, queda inmóvil, sentado donde lo dejan; sin reaccionar, solo ve que su "amo" se sube al vehículo, da una vuelta y toma el camino de regreso; en una reacción tardía, comienza a correr tras el vehículo, pero fue inútil, la noche se hacía presente y lo peor es que en su desesperación por alcanzarlo no se da cuenta de que va muy a la orilla del camino y cae cuesta abajo; allí permaneció tirado, porque estaba deshecho, no tanto por los golpes recibidos en la caída. Entendía y tenía que aceptar que había sido abandonado; su rostro y sus ojos, puestos en la dirección donde se perdió la camioneta; parecía decir: "No me dejes, no me abandones".

VII

Allí está, cerca de la casa, sabe cómo entrar y es por el patio trasero. Antes mira si aún trae el mensaje escrito que le amarró la persona que encontraron inconsciente, abandonada en un paraje de su territorio. Al ingresar al patio por el mismo lugar que habitualmente lo hace, ladra por tres ocasiones. En cosa de segundos se abre la puerta trasera de una casa que conecta con el patio; salen de su interior dos hermanos, con quienes ha establecido una fuerte amistad; ellos lo abrazan, le acarician su pelaje, le traen comida y agua; mientras sació su sed y su hambre, los chicos miran las heridas producto de la pelea con el puma, pero él solo quiere entregarles el mensaje; con su hocico intenta agarrarlo, no puede. La niña que observa su actitud toma el collar, lo desata, toma la nota, lo lee y se lo muestra a su hermano, quien después de leerlo corre hacia la casa y regresa con su abuelo, quien lo examina e intenta curar las heridas, le pone nuevamente el collar. Le habla con cariño el abuelo.

-Debiésemos llevarte con el veterinario, Canelo, pero te encomendaron una tarea y solo nos puedes llevar con quien necesita ayuda.

VIII

Después de haber permanecido por un largo rato su cuerpo inerte, sin ganas de nada, no le importaba el frío; confundido, sin entender el porqué, quería aullar de tristeza, solo sentía ganas de ahogarse en esa soledad que lo mataba; temeroso de vivir, hunde su cabeza entre sus patas, queda en esa posición por un largo rato; sus instintos despiertan, su esencia natural lo levanta; se sacude, no solo del polvo que estaba empapado, producto de la caída, también de su pasado; vuelve a sacudirse, camina en la oscuridad de la noche; aún

sin rumbo, solo la luna pareciese ser su única compañía; sentía que a cada paso quedaba atrás ese perro domesticado, comenzaba a arañar la libertad, a construir su propio camino; así inicia su ciclo, ahora siente el cansancio, se detiene, se echa y se duerme después de haber avanzado una larga distancia.

IX

Van a la casa más cercana, no está muy lejos, solo a unos quince minutos caminando; van en busca de ayuda, son dos amigos que lo pueden acompañar, quienes, al verlo llegar, lo reciben con un vaso con vino, con alegría y bromas. Allí comparten unos momentos, después, sin muchos preámbulos, les explica la situación, de lo que se trata; enseguida, sin perder tiempo, diseñan la estrategia del rescate del herido, toman y guardan en sus mochilas lo que creen necesitar; los niños deseaban ir, pero los convencen de lo peligroso que puede ser; se quedan en aquella casa en compañía de una de las esposas de aquellos hombres, se ponen en marcha, no sin antes contactarse por teléfono con otro conocido.

X

Canelo despertó, cerca de él estaba un pocillo con comida y otro con agua; había dormido tras de una pared de un patio trasero de una casa; en el otro lado de la pared había dos niños que lo observaban; no fue impedimento para que Canelo devorara la comida y bebiera el agua suficiente para reanudar su viaje; al terminar, ladró dos veces, como muestra de agradecimiento. No quería acercarse a ellos, tenía recelo y desconfianza de aquella especie; reanudó su travesía, era el comienzo, tenía que explorar su nuevo hábitat. Tenía que desarrollar aún más sus instintos naturales para buscar su propia comida, velar por su seguridad; en el proceso, llegó a detestar haber sido una

especie domesticada; los primeros tiempos deambulaba por esa zona, volvía cuando no lograba conseguir alimento, los niños habían tomado como costumbre dejar comida y agua en el mismo lugar donde durmió por primera vez.

XI

El abuelo y sus dos amigos, guiados por el perro, han recorrido un poco más de la mitad del camino; se detienen por un momento, solo para recuperar un poco de energía; saben que están contra el tiempo, necesitan llegar al lugar donde está la persona que requiere ayuda lo más pronto posible; al no saber en qué estado se encuentra, solo llevan un pequeño botiquín con lo básico; también van preparados por si tienen que pasar la noche a la intemperie; después de beber un jugo y haber comido unos emparedados, retomaron el camino. Guiados por el perro, sin contratiempos, van por el mismo camino que utilizó Canelo, el bosque, las orillas de los cerros y el puente ferroviario.

XII

Desde ese día, Canelo se internó en el bosque, recorrió cuanto pudo, consiguió sus primeras comidas y muchas más, sorteó peligros, hasta que un día se unió a una jauría de su especie y llegó a ser el líder; de su vida pasada solo quedaban las cicatrices internas de aquellos momentos que vivió junto a esa familia de humanos; quizás por eso volvía de vez en cuando con esos dos niños, con quienes estableció una amistad sin compromisos ni obligaciones, solo jugaban o se acompañaban, después regresaba con los suyos.

XIII

Canelo y sus acompañantes están cerca del paraje, solo tienen que subir una loma y desde allí es cuestión de minutos; Canelo apura el tranco y se adelanta; en el trayecto, mientras corre, su memoria episódica repasa el brutal reencuentro que tuvo en horas de la madrugada con el que fuera su amo. Pareciese que cada tranco que da revive lo de la noche anterior, se acerca más y más, es hora de definiciones, el pasado y el presente se funden en un reencuentro.

XIV

Aquel paraje es considerado el hogar de aquella jauría por el hecho de que allí se encuentran pequeños socavones que les sirven para protegerse de las frías noches. Esa madrugada, la tranquilidad de esa noche que aún quedaba fue interrumpida por el ruido de un motor y voces de personas, quienes en un actuar rápido lanzaron un cuerpo desde una camioneta; casi de inmediato emprendieron la huida; la jauría reaccionó con ladridos y seguimiento tras el vehículo, al ver invadido su territorio; después de ver alejarse el peligro, se acercan al bulto que había sido abandonado; es Canelo quien huele el cuerpo sin movimiento; al hacerlo, casi de inmediato reaccionó con ladridos hacia la jauría, quienes tomaron un poco de distancia del cuerpo. Canelo sabe quiénes, se echa, lo queda mirando por largos momentos. Hasta que la persona que está inconsciente comienza a reaccionar lentamente; tiene heridas en sus piernas que le impiden caminar, varios moretones y pequeñas heridas en su rostro, consecuencia de la golpiza que recibió de quienes le robaron sus pertenencias y la camioneta; como pudo, y con dolor, se sentó respaldando su espalda en una roca. Al darse cuenta de que lo estaban observando y que a una distancia prudente habían otros perros, se sintió acorralado.

Canelo aún seguía echado, observándolo, se levanta, se acerca y alza su cabeza para que el hombre pudiese ver el collar que aún conserva. Él lo reconoce de inmediato, le produce sentimientos encontrados, agacha la cabeza, mira el suelo por largos momentos, llora sin poder evitarlo, se siente perdido, con la cabeza gacha, le pregunta:

- ¿Me podrías ayudar? Lo entenderé, si no quieres. Canelo ladra, él alza la mirada, el perro se le acerca y con su cabeza acaricia su mano. Saca su camisa y como puede rompe una de las mangas, del bolsillo saca una lapicera que aún conserva y escribe un mensaje: "Estoy abandonado, herido y no puedo caminar, sigan al perro". Y lo amarra junto al collar.

XV

Los recuerdos se esfuman, cuando Canelo llega al lugar, después llegan sus acompañantes, se acercan al herido, hablan con él. Canelo ladra a su jauría, es hora de retirarse, ya nada tienen que hacer allí, siente que lo llaman, voltea y mira ya sin rencor, escucha que le dice:

-Gracias por tu ayuda- mientras que unas lágrimas caen por su rostro, recalca.

- Gracias por no abandonarme. Canelo corre junto a su jauría, antes de que llegue la noche, tienen que encontrar comida.

Cuentan los lugareños que en aquel paraje llega un hombre y construye casas para perros, deja agua y comida.



JUAN JOSÉ FLORES CÁRCAMO (60 AÑOS)

Iquique

Mientras esperaba en el paradero, miraba la receta y trataba de entender la tan enredada letra del doctor. Solo quedaba claro que debía tomar una cápsula diaria al anochecer, acompañada de un sorbo de agua.

Ya en casa, observo el calendario con sus números de colores negros y rojos, tan ordenados como formaba a mis estudiantes en columnas por cursos en la lejana escuela rural; no sé cómo pasaron tan fugaces los años, ahora el calendario me señala otras rutinas diarias.

En una hojita de notas adhesivas escribo cuidadosamente mi itinerario "ruta jueves": primer guion -ir a farmacia de calle Colón; segundo guion -ir a perfumería: tintura de pelo, pasta de dientes; tercer guion -mall chino: maceteros, bajada de cama, marcos para fotos; cuarto guion - "en la feria" tierra de hojas, almácigos de orégano, menta y melisa. Luego agrego al pie de página "no debo olvidar: sacar el pase en comisaria virtual".

Para capear el frío invierno, preparo una sopa de esas de sobre y

agrego un par de verduritas para darle más sazón; mientras el cucharón gira como remolino dentro de la olla pienso en esos achaques que no había tenido nunca; tal vez se agudizaron de tanto estar encerrado en cuarentena, sin salir de casa, con el temor de contagiarme.

Tan horrible se ve uno con esa mascarilla que solo deja ver los ojos (pensaba mientras seguía revolviendo la sopa; perdimos la sonrisa, perdimos ver el nâcar de los dientes relucientes, quedaron escondidos los gestos de impresión, rabia, tristeza, las arrugas y comisuras de las mejillas e incluso observar el maquillaje o rubor, ni qué decir del rouge en esas miradas coquetas); los labios se escondieron apagados y las voces se sentían ahogadas entre esas capas de género y esos elásticos que amordazan.

Después de cenar prendí la estufa; muy cómodo con un par de calcetines con rombos y pantuflas, la lámpara alumbrando la poltrona y tomando la cinta separadora de páginas, sigo leyendo las diez hojas de lectura diaria.

Sagradamente termino el ritual literario, apago la estufa; muy bien arropado con pijama de polar, acomodo la almohada, estiro la mano hacia el velador, el interruptor hizo clic y la oscuridad se apoderó de la habitación.

Traté de dormir, pero noté que por la cortina entraba cierta claridad; volví a levantarme para correr ese visillo y el pesado cortinaje; pero antes observo la silente calle llena de una bruma que ni siquiera es interrumpida por el ladrido de algún perro o de algún parroquiano caminando en horas de toque de queda.

Acostado de nuevo, ahora miraba el cielo del dormitorio, contemplaba la luminiscencia de unas estrellas fluorescentes que había

pegado formando ciertas constelaciones que recordaban la niñez, como en la pieza de allegados cuando mi madre había enseñado a reconocer las estrellas, porque casi no había techo que cubriera esas cuatro paredes; por allá las Siete Cabritas, más allá la Cruz del Sur, en ese otro lado Alfa Centauro y Beta Centauro y en esas noches muy oscuras las nubes de Magallanes. En eso estuve como una hora y no lograba conciliar el sueño.

Entonces pensé en las pausadas palabras del médico, una cápsula diaria antes de dormir ¿Será que este caballero me quiere hacer dormir a la fuerza? ¿Y si pasa algo en la noche, un terremoto o un incendio, yo no podré despertar? Si es por eso prefiero tomar una taza de leche caliente con naranja; terminé de “meditar” dando punto final a tantas interrogantes. Sin querer cerré los ojos y dormí.

El despertador hizo lo suyo a eso de las siete y media, amanecía nublado y ni había sentido el canto del gallo de la vecina. Después de la rutina en el baño, un par de huevos revueltos en el pan amasado, mientras el pito chillón de la tetera indicaba el hervor, el tazón favorito con contundente cantidad de café y el vapor ascendió como si hubiere frotado la lámpara mágica de Aladino.

Sintonizo la fiel radio para escuchar noticias; no es agradable enterarse del acontecer nacional ni internacional por la tv, para qué amargarse con asaltos, robos, accidentes, etc.; en cambio, los locutores radiales animan el acontecer con música de fondo y anécdotas entretenidas.

Hay que vestirse adecuadamente, cabello bien peinado, pantalón de tela bien planchado y un par de botines de invierno relucientemente lustrados; reviso la billetera con todos los documentos, recetas, llaves, un par de mascarillas de reserva, alcohol gel y unas

muy bien dobladas bolsas para las compras. En el celular, el permiso para salir esas dos horas dentro de la cuarentena.

Al cerrar la puerta, una pequeña oración, que más parece conjuro, una santiguada y dos golpecitos para asegurar que todo estaba bien y encaminar hasta el paradero a dos cuadras de casa.

La farmacia y todo el centro está tan cambiado, ya no hay grandes ventanales con productos a la vista, todo está tapizado con grandes planchas de acero, mientras espero en la fila; por razones del aforo aprovecho de ir leyendo alguno de los afiches, panfletos, consignas y grafitis que hablan por sí solos de lo que ha ocurrido en el país.

Un guardia, con voz ronca, indicó que los adultos mayores tienen preferencia; avanzo raudo, toman la temperatura en la frente y en las manos rocían un desinfectante gelatinoso y frío.

El dependiente farmacéutico recibió la receta, buscó los medicamentos, indicó los consejos respectivos que iban incluidos en una boleta ayuda memoria e insistió en que los de la caja era “una cápsula diaria al anochecer” y lo escribió en un autoadhesivo que puso sobre el extraño nombre del medicamento.

También aconsejó comprar un pastillero de esos que venden en el mall chino, así no tendría problemas de olvidar administrar cada día según las indicaciones médicas.

Y camino a la perfumería, otro guardia, otra toma de temperatura y otra porción de alcohol gel, solicito la tintura habitual; hace dos meses que estando encerrado aparecieron unas canas que fueron deslavando el tinte anterior, algo de vanidad también.

Ahora me encamino al mall chino, entre tantos pasillos atiborrados de un cuánto hay; en un escaparate los pastilleros, pero no llevo uno sino dos, son la oferta del día.

En mente ya sabía para qué utilizaré el segundo; buscaba también un reloj de pared, pero digital, estaba harto de escuchar el maldito tic-tac del despertador a pilas; tendría que seguir esperando, estaban agotados.

El día se puso amenazante, no se le vaya a ocurrir a san Isidro abrir el cielo lanzando agua; y crucé a la feria itinerante tras un par de bolsas de tierra de hojas para jardinear en el balcón. De los almácigos ni contar, el casero de las plantas no estaba en su puesto, para otra vez será.

Al abrir, la puerta de casa crujió como si fuera de una escena tenebrosa; hay que ponerle aceite a esta cosa, murmuro bajito.

Desempaco lo comprado en la mesa de comedor, dejo espacio para ordenar el pastillero y los medicamentos recetados por el doctor. Primera fila color celeste, segunda fila color verde, tercera fila color rosa. Curiosamente, los días venían escritos abreviados en inglés, pero eso no sería impedimento para saber que partiría siempre el lunes.

Al anoecer la rutina fue la misma, pero dudaba en ingerir la cápsula, tomada entre mis dedos vi que era transparente, que estaba compuesta de muchos granitos de colores y al agitarla emitían el ruido como de güiro colombiano; curioseando, conseguí abrir la cápsula, los granitos se desparramaron sobre la mesa, traté de juntarlos todos, pero fue inútil recoger tan minúsculos trocitos; terminé colocándolos en un tazón, total el doctor dijo que los tomara con agua; así lo haría.

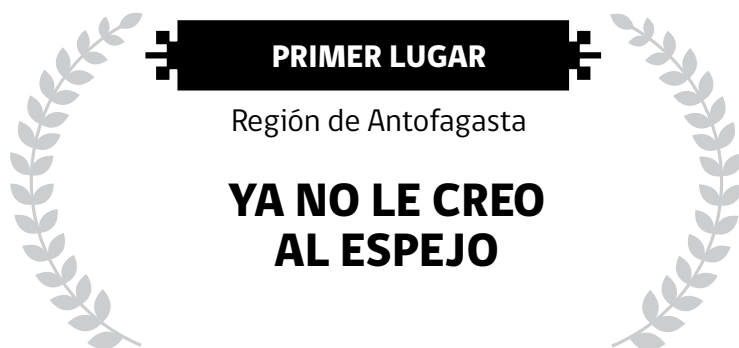
Sobre el velador, con una cucharita revolví lentamente el contenido de la famosa cápsula y un color café oscuro, junto con un aroma nada de agradable emergió como brebaje de curandero; de un sopetón bebí el líquido amargo, mientras mi cara mostraba gestos de repugnancia.

Pero no hicieron efectos para dormir de inmediato; el consuelo de la almohada parecía ser cómplice del insomnio. En la pequeña libreta de notas escribí un par de palabras, había surgido una nueva idea para ocupar el otro pastillero.

Si se trata de cápsulas, yo también elaboraré las mías; con la convicción de ideas brotadas espontáneamente en el silencio nocturno, empecé a escribir pequeños mensajes que se fueron guardando en cada casillero hasta completar todo el pastillero.

En cada uno dejé un propósito diario, un desafío, unas palabras de aliento, un sueño por cumplir, un deseo por lograr, hay tanto por hacer; a quien llega a casa lo invito a abrir ese pastillero, es como un cofre, lleno de cofrecitos con pensamientos y buenos deseos. Quizás a ti te toque abrir ese que dice: sonríe, respira profundo, abraza a quien tienes cerca de ti.

Es solo una cápsula diaria, es sin receta, sirve para sanar el alma y fortalecer la vida.



GUSTAVO ÁLEX TAPIA ARAYA (69 AÑOS)

Seudónimo: Kírire

Antofagasta

“... el viejo espejo ahora se alegraba y se sentía ufano de haber recibido sobre sí la perfecta belleza por algunos instantes.”

CONSTANTINO CAVAFIS

El espejo en la entrada

Por Kírire

No le creas ni a la calle ni al espejo, me aconsejó un amigo hace años; y como todos los aforismos que escuchamos a lo largo de la vida, este se me olvidó hasta hace unos días. Debo señalar que, aunque nos pese, el aprendizaje únicamente ocurre cuando va asociado con alguna experiencia muy significativa.

Disculpen el tono pedagógico anterior, pero como profesor por tres décadas se me pegó la deformación didáctica.

La presente historia dice relación con dos circunstancias: primeramente, los hermanos Grimm, cuentistas germanos a quienes se publicó por 1815 el cuento de Blancanieves y Los Siete Enanitos,

versión modificada por Walt Disney para la pantalla cinematográfica en 1937.

En la historia, un espejo mágico es interrogado por una malvada madrastra y bruja sobre quién es la mujer más bella del reino. Aquiescente pero veraz, el espejo siempre reconoce a la bruja su notable belleza, indiscutida en el reino hasta el día en que todo cambia. Blancanieves asciende a competencia incontrarrestable habiendo cumplido los diecisiete años:

En efecto, ese aciago día para la reina malvada, y como de costumbre y esperando ser reconocida como la más bella, consultó al espejo mágico quién era la más hermosa del reino.

Este le respondió, sin hacerle quite a la verdad:

-Mi reina, usted está plena de belleza, es cierto, pero su joven hijastra, la princesa Blancanieves, es mil veces más hermosa que usted y jamás podrá cambiar aquello.

Tanta era la confianza de la reina en el espejo, que ordenó matar a la princesa. Y hacia allá apunta la segunda circunstancia de mi historia. De cómo aquel cuento de la Blancanieves a veces enmienda la realidad.

Hace algunos meses recibí una carta cierta mañana helada de junio. Por esos días y ya jubilado de la docencia había comenzado a fregarme la vida una bursitis a la cadera, lo cual parecía haberse incrementado con mi abandono de las aulas, donde a diario debía subir y bajar escalas, pues el colegio tenía cuatro pisos. Ese ejercicio, curiosamente, me obligaba a esforzarme y los dolores con el calor del día iban desapareciendo. Pero ahora, con menor actividad, el dolor

reaparecía como una constante pulsión que limitaba mis anhelos de moverme.

Tanto era así, que en los últimos días, al despertar, me costaba un mundo levantarme y le hacía regates y quites al dolor para sentarme en la cama. Claro que de ninguna manera hubiese pensado que las cosas iban a cambiar radicalmente como consecuencia de una carta que no esperaba al abrir el computador durante la tarde.

Para mayor imparcialidad y transparencia, mejor recuento el día partiendo por la mañana. Eran las diez y al mirarme en el espejo, el abatimiento por el dolor de la cadera me mostraba un hombre envejecido por el desuso y por el dolor. Ciertamente, el espejo no era mi mejor amigo. Recordé un poema de Borges, *Yo que sentí el horror de los espejos, y compartí el horror del poeta al observar mi imagen en el azogue*. Incluso me costó afeitarme y tras arrastrar los pies por las actividades del día llegué hasta el computador cercanas las cinco de la tarde.

Entré a mi correo electrónico y allí había ingresado una misiva. Provenía el mensaje de un señor al cual desconocía, pero, según me explicaba, era el padre de un chico, amigo de mi nieto adolescente. Según su explicación, él era menor que yo, pero estaba condenado a una silla de ruedas como consecuencia de un accidente vehicular años antes.

Debido a mis problemas de movilidad no puedo compartir mucho de la vida con mi hijo. Pero, por lo que me cuenta a veces cuando almorzamos juntos, él, el hijo de usted, su señora y usted han tenido la oportunidad de visitar lugares de nuestra región y compartir eso que les gusta, que son las visitas a las antiguas calicheras para sacar fotografías, de las cuales me ha mostrado muchas en el computador. Quiero, por lo anterior,

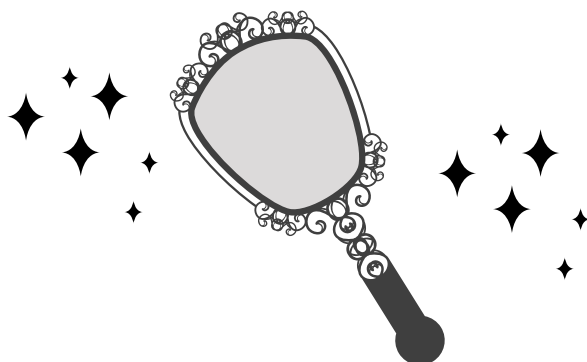
agradecerle el espacio que le hacen usted, su señora y su nieto a mi hijo. ¡Muchas gracias! Y me alegro de que a su edad siga teniendo ese espíritu y actitud que estimo tan juvenil.

Y ¡vaya, vaya, vaya!, tras levantarme del computador, a poco de haber leído la carta, ir al baño y mirarme en el espejo, me encuentro con que el espejo de la mañana me había mentido. Aquel hombre viejo, vetusto, agotado que había visto por la mañana ya no existía. Cuando llegaron mi nieto y su amigo tras la escuela, como sorpresa los invité a manejar los go-karts en la pista del centro comercial. Cada cual en su vehículo echándonos carreras y ellos sorprendidos por la inesperada actividad.

Solo que ese día, al terminar, los embarqué en el auto y fuimos a dejar al amigo de mi nieto a su casa tras servirnos la once, oportunidad en que me bajé del vehículo para saludar al padre del niño y agradecerle su carta.

Desde entonces lo hemos incorporado a nuestras actividades.

Se los digo. Hoy en día no se puede creer ni en los espejos. Por eso voy a cambiar el mío. Por uno viejo que guardo de mi abuela. Esos sí que eran sinceros, como antaño lo fue el de Blancanieves.





MAXIMILIANO MARTÍNEZ ESPINOZA (78 AÑOS)

Caldera

-1-

... No compadre, mañana me caso. Y no fui.

A las pocas horas estaba profundamente arrepentido, no solo porque no había aceptado la invitación, sino porque me había privado de estar en la más importante noticia de mi generación.

Transcurría el año 1972 y como yo practicaba bastante el montañismo santiaguino con mi Club de Andinismo, en La Reina, pertenecía también al Cuerpo de Socorro Andino, en donde, además, estaba lo más granado del andinismo nacional de aquel tiempo, siendo, por lo tanto, una de las más expertas instituciones de rescate en montaña de Sudamérica.

El 12 de octubre de aquel año salió de Montevideo, Uruguay, un avión bimotor de la Fuerza Aérea Uruguaya en un vuelo chárter con 45 pasajeros llevando al equipo Old Christians Rugby Club a jugar un partido amistoso a Santiago de Chile.

Como el clima estaba muy malo para traspasar la cordillera de los Andes, decidieron pernoctar en Mendoza para continuar al día siguiente.

El día siguiente estaba igual de malo, pero todos insistieron en que había que seguir ese día, ya que Mendoza queda al frente de Santiago y sería un vuelo muy corto. Y así lo hicieron, pero el piloto no quiso arriesgarse en intentar ese paso y prefirió derivar hacia el sur y a la altura de Curicó decidió buscar un paso más bajo que el de Mendoza. Así lo hizo y pronto pudo virar hacia el norte rumbo a Santiago. A la altura de San Fernando, en nuestra Sexta Región, le pareció que ya debía empezar a bajar altura para acercarse al aeropuerto de Santiago. Craso error, aún estaba lejos de Santiago y muy cerca de las montañas de esa zona. El mal tiempo seguía con igual intensidad y no se divisaba nada del paisaje exterior. Los pasajeros trataban de evitar el susto de los violentos movimientos con alegres y juveniles gritos de ¡Ole! ante cada bandazo de la aeronave.

-2-

De pronto los pilotos, en franco descenso, se encontraron de frente con una montaña de más de 4.000 m. s. n. m. que debían tratar de superarla; exigieron al máximo los motores, tratando de recuperar algo de la altura perdida... pero solo el fuselaje logró pasar: las dos alas quedaron arrancadas por las rocas de los costados. El fuselaje inició un rápido descenso por la ladera nevada, perdiendo también la cola. Por el camino de bajada fueron quedando algunos asientos y sus pasajeros. El veloz descenso fue disminuyendo su velocidad hasta que se detuvo al centro de la hoya de un glaciar con un espesor de más de cuarenta metros de hielo... Así se inició una odisea de increíbles dimensiones que el mundo no había visto en

mucho tiempo y que tampoco se atrevía a creer que fuera posible.

El CSA fue convocado a participar en la búsqueda de este avión que había desaparecido en la cordillera de los Andes y que debía ser encontrado a la brevedad. Como yo pertenecía a una de las patrullas de primera línea, debimos salir en cuanto se delimitó la posible zona del accidente y tuve que permanecer cerca de un mes al interior de la zona de San Fernando, sin ningún resultado positivo. Mientras no hubiera datos más exactos de la ubicación y habiéndose superado los 8 días de búsqueda reglamentarios, debimos regresar sin haber logrado dar con la aeronave. Las demás instituciones debieron hacer lo mismo... los únicos que siguieron la búsqueda fueron los parientes del equipo de rugby que nunca perdieron la fe y siguieron buscando por todas partes, siguiendo cualquier posible dato que pudiera tener algo de verdad. Continuaron buscando y hasta arrendaron un avión para ir en su búsqueda y siguieron y siguieron más allá de lo razonable, ya que ya habían pasado más de dos meses sin que fuera posible encontrar algún indicio, hasta que un día decidieron escuchar los consejos e iniciar su regreso a Uruguay... Ese día apareció la noticia increíble: un arriero decía haber contactado a dos personas que venían de un avión uruguayo caído en la montaña...

-3-

Ese día me llamaron para participar en esa operación, que obviamente deseché, sabedor de que anuncios de ese tipo eran para no creerlos y que por lo general se transformaban en búsquedas inútiles por tiempo indefinido... y yo me casaba en poco tiempo más. Esa tarde, cuando llegué a casa me encontré con todos los canales de televisión desatados en la euforia de un verdadero milagro que se estaba produciendo a la vista de

todo el mundo: EL MILAGRO DE LOS ANDES, como lo titularon los periódicos de ese entonces... y yo no había querido ir...

¡Tengo que ir!, esto es demasiado increíble y tengo que verlo en persona. ¡No puede ser, el avión cayó hace más de setenta días y hay sobrevivientes!

Fui de inmediato al CSA y me encontré con que la noticia era verdad y que ya habían rescatado por helicópteros a todos los sobrevivientes, pero que había otra misión que cumplir.

Era una extraña misión, ya que todo era muy raro, además de increíble; habían sobrevivido 16 personas de un accidente de un avión caído cerca de los 4.000 metros de altitud sobre una hoya de glaciación en donde no hay nada para comer y sin posibilidades de conseguir ningún tipo de ayuda que les pudiera servir... ¿qué había pasado?, ¿cómo lo habían hecho?

Allí supe la verdad: nos sometieron a intensas reuniones con psicólogos, psiquiatras, médicos, etc., porque mañana partíamos a esta rara misión consistente en hacer desaparecer toda evidencia de la forma que les había permitido sobrevivir y que nadie debía conocer en "un mundo civilizado como el nuestro en pleno siglo veinte"...

A la mañana siguiente salimos desde el Grupo 10 de Los Cerrillos en tres helicópteros UH los 12 voluntarios del CSA, más un oficial de la Fuerza Aérea Uruguaya y un sacerdote chileno. Uno de los UH solo llevaba combustible para los otros dos en esta operación que duraría tres días.

-4-

Llegamos a las Termas del Flaco, al interior de San Fernando, y aterrizamos en la cancha de fútbol del lugar, que estaba repleta de periodistas de todo el mundo pero que los Carabineros y sus perros que rodeaban la cancha no los dejaban acercarse a nosotros.

Por encima de las fuerzas policiales esos periodistas nos ofrecían sus máquinas fotográficas: “cien dólares la foto que usted tome, llévesela, por favor”... Pero ninguno tomó esas máquinas, éramos jóvenes idealistas y obedientes de nuestras autoridades...

Seguimos viaje de inmediato a nuestra misión. En solo 15 minutos de vuelo llegamos al lugar del siniestro. Los helicópteros debieron permanecer algunos minutos en “estacionaria”, detenidos en el aire a cierta altura del suelo, para que pudiéramos saltar sobre el hielo.

Cuando saltamos debimos seguir las instrucciones que nos habían dado y nos juntamos con nuestros compañeros de “cordada”, que es el andinista con que salimos a la montaña más frecuentemente. Yo lo hice con mi amigo Franco Bianchini, fotógrafo oficial del CSA y encargado de registrar toda la operación. Los distintos grupos que se formaron empezamos a caminar haciendo una espiral concéntrica alrededor de la nave accidentada y compartiendo en voz alta todo lo que estábamos viendo y experimentando. Llegamos por fin al fuselaje mismo y nos introdujimos al interior por la parte trasera en donde antes estuvo la cola. La imagen que allí recibimos la tengo patente en mi memoria y creo que nunca la olvidaré...

Luego de esa increíble e irrepetible experiencia, instalamos nuestro campamento y comenzamos a cavar la fosa que albergaría los cuerpos y todo aquello que pudiéramos reunir durante los dos días

siguientes. También debimos recorrer los alrededores en donde ya sabíamos que había algunos cadáveres y que debimos rescatar y trasladar hasta la fosa.

A mí me correspondió visitar la cola del avión, a unos cuantos kilómetros, y rescatar desde allí algunos implementos de cierta importancia.

-5-

Al tercer día, luego de eliminar todo aquello que fuera a alterar lo que la cultura de aquel tiempo obligaba, tuvimos una misa oficiada por el sacerdote alrededor de la fosa. Enseguida procedimos a incendiar los restos del avión, tratando de que nada alterara la cultura de nuestros tiempos para alguna posible venida de alguien que quisiera visitar el lugar. Esa tarde regresamos a Chile, a Termas del Flaco y a Santiago.

Allí fuimos recibidos en la Posta Central de Santiago, en donde nos sanitizaron y nos revisaron de cualquier contagio y luego nos retiramos a nuestra institución. Junto a Franco y mi novia nos dedicamos a revelar las fotografías que habíamos tomado para el CSA. Al día siguiente tuvimos una recepción en la embajada de Uruguay, en donde el señor embajador nos entregó una medalla a cada uno por los servicios prestados, agradeciéndonos por haber tratado de ayudar dentro de nuestras posibilidades a suavizar el terrible impacto que esta sobrevivencia había significado para todos los pueblos que habían conocido los detalles.

Durante el viaje en los UH desde Termas del Flaco al lugar del avión siniestrado, Franco y yo habíamos fotografiado en 15 minutos un rollo completo de 36 fotos en cada máquina, es decir un verdadero

derroche, ya que en aquellos tiempos un rollo de 36 fotos duraba para todas unas vacaciones...

Esas fotos sirvieron para que al poco tiempo Franco y yo fuéramos contratados por Emelco como guías para la película que el cineasta chileno Álvaro Covácevich estaba filmando y que sería la única grabada en el lugar mismo del accidente, pues había aparecido más de alguna con imágenes ficticias.

Ese viaje también sería algo muy interesante, ya que la ruta para llegar al avión siniestrado era desconocida y los arrieros de la zona no sabían cómo llegar allí.

-6-

El arriero chileno Sergio Catalán no aceptó la jugosa oferta de Emelco para que nos acompañara en este viaje, aunque solo sería por la parte chilena, en donde se había encontrado con Canessa y Parrado. Nosotros deberíamos descubrir la ruta con los datos de que disponíamos.

Por ello contratamos al mejor piloto de Club Aéreo de San Fernando, con el fin de que juntos tratáramos de descubrir la ruta para llegar al lugar. Gracias a que ese piloto era, además, piloto de planeadores, ya que ellos vuelan aprovechando las corrientes ascendentes y eso nos permitió sobrepasar la altura de la cordillera de los Andes en aquel lugar y que superaba los 4.000 m. s. n. m. Cuando llegamos al lugar del accidente y le mostré los restos de la aeronave exclamó: "pero si yo volé esta zona durante las operaciones de búsqueda y no vi nada...", yo sé que fue así y ello constituye uno de los misterios de esta aventura...

Las fotografías que tomamos con Franco fueron reveladas por Emelco con recursos mayores que los nuestros para entregárselas al embajador de Uruguay, y por eso debimos conseguirnos el gimnasio de un colegio de San Fernando para exponer todas las fotografías de aquella excursión y junto a los arrieros y al piloto logramos reconstruir toda la ruta y realizar aquel viaje de filmación. Esa película no se dio en Chile y todo ese material viajó hacia el extranjero en donde se terminó la composición del film que me habría gustado ver, ya que con Franco hicimos el doblaje de algunas escenas del viaje de Canessa y Parrado hasta encontrarse con el arriero Sergio Catalán después de increíbles diez días de viaje por el fin del mundo.

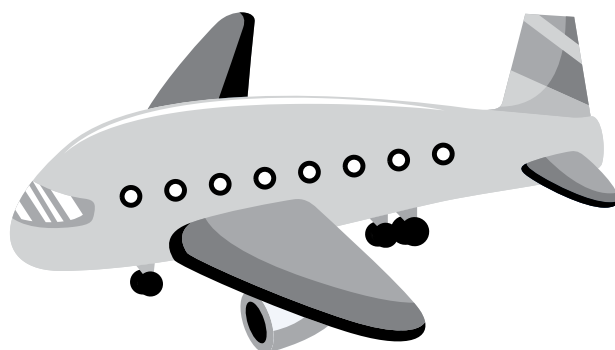
Mi historia termina, en esta parte de mi vida, diciendo que en aquel primer momento de ella no quise participar de una historia que constituyó ser la tercera noticia en importancia del siglo: según los periodistas con que conversé en Termas del Flaco el año 1972, La primera noticia del siglo había sido "La Llegada del Hombre a la Luna", la segunda "El fin de la Segunda Guerra Mundial" y la tercera, sin duda, esta...

-7-

Aquel diciembre del año 72 tuvo para mí momentos increíblemente importantes. Aquel que acabo de relatar es uno de ellos, pues nosotros mantuvimos el secreto ordenado por nuestras autoridades hasta que mucho tiempo después los propios sobrevivientes viajaron a Francia (ya que en Uruguay no podían hablar del tema bajo sus principios) y dieron allí una conferencia de prensa con presencia de los principales medios del mundo y dijeron la verdad... sobre todo agradeciendo a sus compañeros, que con sus cuerpos les habían ayudado a sobrevivir...

Yo no solo sobreviví a aquel tiempo sino a muchos otros, pues luego de cumplir con mi compromiso por el cual no fui a mi primer viaje a la zona del accidente, sí fui a muchos otros, especialmente a este, en el cual conocí cuán grande puede llegar a ser el hombre y poder sobrevivir contra todos los elementos y salir airoso.

Yo no tuve elementos en contra sino todos a mi favor: ese 29 de diciembre del año 1972 nos casamos con Mariana y este próximo diciembre cumpliremos 49 años de esa hazaña... y muy felices pretendemos seguir creyendo que es posible encontrar milagros, porque el hombre es una magnífica creación de Dios y aún no sabemos qué más podrá realizar...





JULIO ALBERTO ARANÍS ROJAS (77 AÑOS)

Ovalle

Bajé del bus y comencé a caminar en dirección al Club Aéreo de Melipilla. El viento frío cortaba mi rostro esa mañana de diciembre de 1969. En esa época no existía un camino regular entre la carretera y el aeródromo, por lo tanto era necesario enfrentar sendas de tierra a través de potreros, canales y propiedades rurales. Encontré perros, gallinas y vacas, los cuales me observaban desconfiados. Con el pasar del tiempo ellos serán mis compañeros de tanto transitar por ese rudimentario sendero.

En mi espalda trasportaba una mochila con varios elementos personales nunca usados anteriormente, como buzo, casco, lentes, botas, etc.

¿Cómo imaginar que un simple aviso comercial me llevaría tan lejos?

“Curso de Paracaidismo Deportivo”

Fue solo leerlo y al día siguiente estaba matriculado; es difícil explicar cómo un deporte totalmente desconocido me atrajo con tanta fuerza. Tal vez el deseo de hacer una actividad diferente para escapar de la rutina del día a día o simplemente poner un poco de adrenalina en mi vida, fueron los motivos que me llevaron a iniciar esta actividad.

Sin saber, estaba comenzando una nueva etapa de mi vida, con ingredientes tan variados, como alegrías, aventuras, realizaciones, amores y tragedias. Eran los primeros pasos entrando en un futuro difícil de prever.

En esa época estaba terminando una relación de siete años, que podemos llamar de “amor adolescente”. Todo quedaba atrás y una nueva etapa de mi vida comenzaba.

El curso teórico realizado en tierra durante los últimos tres meses estaba llegando al fin; el próximo paso era saltar de verdad. Muchas preguntas aparecían mientras continuaba caminando en dirección al aeródromo de Melipilla:

¿Cuál sería mi comportamiento en el momento de saltar? ¿Tendría valor suficiente para enfrentar ese desafío?

La preparación realizada los últimos meses no garantizaba poseer las condiciones para saltar al vacío desde una aeronave. Era un test excitante y asustador. Durante el tiempo que duró el curso, poco a poco fui acumulando valor para enfrentar esta realidad; nada impediría efectuar a lo menos el primer salto. Eran mis expectativas en ese momento.

Al inicio del curso éramos treinta alumnos, de los cuales termina-

mos ocho. Los motivos para desistir fueron muchos. Un factor que colaboró bastante para el éxodo de la mayoría de los compañeros fue la visita al centro de paracaidistas de Colina, donde son entrenados los Boinas Negras del Ejército. En esa oportunidad conocimos una torre de salto de aproximadamente quince metros de altura. Era una simulación perfecta de salida de avión. Cuando llegó mi turno estaba súper tenso, me causaba miedo la altura, desconfiaba de los delgados cables, mas a pesar de estos inconvenientes confié en las palabras del instructor y salté. Otro factor importante, que merece ser destacado por lo macabro, era la presencia de varios huesos y cráneos humanos diseminados al pie de la torre. Según los militares, pertenecían a fallecidos durante estas prácticas. Obviamente era una mentira, tenía por objetivo intimidar a los futuros paracaidistas y lo estaban logrando con mucho éxito. Realizamos varios saltos durante el tiempo que permanecimos en esa base militar. Por causa de esta experiencia desapareció la mitad de los alumnos del curso.

Volviendo a la realidad actual, en la sede del aeródromo de Melipilla encontré a algunos de mis compañeros y al instructor llamado Bambi -ignoro hasta hoy el motivo de ese nombre-, le pregunté si mi licencia fue otorgada por la Dirección de Aeronáutica, la respuesta fue afirmativa. A continuación me entregó un documento pequeño con mi foto. Era el pasaporte que me permitía ingresar a ese apasionante deporte. A partir de ese instante no tuve dudas de que ese fin de semana haría mi primer salto.

El paracaídas más parecía una mochila de excursión que un elemento aéreo. Me fue difícil sacar de su interior una enorme cúpula colorida, la cual debía "ordenar", con la supervisión de otros deportistas experimentados. La extendí en una mesa fabricada exclusivamente para esta función. En nuestro lenguaje este acto se denomina "empacar".

Tiempo más tarde comenzó a llegar el resto de mis compañeros. Me sentí confiado al saber que otro alumno también había ganado su licencia. Ya no estaba solo, tenía compañía para compartir las experiencias que enfrentaría ese día. Marcelo era una persona extrovertida y alegre.

Mientras me equipaba, escuchaba sus comentarios vertidos de forma efusiva. No paraba de hablar, eran miles sus argumentos relacionados con nuestra futura experiencia. El tiempo, la velocidad del viento, sustentación de la cúpula, el aterrizaje en terreno seco, el punto de abertura, eran los temas expresados por él. ¿Cómo puede argumentar tantas cosas si nunca saltó? -me preguntaba internamente.

Ahora pienso que era efecto del nerviosismo experimentado en esos momentos. Sentados en una banca, vistiendo botas, buzo, casco, anteojos y con el paracaídas instalado en la espalda, esperábamos el momento de ser llamados para ejecutar el primer salto. Me sentía un astronauta con esos elementos extraños apretando mi cuerpo.

Para disimular la tensión y el nerviosismo, opté por esconderme dentro de mi propia mente. Me sentía distante, nada de lo que estaba sucediendo tenía relación conmigo: personas transitando, autos estacionándose, eran las imágenes que llegaban a mi mente a través de mis ojos, mas yo continuaba refugiado en la parte más profunda de mi ser.

Cuando fuimos llamados a embarcar, mi corazón quería escapar del pecho, mi boca estaba seca. Las correas me impedían caminar con naturalidad; para ser honesto, el miedo también complica bastante.

El avión del club (Cessna 182) tenía capacidad para cuatro personas, dos adelante con bancos separados y dos en la parte posterior. Cuando la aeronave se usaba para lanzar paracaidistas, era retirado el asiento y la puerta del pasajero. El deportista que ocupa el lugar al lado del piloto debe sentarse en el piso; consecuentemente, será el primero en saltar. Cabe mencionar que esa puerta se encuentra exactamente debajo del ala y frente a la rueda de aterrizaje.

Antes de embarcar, Bambi nos mandó a practicar “salida de avión”. El primer movimiento es sacar las piernas fuera del fuselaje, posteriormente pararse en la rueda con ayuda del “montante” y finalmente saltar al vacío (“montante” es la barra de aluminio que une el ala al fuselaje de forma diagonal)

Al pararme en la rueda nació una duda inquietante: ¿Quién la frenaría cuando estuviese volando? El instructor me respondió que era función del piloto, que no me preocupase con eso. No fue muy convincente, sentí más inseguridad que antes. Luego pensé: al final voy a caer del mismo modo.

Hasta ese momento todo estaba perfecto, los compañeros que asistían a nuestra preparación en tierra lanzaban una cantidad de bromas pesadas, que de alguna forma aumentaban nuestra preocupación. Las más suaves decían que nos sacarían con espátulas del suelo. Otros querían ser incluidos en nuestros testamentos para heredar los equipamientos. Era un ambiente macabro creado alrededor del avión.

Reíamos sin gracia, sabíamos que esta situación hace parte del primer salto. Bambi me dijo que ocupara el banco trasero, él se ubicó a mi lado. En el piso, al lado del piloto, mi socio Marcelo con

“cara de loco”. Cuando el piloto puso a funcionar el motor, el viento de la hélice lanzó polvo a moros y cristianos. Las bromas pararon, los jóvenes corrieron a refugiarse a un lugar seguro. La aventura estaba comenzando.

El avión comenzó a moverse lentamente, mis compañeros de curso se despedían agitando alegremente las manos. Desde mi punto de vista, más parecía una extremaunción que una despedida. Les sonreí haciendo la señal positiva con el pulgar apuntando al cielo. Mientras el avión ganaba altura, me concentraba en los procedimientos aprendidos en el curso teórico. Después de algunos tensos minutos escuché al instructor:

-¡Prepararse!- golpeando levemente el casco de Marcelo.

Desde mi posición era difícil ver lo que estaba sucediendo; lo único que puedo decir es que mi amigo desapareció de forma abrupta. Miré inquisitivamente a Bambi, queriendo saber lo que estaba pasando; este no me dio bola. El avión comenzó a girar, ahora era mi turno.

Con el estómago apretado ocupé el lugar dejado por Marcelo. El hecho de sentarse en el duro piso metálico tenía compensaciones: sin la puerta, la vista era espectacular.

-Mantenga el rumbo.

La siguiente orden fue para mí:

-¡Siéntese en la puerta!

Al sacar las piernas fuera del avión, la presión del viento era tan fuerte, que tuve dificultad para apoyar mis pies en la pisadera

metálica. Dos segundos más tarde volvió a manifestarle al piloto:
-Corte motor.

Ahora esta porquería cae -pensé.
-¡Al montante!

Esa orden era para mí de nuevo. Tomé con ambas manos el “montante”, con mi pierna izquierda constaté que la rueda estaba frenada; posteriormente me paré encima de ella. En ese momento estaba literalmente fuera de la aeronave. Durante varios segundos continué en esa posición esperando la orden para saltar. Algo atrasaba mi salida. Más tarde me enteré de que esa demora fue ocasionada por una “falla técnica”: ¡La dirección del viento había mudado!

-¡Salte! -gritó finalmente Bambi.

Bueno a esa altura del campeonato no podía hacer otra cosa, me solté y ahí estaba cayendo sin saber lo que iba a suceder conmigo. Sentí unos golpes extraños en la espalda, posteriormente un estampido seco. La “línea estática” cumplió su función eficientemente al abrir el paracaídas. A partir de ese momento un silencio impresionante y absoluto tomó cuenta del ambiente. Miré hacia arriba, ahí estaba la colorida cúpula dándome la sustentación necesaria para volar en ese enorme espacio. El avión desapareció en la inmensidad del cielo azul, quedé colgado a más de ochocientos metros de altura.

Dos cuerdas colgaban de las correas del arnés, eran los “conductores”, uno para cada mano. Con bastante cuidado presioné el derecho, inmediatamente el paracaídas giró para ese lado haciendo un péndulo con mi cuerpo.

-¡Putá, funciona! -exclamé sorprendido.

Tiré el izquierdo y ahora el giro fue en la dirección contraria. No cabía de alegría. ¡Estaba conduciendo un paracaídas! Flotaba en un inmenso cielo azul, rodeado por un silencio jamás encontrado en lugar ninguno aquí en la Tierra, conduciendo un equipamiento increíble. ¡Parecía un sueño!

Todo era mágico, hasta que llegó el momento de aterrizar. Desde lo alto no conseguía reconocer absolutamente nada. Después de mucha observación, localicé la pista de aterrizaje, se encontraba sumamente lejos. Por algún motivo desconocido, mi primer salto estaba totalmente fuera de lo programado, tendría que buscar un terreno apropiado, para colocar mi cuerpo nuevamente en contacto con el planeta.

Debajo de mis pies observé hileras de árboles, verdes y cerrados. En ese momento comprendí que estaba en un área de alto riesgo. Aterrizar en árboles es peligroso, por ese motivo debe aplicarse un procedimiento de emergencia. Era bueno en ese momento acordarse de las clases teóricas. Me preparé entonces para enfrentar el peligroso aterrizaje. Rodillas al pecho y brazos cruzados protegiendo el rostro. Ahora debía esperar el impacto con las ramas. Sin embargo el suelo llegó con violencia. Quedé desconcertado tratando de entender lo que estaba aconteciendo. Según mi punto de vista, debería estar colgado de alguna rama; sin embargo no conseguía ver ningún árbol.

¿El salto me dejó ciego?

La realidad era otra, el miedo y la inexperiencia fueron factores

que me hicieron confundir una plantación de lechugas con frondosos árboles frutales. El lector tiene que darme un descuento, al final era mi primera experiencia en este deporte.





MANUEL JESÚS ARAYA VERA (65 AÑOS)

Seudónimo: Majaver

Valparaíso

-Te cuento, hermanito -me dijo mi hermana Rutuil, de 75 años-, el otro día fui a la playa de Lollole, con Segundo.

Estando atento a su conversación, le pregunté de inmediato:
-¿Cómo te fue, hermana mía?

-Muy bien, había un hermoso sol, las olas muy agradables y la arena suavecita -respondió ella.

-Me alegra, profundamente que hayas ido. ¿Y cómo que te acompañó tu esposo Segundo?, si apenas camina, además viven fácilmente a tres kilómetros de distancia del mar; aún más, las veces que los vengo a buscar para pasear, me dicen que no pueden -respondí.

-Así es él -respondió mi hermana-. Fíjate que en la tarde, cuando nos vinimos, Segundo apuró el paso, quedándome a varios metros.

Ahí fue cuando miré para atrás, me seguía un ave de pecho color blanco, negras sus plumas, le dije vamos, mi niño; como si me hubiese entendido, apuró el paso y se me acercó.

-Sabes, Rutuil, me interesó la historia, no me dejes a medias, cuéntame -contesté apresuradamente.

Respondió ella: -¡Oye, oye, escúchame!, te estás poniendo igual que los demás, esta no es una historia, es verdad, parecía un niño, de caminar muy erguido, nunca bajó la cabeza, tenía las patitas cortitas, llegué a pensar en que tanto tiempo quisimos tener un hijo sin poder lograrlo y ahora estaba ahí.

-Tú los has dicho, no tienen hijos, pero eso no quiere decir que fuera igual a nosotros los humanos, según tu descripción fue un pingüino de Humboldt -fue mi respuesta.

Mi hermana no es violenta, pero observé que se había incomodado. -Sí, ¡para ti no era un niño!, pero yo te dije que lo sentí como un regalo; además, me siguió hasta la casa; ahí Segundo, que estaba ya esperándome en la puerta, me dijo: ¿Qué traes a tu lado?, ¿de dónde sacaste ese pájaro?, yo alcancé a responder: ¡no es un pájaro! y ahí él se dio vuelta, diciéndome: tú sabes, yo ya te dije, no lo quiero en mi casa. El pingüino, como dices tú que se llama, parece haber entendido las palabras de mí esposo, quiso retirarse, pero recordé que tú nos habías regalado unas anchovetas y, como no sabíamos prepararlas aún, las tenía por ahí en el frío.

La verdad es que me interesó el tema; preocupado, pues ese tipo de pingüino está en peligro de extinción, le pregunté: -¿Qué pasó con el pingüino en casa?

Rutuil, siguió contándome: -Al día siguiente don Julián, el vecino, que tiene su hijo en la universidad estudiando algo relacionado con el mar, también señaló que los pingüinos comían pejerreyes. Como nosotros no sabíamos dónde ir a buscarle, él nos trajo y nos dijo: Mi hijo Juliancito viene el fin de semana, quiere ver a su hermosa mascota, jajajajaja, me contagié con su risa y Segundo también reía.

Intrigado con el destino del pingüino, inquirí: -¿Fuiste feliz?, ¿cuántos días estuvo en tu casa?, ¿le pusiste nombre?

Respondió mi hermana aún con sus ojos brillosos, de un destellante especial: -Sí, fui muy feliz, lo llamé "niñito". Después, cuando fue Juliancito, nos explicó que los pingüinos son especies protegidas, sensibles a la extinción, por tanto quienes no informen su estado fuera del hábitat al SAG, se exponen a ser denunciados a los tribunales; eso no lo sabíamos, comprendió la situación y se lo llevó para devolverlo al mar.

¿Sabes?, Rutuil, así es la vida, como un sueño, los niños crecen y no nos damos ni cuenta, cuando ya no están con nosotros, ya sea por estudios, trabajos o nueva familia. Quiero decirte que no debes estar preocupada, esa situación ya pasó, pienso que hiciste una gran obra, alimentarlo en forma correcta, cuidarlo y entregarlo a personas con conocimientos al respecto. En vez de preocuparte, te mereces un tremendo aplauso -respondí afectuosamente.

-¿Estás seguro? -dijo Rutuil.

Asentí con la cabeza, mi hermana me dio un fuerte abrazo y me dijo: -Al fin me escucharon, todos me decían que hablaba tonterías y eso me preocupaba. Segundo se lleva durmiendo, así que le da lo mismo.

Finalmente dije: -Todo es real querida hermana, ahora nos vamos a tomar la memantina que nos recetó el neurólogo, que nos atiende con tanta alegría.





LUCÍA MARÍN NAVARRO (88 AÑOS)

Las Condes

Fantasia Sinfónica de Richard Strauss (n. Múnich, 11 de junio de 1864 - f. Garmisch-Partenkirchen, 8 de septiembre de 1949)

El Universo no solo es luminoso y colorido, también es musical.

Al pasar, cuando estrellas, nebulosas y galaxias transcurren de un lugar a otro, van dejando tras de sí sinfonías astronómicas.

El curso de nuestra vida también va dejando notas musicales que penetran las mentes y dejan huellas indelebles en las humanas neuronas de quienes tienen el don de saberlas leer.

La música también nos produce variadas sensaciones de color.

Un do, por ejemplo, según nuestra imaginación, pudiera ser un azul profundo, ultramarino, y un si bemol mayor puede ser luminoso, anaranjado, resplandeciente en amarillos, cuajados de perlas siderales.

Cuando su vida se extinguía, Blanca Elena tocó con sus finos dedos ese si bemol mayor y, en un mágico resplandor, recompuso aquellos breves instantes que alguna vez fueron relevantes en su existencia.

Ante sus enturbiados ojos de mujer ya muy anciana, pasaron, vívidas y con fuerza, algunas escenas de acontecimientos ocurridos tiempo atrás, casi olvidados ya.

Cruzó por su cansada mente aquello que se dice que cuando las personas van a morir, pueden observar, como en el cine, su vida entera, y pensó que si ella la estaba reviviendo, era porque le había llegado la hora de partir.

Y en ese instante supo que realmente estaba muriendo.

-Buenas noches, mamá.

Dijo una voz que ella escuchó con un eco, muy lejana.

-Mamita, soy yo. Mírame un poquito. Quiero decirte que te quiero mucho. Espérame. Ahora me voy por un ratito y quiero darte un beso por la mañana.

En su mente obnubilada, Blanca Elena escuchó esas palabras: "Mamá", "mamita".

-“¿Qué mamá? ¿Quién la invoca?” - se dijo ella, sin habla.
La mágica visión de su propia madre fue firme en su nublada mente.

Siempre la extrañó, durante toda su vida. La quiso tanto.

Y se fue cuando ella era tan solo una niña muy pequeña.
¡Cuánta falta le hizo durante el resto de su vida!

Elisa.

Así se llamaba su madre. Su mamá. Su mamacita linda.

Elisa Singleton de los Ríos.

Sí, De los Ríos, parientes de aquella histórica "Catrala".

Siempre se decía aquello en la familia, heredera de su cuantiosa fortuna desaparecida, y en una oscura leyenda convertida.

Su mamita Elisa, una joven mujer de pálido semblante, ojos celestes como el cielo, cabellera dorada, rizos que caían sobre su frente pálida.

Sus manos eran como querubines danzando cuando tocaban esas bellas melodías en el piano o cuando pintaban sus cuadros con escenas pastoriles, cuando bordaban delicados relicarios o escribía sus sentidas poesías.

Esas manos, que le peinaban el cabello, que la acariciaban. En ese mismo instante percibió, en su frente, el roce de esas manos, y las sintió tan cercanas.

Menuda y frágil, siempre respirando con dificultad, tratando de recomponer los latidos de su delicado corazón.

Mujer bonita y cálida. Siempre embarazada de tantos hijos, aquellos sus hermanos de quienes ya ni recordaba sus rostros, murieron tan jóvenes.

Eran cinco las mujeres. Cinco niñas. Las “quintillizas”. Así las llamaban, entre risas, sus nietos.

Ella, Blanca Elena, la mayor, luego estaba María, la más rellenita; Sara, siempre triste, pero buena en la lectura; Teresa, práctica, racional, fue la profesional de la familia, y la chica Luisa, rubia, bonita, siempre soñando con imposibles.

Claro que también estaba Julio, el sobreviviente de los tres hombres, aquel que tenía un ojo celeste y el otro color castaño. Heterocromía. ¡Qué palabra tan rara! ¡Cuánto le costó aprenderla! Pero nunca la olvidó, ni aun ahora que moría.

El piano.

En la bruma, su inconsciente evocó el piano de su madre, el que ella también tocó, cuando se juntaba la familia, en esos tiempos hermosos del pasado.

Muchas mujeres espléndidas: sus hermanas, las primas y amigas, con lindos vestidos; recordó que ella había confeccionado más de uno.

También asistían hombres galantes que decían palabras bonitas junto al oído, rozando con disimulo la mano femenina.

¡Cuántos corazones se agitaron!

Incluso, alguna vez, el de ella misma.

¡Cuántos rostros se conmovieron, ruborizados!

El piano. Y volvía el piano a su brumosa mente.

Un día llegó de sorpresa a la vieja casona en Temuco.

Un regalo de su padre, Eulogio Navarro, para su esposa Elisa.
Era un secreto que todos los niños guardaron con respeto.

Un día tocaron a la puerta y allí estaba su padre, expectante, derecho como un roble, con su rostro circundado de barba rubia, dos metros de estatura, mirando la cara iluminada de su sorprendida y menuda esposa.

Retiraron tan lento las envolturas del embalaje, que a los niños se les fue la vida con un profundo y sonoro suspiro.

Lloraron de felicidad cuando su madre puso sus delicados dedos sobre las teclas, que emitieron sonidos llenos de magia. El rostro de su madre pareció resplandecer.

Ahora sí, Elisa -le dijo el papá, abrazando a su esposa-, podrás tocar de verdad y dejar de enseñarle a las niñas sobre la mesa sorda del comedor; y su rostro se iluminó con una sonrisa.

Fueron pocos los años que ella pudo pasar junto a su madre, recordó con pena la agónica anciana.

La bella mamá se extasiaba cuando llegaba Armando, el hijo mayor, que estudiaba en Santiago. Con el tiempo él fue un ingeniero dedicado a la minería, lo recordó con agónico orgullo. Pero su pasión siempre fue la poesía.

Cuando él volvía a la casa familiar, pasaba largas horas conversando con su madre.

Se instalaban en la salita, junto al piano, donde la madre tocaba piezas de intensa emoción y se iban leyendo, mutuamente, los poemas que ambos habían escrito en los largos días de ausencia. Blanca Elena recordó que ella los espiaba, oculta, desde la puerta, envidiando a las sillas y las mesas que se encontraban en la sala.

Ella era muy niña, no comprendía lo que decían, pero intuía que las palabras eran hermosas, por el extraño brillo que iluminaba aquellos rostros tan queridos.

¡Cómo recordaba a su madre!

La mamita Elisa tenía tan solo treinta y nueve años cuando murió. Y hubo un tren, sí, pero más bien fueron dos trenes. Uno se la llevó, muy enferma, a Santiago, dijeron. Los niños quedaron solos en la casa. ¡Fue tanto lo que lloraron!

El otro tren fue aquel que los llevó a esa inhóspita ciudad.

Un tren de lento traquetear. Eternas horas para llegar a Santiago, ciudad tan fría.

Una enorme casa desconocida y una cama silente donde yacía el cuerpo inerte de su madre.

El helado beso y el llanto de los niños que jamás pudieron entender lo que sucedía.

¡Cuánto les afectó esa partida cuando fueron mayores!
Hubo un sollozo que rompió el silencio y su padre cayó al suelo, tembloroso.

Su padre.

¡Cuántas noches pasaron, siendo niños, sin madre, esperando su llegada!

La desolada casa de Temuco era tan grande y los patios infinitos.

Sombras fantasmagóricas deambulaban por pasillos y corredores. Los niños, envueltos en sus camisones de dormir, se apilaban entre la puerta y la mampara, aterrados por los ruidos.

Vigilantes, miraban con recelo las tinieblas de la calle solitaria por donde él debía regresar.

La espesa bruma mojaba los adoquines y daba forma a espíritus tenebrosos, llevando con su húmedo paso el acre olor de los árboles del cerro vecino.

A veces pasaba un coche y los cascos del caballo ponían una nota sonora en la tétrica oscuridad.

De pronto, a lo lejos se oía la carrasposa tos del padre.

¡Tanto que fumaba!

Esos cigarros que daban un color dorado a su barba y bigotes; también aquel característico olor suyo, dulzón, fragante. Y la tos que lo atormentaba por las noches.

Al momento de sentirlo, corrían los hermanos a meterse en sus altas camas, donde dormían apiñados para poder pasar el frío y, fingiendo un sueño, esperaban la orden paterna:

-Ya niños, es hora de rezar y no se olviden de pedir por su madre, que Dios la tenga en su Santo Reino. De seguro está en el cielo, cuidando de ustedes.

La moribunda lo recordó paseándose de un cuarto al otro. Fantasmagórica, su sombra se proyectaba en las paredes blancas de los cuartos, débilmente iluminados por algunas velas.

En los Misterios Dolorosos había llantos sofocados por almohadas.

El padre nunca volvió a reír e ingresó a la Orden Tercera Franciscana, para tener dónde hacer sus oraciones y meditar, sumergido en su dolor, sobre los insondables misterios de la muerte, que le había arrebatado a su joven y amada esposa.

Blanca Elena sabía, a pesar de su inconsciencia, que bajo su almohada estaba el escapulario de su padre, aquel de la Orden Tercera Franciscana, que la protegía como un mágico y antiguo compañero. Cuando el padre falleció, fue el tío Francisco, el doctor Navarro, quien acogió a todas las sobrinas. También fue el tío Pancho quien la retiró de las monjas en San Fernando, para alejarla de su amado Pepe.

Pepe.

Pepito, como ella lo llamaba cuando recién se casaron, fue un buen esposo por casi cincuenta años.

José Alejandro, que, debido a la muerte de su padre, nunca se pudo recibir de abogado, ya que el señor notario murió dejando a la familia en precarias condiciones.

Ya no hubo más billetes desparramados por las mesas. Solo quedó una caterva de hijos y mujeres solitarias.

Según la usanza, y por consejo de algunos familiares, Pepe fue radical y masón. De esta forma, le dijeron, podría conseguir un buen trabajo.

A pesar de aquello, siempre la acompañó a la misa de doce, junto a los niños, y todos bien arreglados.

Claro que Pepe tuvo sus defectos: ¡era tan celoso!

A pesar de que él sí tuvo uno que otro amorío. Lo sabía. Incluso una de ellas fue su amiga.

La celaba con todos los amigos, sobre todo con el primo Víctor.

A ella le gustaba compartir con ese primo sus pequeños poemas. ¡Cuánto disfrutaba de aquellas conversaciones que tenían, sobre los pensamientos del poeta Rabindranath Tagore, o aquella extraña filosofía de los Rosacruz, que él muy bien conocía!

Víctor era un hombre alto, delgado, de pelo muy blanco, aspecto delicado. Intelectual y soñador. Empleado del Banco Central.

Tenía una quinta en Macul, en calle Los Plátanos.

Árboles frutales, establo, vacas y gallinas.

Ella iba todos los domingos a almorzar a esa casa, llevando consigo a los niños, para que tomaran buen aire y se divirtieran persiguiendo al perro Lacón.

A Pepe no le gustaba acompañarla; decía que no entendía las conversaciones, y que se aburría.

Por las noches, después de los exquisitos almuerzos, con cazuelas y empanadas, volvía ella a la realidad de su casa.

Tomaban el tranvía que corría por Alameda. Regresaban cargados de flores, fruta fresca, huevitos azules.

Los niños se dormían acurrucados en su falda y, al final del camino, frente a la Universidad Católica, su arribo era como el despertar de un monstruo renaciente.

Infinitas recriminaciones y las voces iracundas del esposo.

Hubo una noche en especial que fue la más terrible.

Entre la bruma de su mente, sabía que ella había estado muy contenta, tal vez por un poco de ponche, pero se sentía feliz.

Era el día de las Cármenes, 16 de julio.

En esa fecha, en Macul se hacía una gran fiesta, recordó. Buena comida, mucamas con cofias y diminutos delantales, personas cantando, tocando el piano, parejas danzando, y todo el mundo de etiqueta.

Mujeres con hermosos vestidos, lindos sombreros y peinados espectaculares.

Había tantas personas interesantes, inteligentes, conversando sobre cosas importantes.

Los invitados eran médicos, abogados, intelectuales, escritores, que iban para saludar a Prosperina y también a Víctor, su esposo y primo.

Esa noche, recordó, ella leyó un poema que había escrito para la ocasión y fue muy celebrada.

Además, todos le dirigieron palabras de felicitaciones, alabando su sensibilidad y talento.

Tarde en la noche, el doctor Dabansen con su esposa la sacó del jolgorio, ofreciéndole ir a dejarla a su casa. Se vio bajando del vehículo del matrimonio amigo y caminando por el largo pasillo que bordeaba las casas vecinas.

Recordó con angustia que, al colocar la llave en la puerta, esta se abrió de súbito, y Pepe, tomándola de la mano, la empujó con fuerza al dormitorio.

Trastabilló y un zapato salió disparado de su pie.

La fuerte mano de Pepe sujetó su brazo y la otra blandía su pistola. Gritos y forcejeos.

Gustavo, el hijo mayor, aparece en la puerta, desaliñado y durmiente, restregándose los ojos. Y Teresa, su hermana, la separa de su iracundo esposo.

Como siempre, después de cada discusión, pasaron varios meses sin hablarse.

¡Pero se aguantaron tantos años!

Peleas, altercados que, según la Filomena, todo era debido a las botellas de vidrio rotas, que se habían acumulado en el patio.

Pepito, de adolescente, era tan buenmozo. Pálido y de ojos muy negros.

Ella adoraba su corbata de moño y los pantalones a rayas.

Lo conoció en San Fernando, siendo ambos muy jóvenes. Ella se estremecía cuando la tocaba. Fueron años de entredichos, distancias, amores idealizados, poemas y tristezas.

Al casarse todo fue tan tranquilo. Sin muchas caricias. Camas separadas.

¡Qué hermosas eran sus camas!

De madera tallada. En ella nacieron sus hijos. Demoraron años en tenerlos.

Pero primero llegó su sobrino y ahijado Armandito. Era tan triste la historia de ese niño.

La madre y el padre, su hermano Armando, aquel de los poemas, murieron ambos en el mismo día, debido a esa influenza que mató a tanta gente.

Ese niño Armandito, era el hijo menor, y el único varón que tuvo su fallecido hermano.

Vino a llenar el enorme vacío de su mente y de su vientre yermo.
¡Cómo lo quiso, mimó y acicaló ella a esa criatura!

-¿Te acuerdas de tu pequeño traje de marinero, niño mío? - dijo la anciana a la figura que se apareció en su mente débil.

Seis años después llegó Gustavo Adolfo, el mayor de sus hijos.

Años más tarde vino Lucía, su muñeca regalona. Le gustaba tanto hacerle vestidos bonitos.

Y Horacio fue el último en llegar, pero no por eso, el menos querido.

Vivieron en tantas casas, cada una con sus historias, que le dieron recuerdos y sabor a su vida.

A veces, tal vez muchas veces, hubo penas, pero siempre quedó algo para recordar; el jazmín en su ventana de la casa en Diagonal Oriente.

Daba flores para colocar a los pies de la imagen de su Virgen. Esa misma que ella compró por solo cinco pesos. ¿Qué se compra hoy con ese dinero?

Todos mis hijos crecieron. Se casaron, se fueron.

Quedamos solos y con Pepe ya no teníamos fuerzas para discutir.

Y vino su larga enfermedad.

Murió a las ocho de la mañana, en sus brazos, recordó.

Se sintió triste y sola. Desamparada.

Vinieron años de deambular de un lugar a otro. Sin tener un sitio propio donde vivir.

Un dolor profundo llenó su alma. La quemaba por dentro.

¡Cómo odió todo!

Hubo días que se sintió sin tener ningún refugio. ¿Dónde vivir?

Dios. ¿Dónde estás, Dios?

¿Dónde está todo?

¿Es esta la vida, Señor, que me has querido dar?

¡Cómo quisiera, en este instante, recordar alguno de mis poemas!
Tal vez la "Flor de la Acacia" pudiera llegar a lo que me queda de memoria. "Con cuanta gracia, la flor de acacia, se inclina y mueve, junto a la reja de mi balcón..."

Los poemas, las flores.

El piano y sus notas bemoles, todo está volando en un espacio infinito.

El silencio se aleja y se junta con el viento.

Una caricia roza su piel fría.

-¡Hija!, ya no te puedo esperar, estoy muy cansada.

-Me quiero ir con mis hermanos, quiero recuperar a mi mamacita.

Era la una y cuarenta y cinco minutos de un claro amanecer y en el cielo, cuajado de estrellas, hubo destellos luminosos, cruzados por cascadas de perlas relucientes, cuando el último vibrato de aquel si bemol mayor se extinguió en la memoria de Blanca Elena.

Ya no hubo más mañanas.

Un poema se quebró en la nada.

Atrás quedaron anhelos, ilusiones, trozos de un alma, perdida en su

infinita búsqueda de la superación de la belleza, en una inconclusa sinfonía cósmica jamás escuchada.

Cuando mi propia energía, en la forma de un espíritu trashumante, sea capaz de circundar las estrellas, buscaré la estela de su alma vagabunda, y flanqueando el universo, y juntas, cerraremos aquella brecha entre su vida y la mía, porque la vida es tan solo una sombra en el camino.

Blanca Elena Navarro Singleton

Diseñadora de alta costura, poeta, pintora, intérprete musical.

Mi madre.

Nació en Limache el 3 de junio de 1898

Falleció en Las Condes el 24 de enero de 1997



PRIMER LUGAR

Región del Libertador Bernardo O'Higgins

**YO NO CREO EN BRUJOS
GARAY... PERO DE
HABERLOS... LOS HAY**

JOSÉ LUIS MENÉNDEZ MORTEO (75 AÑOS)

Quinta de Tilcoco

Todo comenzó hace ya bastantes años, más de cuarenta, en la ciudad de Concepción, una mañana de domingo, no recuerdo la fecha ni la hora.

En esos años era yo dueño de una agradable y microfónica voz (perdonen la falta de modestia). Un día domingo en la mañana estaba esperando que comience mi turno de locución en radio Interamericana.

Recién comenzaba su prédica de 30 minutos un norteamericano pastor protestante y luego era el turno de un programa de astrología.

Quien lo dirigía era un señor de edad, pelo cano, estatura baja, de hablar pausado. Vestía un terno color plomo y cargaba un pequeño maletín de desgastado cuero que parecía como de colegial. El pastor recién comenzaba con su programa, por lo que el señor astrólogo y yo comenzamos una charla para matar el tiempo. De improvisado me dijo:... ¿me deja ver la palma de su mano...? Entre

sorprendido y divertido, le mostré la palma de mi mano derecha, a pesar de que siempre he sido un incrédulo en cuestiones de adivinación y otros.

Abrió su bolso de colegial de cuero desgastado y sacó un papel tan desgastado como el bolso. El papel tenía dibujado el zodiaco. Me preguntó mi fecha de nacimiento, se la di, además de decirle que mi madre me había dicho la hora del alumbramiento.

Luego de hacer, al parecer, algunos cálculos y consultar otros papeles, me miro por unos instantes y me dijo con voz grave y pausada: ... dentro de poco usted hará un viaje muy largo. Tendrá dos situaciones de peligro, la segunda muy grave. Le sugiero vaya a mi consulta porque tengo otras cosas que decirle...

¿Viaje muy largo? No tenía planes ni intención de viajar, salvo a Santiago para ver a mi polola, la que hoy es mi esposa.

Bueno, siguiendo con el señor astrólogo, cuando llegué a casa le comenté a mi madre y me dijo que fuera a verlo, a lo que me negué porque no creía en astrólogos ni adivinadores ni videntes. Lo tomé como una anécdota y no pensé más en el asunto, porque lo olvidé completamente y me olvidé, también completamente, del señor astrólogo.

Pasó un tiempo, no recuerdo cuánto. Yo seguía como locutor de radio, pero esta vez en radio El Sur leyendo noticieros. Tenía también un programa llamado "Cambalache", donde los radioyentes, a través de llamadas telefónicas o visitas a la radio, podían vender, comprar o cambiar todo tipo de objetos.

Una tarde llegó a la radio una persona para tratar de vender un set de elementos para dibujo técnico. La cara me resultó conocida y

se lo dije. La verdad, resultó que ambos fuimos alumnos de la UTE (Universidad Técnica del Estado). Conversamos bastante durante las pausas musicales del programa. Ahí me enteré de que mi nuevo amigo quería viajar a USA nada menos que “a dedo”.

Terminó el programa y nos fuimos caminando y a las pocas cuerdas nos dimos la mano y quedamos de viajar juntos. Así conocí a Juan Guillermo Catalán Clark.

Bueno, así y ahí comenzó la etapa más crítica, estúpida, peligrosa e inútil aventura de mi vida.

Planeamos con gran celeridad el viaje a USA ,que sería a dedo, sí, a dedo. Se nos unió Ramiro Duarte Clark y partimos a la carretera. La idea no era hacer turismo, la idea era avanzar lo más rápido posible.

Atravesamos Perú, Ecuador y llegamos dentro de lo planeado a Colombia. Me llamó la atención que la carretera fuera de ripio, sin pavimentar. Lo otro que llamó mi atención fue la cantidad de curvas y cuestas de subida y bajada que tenía y lo que me ponía nervioso era que las personas que manejaban eran al parecer adictos a la velocidad.

Nos recogió un camión marca Bedford, año cuarenta y tanto, bien traqueteado, cargado hasta el tope con sacos de papas. Nos acomodamos sentados en los sacos, con los pies sobre la cabina del camión, admirando el montañoso paisaje.

De repente sentimos un ruido y como que algo se arrastraba y el camión comenzó a aumentar la velocidad cada vez más. Mis compañeros de viaje y yo nos miramos tratando de adivinar qué estaba pasando.

¿Qué había pasado? Se le había soltado o desprendido el eje cardan y el chofer perdió el control, no podía manejar la velocidad ni frenar.

La situación era desesperada, teníamos el corte del camino teniendo la ladera de la montaña cortada a pique al lado derecho y un gran precipicio al lado izquierdo. Íbamos cuesta abajo cada vez a mayor velocidad.

Todo esto sucedía en un camino cordillerano, sin pavimentar y con una larga y pronunciada pendiente. Esos fueron momentos de gran tensión, adrenalina, angustia y desesperación.

Todo pasaba a una velocidad vertiginosa. Yo miraba alternadamente el borde del camino y el precipicio, mientras el chofer trataba desesperadamente de mantener el rumbo y frenar la velocidad rozando el costado del camión contra la ladera del cerro, pero la velocidad hacía que el camión “rebotara” hacia la orilla del camino, hacia el precipicio.

Fue ahí cuando mirando hacia el cielo decidí saltar del camión; y mientras me preparaba para hacerlo, Ramiro se dio cuenta de lo que estaba por hacer, me tomó del cuello mientras me gritaba: “No lo hagas, te vas a matar”.

Por un momento pensé que moriría, pero, cosa rara, no recuerdo haber sentido miedo, sino una mezcla de angustia, adrenalina y expectación. Al darme cuenta cabal de la situación en que estábamos se me salió una súplica desde el alma traducida en un grito desesperado: “DIOS MÍO, AYÚDANOS”.

El chofer del camión logró frenarlo contra la ladera del cerro y el vehículo se volcó de lado. Salieron “volando”, entre una nube

de polvo, mis dos amigos, Juan Guillermo Catalán Clark y Ramiro Duarte Clark, que iban conmigo arriba de la carga. Yo me aferré a un fierro en arco y evité que la carga me aplastara (era como una tonelada de sacos de papas). Mis amigos salieron prácticamente “volando” en posición de sentados y quedaron al borde del precipicio solo con magulladuras. Primero fui a ver a mis amigos y luego saqué al chofer y a sus dos acompañantes de la cabina, todos ilesos.

Unos metros más abajo el camino pasaba por un puente colgante sobre un precipicio de 100 metros hasta un río, según nos dijeron después. Yo creo que en esa oportunidad Dios me dio un buen tirón de orejas.

Después del accidente seguimos con nuestro viaje y llegamos a Bogotá. Juan Guillermo se fue vía aérea a Miami, Ramiro perdió o le robaron su pasaporte, por lo que tuvo que volver a Bogotá para tramitar un nuevo documento en el Consulado de Chile. Esa fue la última vez que vi a Ramiro.

Yo conocí a varios chilenos en la misma “onda” que yo, Miguel Solís, Enrique Morales, Leonel Bustos y Juan Valdés Ibáñez, y de una forma u otra llegamos a Ciudad de Panamá.

Aventuras y anécdotas por montón en el tramo Chile-Colombia. Los siguientes tramos fueron Panamá-Guatemala y Guatemala-USA.

Lo más relevante de este tramo fue en Nicaragua. Llegamos de noche a Managua, la capital, fuimos a un cuartel policial en donde el guardia borracho y babeado, armado de un fusil de guerra, insistía en decirnos que éramos guerrilleros sandinistas, mientras ponía la boca de su fusil de guerra bajo mi barbilla. No me cagué de susto, solo no sé cómo mierda logré controlarme. Afortunadamen-

te, llegó un oficial sobrio, quien nos dio alojamiento en el cuartel.

Solo un día estuvimos en Nicaragua y partimos a El Salvador. No quisimos pasar por Honduras porque estaban en guerra con El Salvador ¿Recuerdan la pelotuda guerra del fútbol?

La salida era por mar, por el golfo de Fonseca, de noche, en una vieja barcaza de desembarco, sin botes ni chalecos salvavidas, en completo silencio y ninguna luz ni cigarrillo encendido, para que no nos disparen los hondureños.

Pasamos raudos por El Salvador y llegamos a Guatemala.

En Ciudad de Guatemala encontré a Ricardo, un viejo amigo de Concepción que andaba en los mismos trotes que yo. Me invitó a un bar en donde estuvimos recordando Concepción y bebiendo mucho whisky.

Luego salimos de noche en automóvil Ricardo y yo muy bebidos (léase borrachos) a recorrer las calles a toda velocidad, pasando semáforos en rojo hasta que un gran árbol apareció frente a nosotros y yo, por no llevar puesto el cinturón de seguridad, di un gran golpe con mi cara al parabrisas, reventándome los dos ojos y sin perder el conocimiento. Fue muy dramático. De inmediato no pude ver. Me sentía heridas en la frente y la barbilla y el no poder ver lo atribuía a la sangre de mis heridas en la frente, por lo cual me limpiaba repetidamente los ojos con mi pañuelo, pero lo que no sabía era que con el golpe de mi cara contra el parabrisas me había reventado ambos ojos y esa era la causa de por qué no podía ver. Por otra parte, producto del fuerte golpe, sufrí también un TEC cerrado sin pérdida de conciencia.

Luego de haber sido atendido y operado de urgencia por un oftalmólogo, estuve seis meses en el Hospital Roosevelt, vendado, sin poder ver y sabiendo por boca de los médicos que quedaría ciego, dada la gravedad del accidente. Recordé en mi angustia a mis amigos mormones. Pedí los contactaran y me visitaron. Impusieron sus manos sobre mi cabeza en el nombre de Jesús pidiendo mi recuperación.

HOSPITAL ROOSEVELT

ÁREA DE SALUD GUATEMALA SUR
TELEFONOS 40378-90
GUATEMALA C.A.

Noviembre 22 de 1971

Señor Cónsul General
De la Republica de Chile en Guatemala
Don Enrique Java Iquinto Markmann
Edificio Etisa, Plazuela España
Ciudad

Honorable señor Cónsul;
En respuesta a su oficio N.o 098, fechado el 16 de octubre del corriente año, con instrucciones de la Dirección Ejecutiva de este hospital, atentamente me permito informarle que el paciente JOSÉ LUIS MENÉNDEZ M. fue ingresado a este centro hospitalario a las 0.15 horas del 29 de octubre de 1969. Había sufrido accidente automovilístico con traumatismo a ambos ojos sin pérdida de la conciencia; fue visto por mí varias horas después el mismo día y esa misma tarde fue sometido a operación de emergencia en ambos ojos. En el ojo izquierdo se le encontró una laceración irregular

en forma de T con vidrio y el iris en la herida, el cristalino no se hallaba en la herida; se le quitó un fragmento de vidrio, se le llenó la cámara anterior con aire y se le separó vitrio de la herida; había hifema parcial; también estaba ausente el cristalino en este ojo, se le suturó laceración, cortando vitrio e iris en la herida; se le llenó la cámara de aire y se le separó el vitrio de la herida, a la hora de operación se pensó que ambos ojos tenían muy mal pronóstico. En noviembre 1o de 1969 dejé al paciente al cuidado de mi padre, ya que tuve que ausentarme del país. El paciente por largo tiempo sin abrir los ojos; tanto, que el 29 de noviembre de 1969 se le tuvieron que quitar los puntos y examinarlo bajo anestesia general. El 11 de febrero de 1970 se le hizo una refracción en el ojo derecho, con el cual llegó a ver 20/25+ y a leer letras j-l. La última vez que vimos a este paciente se le dijo que en el futuro el ojo izquierdo podría necesitar una IRIDECTOMÍA ÓPTICA, ya que la visión de este ojo era de 20-200 y había cicatriz en el eje pupilar; parecía haber leve crecimiento de estroma sobre la cara anterior de vidrio, así que el pronóstico, a la larga, de este ojo, era reservado.

Sin otro particular, aprovecho para suscribirme como su atento y referente servidor.

Dr. Arturo Quevedo.
Jefe de la sección de oftalmología
Hospital Roosevelt.

Y bueno, con anteojos "*poto de botella*" estoy desde esa fecha gozando de poder ver nuevamente. No lo creerán, pero estoy seguro de que el Señor Jesucristo obró un milagro en mí. Esto mismo me han dicho varios oftalmólogos en Chile años después, luego de leer el historial de mi caso.

Seguramente lo que Él dijo, "... Cuando dos o más se reúnan en mi nombre Yo estaré ahí...", se cumplió sin importar el apellido del credo que pidió a Él por mi recuperación.

Pasé Navidad hospitalizado, muy triste y solo, recuerdo que escuché un coro de niños que en el pasillo cantaban la canción navideña *Noche de Paz*. Esto me hizo llorar desconsoladamente, ya que me habían dicho que quedaría ciego. Pensaba mucho en mi madre, en su sufrimiento y angustia, y en cómo sería mi vida como no vidente. Aun ahora, cuando escucho la canción Noche de Paz se me hace un nudo en la garganta y si trato de cantarla estallo en sollozos.

Pero como soy porfiado, cuando pude ver nuevamente me comuniqué con mi madre y le dije que continuaría viaje hasta llegar a USA. Consolé a Ricardo porque se sentía el causante de todo lo ocurrido. A pesar de que la policía me insistía en meterlo preso, yo me opuse en más de una vez. Recuerdo que en una de sus muchas visitas al hospital para verme le dije: *"Richo, paciencia. Se me va a pasar esta wea y llegaremos juntos a Estados Unidos"*. Y así fue. Con mis contactos en la Embajada de USA le conseguí una excelente visa y llegamos juntos luego de atravesar México y cruzar la frontera por Tijuana, ya que por Ciudad Juárez era más complicado.

Regresé a Chile y luego de un tiempo y no sé por qué recordé al señor astrólogo del programa radial y, caramba, todo lo que me dijo calza con lo que me pasó en Colombia y Guatemala. Realicé de improviso un largo viaje, tuve dos situaciones de peligro, una muy grave. El señor astrólogo de desgastado bolso no se equivocó. ¿Casualidad? ¿Qué les parece?

Yo no creo en brujos, Garay...
pero de haberlos... los hay



MARÍA MERCEDES CANCINO PACHECO (83 AÑOS)

Cobquecura

Si no hubiese vivido esta hermosa experiencia, no estaría tan convencida del grado de conexión que paso a paso puede gestarse entre un ser humano y un animalito.

Con mi caballo Rocillo fuimos creciendo juntos, de manera que donde se encontrara, ya sea en el potrero o en el patio de mi hogar, siempre le brindaba un platillo con avena, algunos terrones de azúcar, junto a las continuas caricias en su cuello y orejas que lo colmaban de placer.

Jamás pasó por mi mente cuán significativo sería en mi vida.

En el cruce de la vida se nos van presentando acontecimientos increíbles que jamás se borrarán de la mente, hasta convertirse en los mayores tesoros que repletan nuestro viejo baúl de los recuerdos.

Recién cumplidos los catorce años, pletórica de sueños y emocio-

nes, iniciaba mi carrera de maestra en mi querida Escuela Normal de Talca.

Debido al mal estado del camino, el único medio de transporte desde Buchupureo a Cobquecura era la carreta y el caballo.

Esta poderosa razón permitió que Rocillo fuera mi noble compañero de ruta durante los seis años de estudios, acompañados de Pedro, el abnegado trabajador que estaba con mi padre en las faenas agrícolas y en cada viaje cabalgando en la yegua Alondra trasladaba mi maleta y regresaba con Rocillo, que en la montura volvía con la negra y pesada, pero muy útil, manta de castilla para combatir el penetrante frío o lluvia.

¡Qué sacrificados resultaban los 13 kilómetros desde Buchupureo a Cobquecura a las 5 de la madrugada!

Cabalgaba exigiendo apurar el tranco para no atrasarnos y esperar así la salida del único medio de movilización: un camión que transportaba cereales y otros víveres y así desde Chillán viajar en tren a Talca.

Estos viajes comenzaban a partir de marzo al inicio de clases.

Un escenario diferente eran las frías, oscuras y lluviosas noches de las vacaciones de invierno en medio del lodazal, donde en varias ocasiones nuestras cabalgaduras se enterraban.

No puedo dejar de confesar que todos estos viajes estaban impregnados de sentimientos encontrados: tristeza de alejarme de mi añorado terruño, alegría y entusiasmo de lograr mi mayor anhelo, ser maestra.

Al igual que Pedro, mi padre me contaba que Rocillo sufría la ausencia de su amiga, porque al comienzo temieron que estaba enfermo al comprobar que permanecía largo tiempo tendido y no lo veían pastar.

Nunca dudé de que ambos nos queríamos mucho y lamentaba no poder llevarlo en mi pequeña bolsita donde guardaba como reliquia la arena de mi plaza buchupureana cuando me invadía la nostalgia de encontrarme tan lejos.

Una vez finalizados los seis años de estudios en mi escuela formadora y egresada de ella, regresé a mi pueblo natal convertida en una educadora.

Mis fieles compañeros que jamás fallaron me estaban esperando como siempre en Cobquecura y al acercarme a ellos, el relincho de Rocillo resonó con tal fuerza que las personas que transitaban por la acera corrieron asustados.

No lo podía creer, sus ojos tenían un brillo diferente, por lo que no tuve duda de que el relincho espontáneo fue una demostración jubilosa que expresaba estar compartiendo el logro de su ama y amiga.

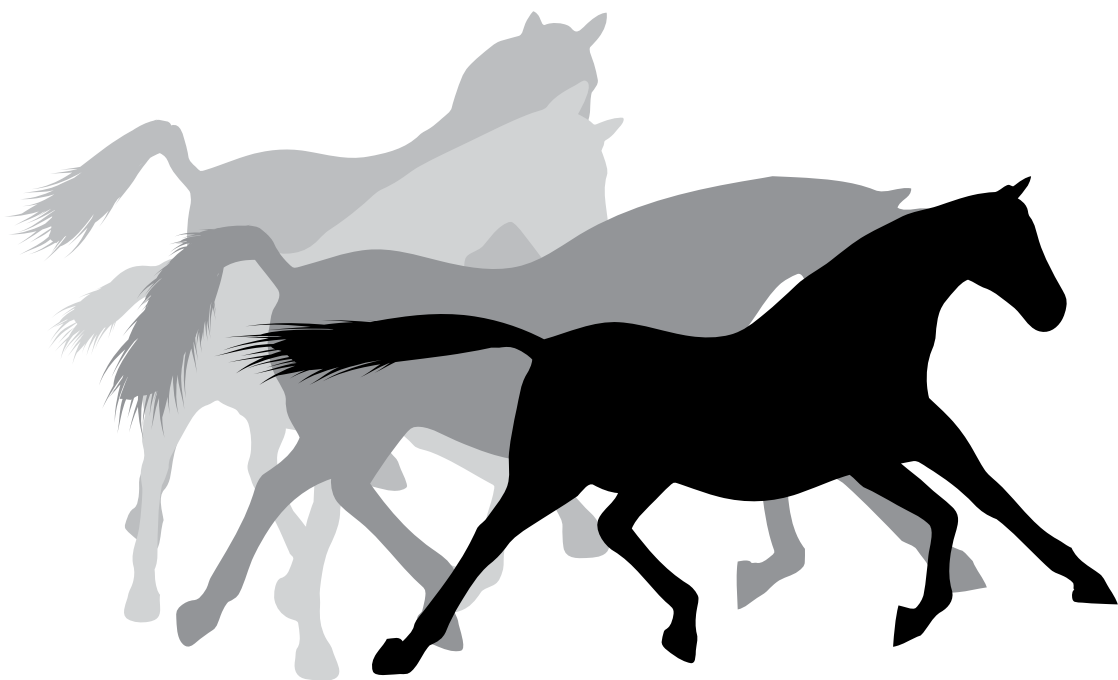
Pedro, extrañado, exclamó: ¡Vaya, señorita, y qué le pasó a este!

Muchos lectores pensarán que este relato es solo una fantasía a consecuencia de mi avanzada edad, pero es una preciosa vivencia, aunque cueste creerlo.

Pasados algunos años, Rocillo murió de viejo y al enterarme de ello corrí hasta el potrero donde yacía tendido y ahogada de enorme tristeza acaricié su cuello mojado por mis lágrimas en

una despedida solo vista cuando perdemos a un ser querido.

A mis 83 años llevo a mi noble Rocillo entretejido como parte de mi alma que se transfigura y renace del recinto de mi memoria, donde se entrelazan las cristalinas aguas del río cercano al potrero y los majestuosos paisajes de este hermoso y querido rincón costero.





CARLOS LATORRE GUTIÉRREZ (76 AÑOS)

Los Ángeles

Mi cumpleaños número 75 fue celebrado sin familiares, debido a la pandemia que estamos enfrentando y las cuarentenas; nadie fue invitado, algo extraño para mí, ya que estoy acostumbrado a celebrarlo con familiares, amigos y vecinos; solo yo y mi esposa Elena; ella ha sido mi compañera por los últimos 43 años, puedo decir que he sido muy feliz con ella y, por qué no decirlo... aún estamos enamorados. Siempre pensé que nuestra vejez llegaría sin grandes problemas; qué equivocado estaba al pensar así.

Desde que nos llegó esta pandemia hemos tenido mucho cuidado en no contagiarnos, hemos respetado las cuarentenas, pero no ha sido fácil; como adultos mayores, yo y Elena participamos en diferentes actividades que se han cancelado por esta pandemia que ya lleva cerca de dos años; los quehaceres son compartidos y en mis ratos libres me he dedicado a escribir cuentos y relatos que envío a concursos y convocatorias literarias de diferentes países; he sido ganador de un primer lugar, varias menciones honrosas y muchos certificados de participación; creo tener cerca de 35 cuentos, al-

gunos de ellos son de experiencias personales y otros de situaciones que son de mi propia imaginación. Lo que no imaginé fue que llegaría el momento de escribir mi último cuento y no ha sido fácil para mí, ha resultado el más difícil de escribir y el que más tiempo me tomó terminarlo; no creo que sea necesario decir que es una historia verdadera, por lo tanto no lo haré.

A mi edad puedo decir que yo y Elena gozamos de muy buena salud, nos cuidamos con la alimentación, nos gusta salir a caminar y nunca falta un vasito de vino tinto al almuerzo, Elena es una excelente cocinera y yo soy el encargado de las compras; tenemos un muy buen negocio cercano a nuestra casa; acostumbro todos los días, a las cuatro de la tarde, ir por las hallullitas calentitas que a Elena le gustan con mantequilla. Fue en ese lugar que un día, al salir con la bolsa del pan, me sucedió algo que nunca había experimentado, no sabía dónde estaba, un frío recorrió mi cuerpo, luego un calor; por un momento fue imposible encontrar el camino de vuelta a casa, fue una sensación muy extraña que creo supe controlar. No sé exactamente el tiempo que transcurrió, pero sí me di cuenta de que las hallullitas ya no estaban calentitas como de costumbre; poco a poco fui reconociendo el lugar y caminando lentamente hice el regreso a casa; pensando que esto no me sucedería nuevamente, decidí no contarle a Elena lo sucedido, quien al verme hizo un comentario por mi demora. Pasaron algunos días y lo sucedido ese día estaba en el olvido; qué equivocado estaba al pensar que nunca más me sucedería nuevamente.

Las noticias no son muy alentadoras, muchas personas contagiadas y son muchos los fallecidos; todo sigue normal en casa, Elena en la cocina por la mañana y por la tarde viendo sus telenovelas; yo, dedicado a escribir mis cuentos y relatos. Algo extraño he notado con Elena, veo que me observa con mucha atención, la compra del

pan ahora la hacemos los dos; por alguna razón decidió acompañarme todos los días a las cuatro de la tarde. Me he preguntado muchas veces qué estaría sucediendo; pensando que sería algo temporario, decidí no preguntar, pero definitivamente algo estaba sucediendo. El silencio de Elena me preocupaba, su mirada era diferente, me seguía para todos lados; un día sentí algo extraño: estando en cama con Elena, tuve la necesidad de ir al baño y no sabía dónde estaba. Recordé ese día saliendo de la panadería con las hallullitas calentitas; me sentí totalmente perdido. Elena, al ver lo que me estaba sucediendo, se acercó a mí y me abrazó; la vi llorar, me tomó de la mano y me acompañó al baño; cuando abrí la puerta para volver a la cama, ahí estaba esperándome; nos miramos, vi sus lágrimas. Esa noche dormimos abrazados, no fue fácil para mí conciliar el sueño, estaba muy confundido, qué me está pasando, me pregunté repetidamente. Al despertar, vi que Elena ya estaba en la cocina preparando el desayuno, me acerqué a ella y en silencio le di un beso; su cara no era la misma de siempre; de pronto me tomó la mano y me dijo cuánto me amaba, cuánto nos queríamos. Terminó recordándome que ella estaría junto a mí siempre; le respondí con una sonrisa, sentí ganas de abrazarla, pero fui interrumpido cuando ella me dice que tenemos un problema y que es necesario visitar un médico. Qué podía decir yo, le tomé la mano y le di las gracias; en ese momento yo estaba muy bien, consciente de todo lo que estaba pasando, pero no podía negar que había momentos en que me sentía perdido.

Han pasado algunos días de lo sucedido esa noche, ayer fuimos al médico y me hicieron algunos exámenes, muchas preguntas que no supe responder; seguramente fue por lo nervioso que me sentía. También me hicieron un escáner, los resultados estarán listos el... bueno, Elena sabe cuándo; yo sigo escribiendo ahora con la ayuda de Elena, ella está junto a mí gran parte del día, siempre vigilán-

dome, muy atenta a todo lo que hago; qué suerte tengo de estar casado con Elena.

Hoy estamos citados a la clínica donde me hicieron los exámenes, Elena está algo nerviosa, yo no sé cómo estoy, pero al ver a Elena también me preocupa; bueno, eso creo yo, ya en la clínica nos hacen esperar, tomados de la mano nos miramos y sonreímos; escucho que llaman a alguien y Elena me levanta del asiento diciendo que me están llamando; ya sentados frente al doctor nos hace varias preguntas que Marta contesta, cuántos años de casados, cuántos hijos tenemos, si tenemos nietos; escuché a Elena decir que estamos casados 43 años, que tenemos dos hijos, Jorge y Ángela, tres nietos; luego tomó unos papeles, nos miró y nos advirtió que las noticias no eran muy buenas. Su voz fue desapareciendo poco a poco, me sentí algo perdido, quería levantarme y salir de ahí; finalmente se despidió de Elena y creo que me dio la mano, no lo recuerdo. Volvimos a casa en silencio; una vez en casa nos sentamos y Elena me explicó qué me estaba pasando, tenía principio de alzhéimer, la vi muy nerviosa, vi sus lágrimas, quise reaccionar, pero la verdad no entendía mucho lo que estaba sucediendo, aún no es tan grave el no recordar, tengo mis momentos de olvido, pero sí me doy cuenta de que se está agravando; cuando estoy bien aprovecho de escribir y con la ayuda de Elena será posible terminar este cuento.

Ha pasado un tiempo y ya se me está haciendo muy difícil escribir, es terrible sentirse así, ya son muchas cosas que no puedo hacerlas solo. Elena siempre junto a mí, aún siento mi amor hacia ella, su sonrisa, su cara, sus abrazos aún están junto a mí, no quiero olvidarla.



EDGARDO GAMALIEL ULLOA BAEZA (69 AÑOS)

Pitrufulquén

Mi padre era colono. Siendo pequeño, me llevó desde los bajos a su predio de la cordillera, generalmente como arrieros de vacunos, a ese lugar que hacía las veces de veranada. Así, nació en mí un amor por conocer las montañas, tanto lo que veían mis ojos como lo que había allende de ellas.

Siendo ya un joven vigoroso, amante de las aventuras y egresado de Agronomía, le compartí a mi padre el deseo de hacer un viaje por las montañas. Le mencioné que sería un caminar solitario, ligero de equipaje con solo lo necesario para la supervivencia. El punto de partida, sería su predio La Esperanza en la cordillera de Paile-Paile, actual comuna de Melipeuco, en la provincia de Cautín. Frunció el ceño y no le pareció buena idea que su hijo, en quien tanto había invertido e ilusiones tenía, se fuera de peregrino por las solitarias cordilleras. Pero después de varias conversaciones, cedió y dijo:

-Bueno, ya eres mayor de edad, tienes mi consentimiento, pero cuí-

date mucho y sé prudente, siempre hay peligro en lo desconocido.

Todo listo, llegó el momento de la partida, que sería la hijuela de mi padre. De ahí seguiría a montaña traviesa, hacia el sur, siempre hacia el sur. Al momento de marchar, sentí el ímpetu de la soledad. Antes de partir, una madrugada clara, mi ser interior me dijo que mirara las últimas poblaciones y dos grandes lagrimones me rodaron por la cara. Partía hacia lo ignoto, hacia lo desconocido a conquistar el paisaje prístino y también a conquistarme a mí mismo, mi resistencia, mi prudencia, mi paciencia y mi valentía.

En el recorrido, sin una meta fija, existen momentos de gran solaz, alegría y contentamiento. Pero, también existen peligros y riesgos evidentes. El lugar para pernoctar debe estar decidido y estratégicamente ubicado antes de que el sol se esconda, lo cual, en el cerro, lo hace primero que en el valle. Encontrar para pasar la noche una cueva seca, ya se trataría de un hotel de cinco estrellas.

Otros peligros son los animales del bosque: huiñas, pumas, chingues, zorros e incluso cóndores hambrientos. Estos son los mayores, pero hay menores, como culebras que muerden, lagartos que atacan, tábanos y hormigas que pican y no perdonan. Ya adelantada la civilización, existen lotes de vacunos, algunos que en la cordillera se han asilvestrado o guaguales, en que vacas paridas o toros territoriales desconocen y embisten con ímpetu al extraño que osa pasar por sus dominios. En el clima tampoco hay que confiarse, pues igual que en el mar calmo, se levanta una tormenta; de un día soleado se alzan negras nubes que descargan toneladas de agua y si desciende mucho la temperatura en la noche nieva.

Las primeras jornadas fueron muy hermosas, días soleados con una agradable temperatura para caminar, buenas sombras; aguas cris-

talinas y un paisaje maravilloso que hacía pensar que este proyecto era todo un acierto.

En mis ratos de reposo, mientras consumía mis frutos secos, para reponer energía, contemplaba con éxtasis el bosque nativo, aún no intervenido por el hombre. Añosos canelos, robles, coihues, lumas, lengas, mañíos, lingues, araucarias en las cumbres, quilas indómitas y helechos gigantes. Entre los claros del bosque aparecían improvisadamente animales como zorros, chillas, quiques, chingues, güiñas y pudúes. Mientras, en grandes bandadas se desplazaban velozmente colilargas, charranes, torcazas, gorriones, peucos y choroyes. Muy alto en el cielo azul, en plácidas rondas, los cóndores, reyes de todo, planeando vigilaban.

Ya llevaba varios días caminando y con orgullo veía que había cruzado diversos cordones montañosos, atravesando esteros que, en los cerros, por ser su naciente, siempre son pequeños. Lo sabía porque había pernoctado varias noches, y con la protección de mi buen Dios, sin novedades ni imprevistos que mencionar. En el bosque había mucha actividad, pero presencia humana no había visto, salvo unos rastros de botas cerca de un agua y los clásicos golpes de un hacha sobre un árbol, que el viento de muy lejos traía a mis oídos.

Recuerdo que en un arroyo obtuve hermosas truchas arcoíris, de las cuales degusté una abundante cena, al prepararlas a la plancha sobre piedras calientes. Siendo ya fines de febrero, empezaban a caer los primeros piñones, lo cual me permitió una comida abundante y calórica, ya sea cocidos o asados, pudiendo guardar parte de ellos para el viaje.

Varios días más tarde, caminando por un sendero estrecho, me sorprendió el canto agudo y vibrante de un pequeño pajarito que,

debido al follaje abundante, no se dejaba mostrar. Se trataba del chucao, que cantaba saltarín a mi lado izquierdo. Esto, según la superstición mapuche, era el anuncio cierto de una desgracia o una derrota. En esa ocasión pensaba hacer la cima de una gran meseta, pero pasado el mediodía empezó un fuerte viento, que parecía que las copas de los árboles se desprendían de sus bases. Calmado el viento, el cielo se encapotó con negras nubes, que en corto tiempo lo cubrieron todo. Ante el peligro de una lluvia inminente, regresé sobre mis pasos a mi anterior refugio. Aproveché el poco tiempo que tenía para recolectar leña seca y defender con una pequeña cuneta la entrada del refugio, una hendidura de una gran roca.

A media tarde, lo que caía en la montaña era nieve pura. Preparé un gran fuego, el cual temperó el ambiente de mi suite. Antes de oscurecer, dos grandes perros llegaron a la entrada, me sorprendieron bastante, pero no eran perros; se trataba de dos fornidos pumas, que venían del cerro huyendo de la nieve y atraídos por el humo. Con mi mano derecha acaricie la culata de mi pistola en la cintura. Pero nunca haría eso contra un animal de la montaña. Acerqué a la entrada unos leños encendidos y tuve una idea que resultó genial. Saqué de mi mochila una pompona de alcohol, que arrojé sobre los leños. Esta explotó con estruendo, produciendo una gran llamarada azul, que hizo huir despavoridos a los pumas, los cuales no volvieron a aparecer.

Lo cierto es que nevó dos días seguidos en la cordillera. Pero este tiempo me sirvió mucho para descansar, reflexionar, incluso pude leer un pequeño libro que traía conmigo. Aunque es difícil de creerlo, se podría decir que en esos días de reposo obligado fui feliz.

Pasadas estas cosas, continué mi aventura; alcancé la cima de la gran meseta; pero como me había cantado el chucao, aparte de la

nevazón de verano, ahora al atravesar un gran tronco caído, refalé y rodé por una pequeña quebrada. De aquí salí maltrecho, tenía un costado dañado y una pierna herida. Afortunadamente no tenía luxaciones ni zafaduras, pero el dolor era intenso.

Como pude, me incorporé, recogí mis cosas y con mucha dificultad, empecé la complicada bajada. Mi pierna comenzaba a hincharse y era pesada al moverla. Pero había que seguir adelante, buscar un lugar para pernoctar, cuando a lo lejos escuché ladridos de perros, señal inequívoca de la presencia humana. El ánimo decaído recibió un impulso renovado. Sacando fuerzas de flaqueza, llegué a un promontorio. Poniendo ambas manos en mi boca a modo de bocina, a todo pulmón, lancé el clásico grito del baqueano: ¡Ehuuu!, ¡Ehuuu! Un grito lanzado a un vacío incierto; que solo la humanidad de un congénere puede responder.

Esta voz tuvo su inmediata respuesta. Con el receptor, pronto nos encontramos. Tenía frente a mí un hombre relativamente joven, con su barba crecida, de rostro duro tostado por el sol, vestido a la usanza campesina y con un machete en las manos.

Pasada la sorpresa del momento, pues más de un mes que no veía hombre alguno, el residente me dijo:

-Buenas tardes, don. Nunca pensé que, por ese lado, bajara algún cristiano.

Le respondí de inmediato:

-Buenas tardes, amigo. Vengo de bien lejos, soy un hombre de paz. Mi nombre es Edgardo Ulloa. Es una alegría conocerlo.

Me contestó:

-También para mí es una alegría. En estas soledades, uno nunca saluda a naiden. Me llamo Ramón Farías, pero todos me llaman Moncho.

Diciendo esto, avanzó unos pasos adelante y me tendió la mano. Lo saludé con afecto y cortesía. Advirtiéndole que estaba herido, me dijo:

-Veo que viene mal, pásame su mochila. Ya se hace tarde. No le ofrezco gran comodidad, pero vamos a mi ruco, donde hay refugio y podemos pasar la noche.

En las condiciones que me hallaba, herido e incubando una fiebre, encontrarme en la montaña con Ramón Farías era encontrarme con un verdadero ángel del cielo.

El campesino era muy simple, directo, amistoso y conversador. Me contó que estaba ahí varios días, sacando un trato de descampar varias cuadras de quila y arbustos, más tarde hacer un roce, es decir, quemar los residuos para luego, sobre las cenizas, sembrar pastos forrajeros.

Ramón Farías, o Moncho, me contó que era del valle de Añilhue, cercano a Futrono en Lago Ranco. Dios mío, pensé. ¡Cuánto he andado por los cerros!

Conversamos bastante. Me contó que siempre había sido de las cordilleras, que en su lugar no había escuelas, ni postas médicas, ni luz eléctrica, ni señal alguna de modernidad. Pero, sí todos eran muy buenos vecinos, tranquilos, solidarios y vivían muy felices. Me dijo que, con unos patrones, había aprendido a juntar las letras y algo sabía leer y firmar. También sa-

bía sumar y restar, para que no lo hagan tonto en sus trabajos.

Preocupado por mi salud, aquella noche me dio unas tomas de canchanlahue y quinchamalí, plantas medicinales comunes en la cordillera y que no hay fiebre o resfrío que se le resista.

Me dijo:

-Mañana le haré una cataplasma con hojas machacadas de maitén y verá cómo desaparecen de a poco todos esos machucones y se corre toda la maleza.

Efectivamente así lo hizo y empezó mi recuperación.

Entonces me relató:

-Don Edgardo. Si nos hemos conocido es por algo. Ni se le ocurra salir al monte. Quédese aquí recuperándose, a mí me faltan como cuatro días para terminar mi trato, qué mejor tiempo para que usted esté tranquilo y se mejore totalmente.

Me sentí turbado y no supe cómo agradecerle la ayuda y socorro tan oportuno.

-No se preocupe -me dijo-. Hoy por ti, mañana por mí. Vivimos en comunidad, ¿no? Mientras vivamos, tenemos que molestarnos unos a otros.

Me contó que su villorrio, el valle de Añilhue, se encontraba a dos días de camino por los cerros y que no hiciera tal de viajar solo, pues en esta época estaban habitados por cerdos jabalíes, que cosechaban piñones y raíces y eran muy agresivos con cualquiera que intentase pasar por sus dominios. Ahí comprendí que el final de mi viaje

sería el valle de Añilhue, que en mapudungún -me explicó- significa lugar para sentarse o lugar de asentamiento de animales o aves. Atravesamos con Ramón, y sus dos perros, la distancia que nos separaba del valle de Añilhue. Por senderos sinuosos, ya no era cordillera propiamente tal, sino colinas suaves cubiertas con pastizales y un hermoso bosque nativo, que por mayor temperatura que en las alturas había una gran biodiversidad vegetal, pradera, sotobosque y bosque con gran variedad de colores y especies. De los jabañes, solo los rastros y algunos abonos.

Por la tarde del segundo día, llegamos a Añilhue, donde estaba el hogar de Moncho. Fui muy bien recibido por su mujer e hijos y al día siguiente, visitamos el lugar.

Ciertamente, era un hermoso valle, algo angosto por las elevaciones de los cerros cercanos y en medio un regular estero sonoro y cristalino. Se trataba de un lugar más bien postergado, no había luz eléctrica, agua potable, alcantarillado, escuela, posta, teléfono, ni buenos caminos.

Después de despedirme de mi protector Ramón Farías y su familia, dándole las efusivas gracias con un fuerte apretón de manos y un gran abrazo, partí de ese hermoso y prístino lugar en la mañana del segundo día. Antes de marcharme, le entregué en recuerdo una cortapluma suiza multiuso y le dije que, aunque era de lejos, vendría un día a visitarlo.

Pasaron muchos días, lo que es falso decir, pasaron muchos años, específicamente más de cincuenta. Ya estaba jubilado cuando, en una comida un amigo de ocasión hizo referencia que había nacido en Añilhue, pequeño poblado donde vivían sus padres, que él visitaba constantemente. Al preguntarle si era el Añilhue de Futrono

en Lago Ranco, me respondió afirmativamente. Le pregunté si conocía en ese lugar a Ramón Farías.

Me respondió sorprendido.

-¡Cómo no! Quién no conoce en Añilhue al maestro Monchito. ¡Claro que lo conozco! La semana pasada conversé con él. A mi papá le hizo un bonito garaje.

No podía creerlo, que después de tantos años tenía noticias de mi antiguo compañero de viaje. Entonces recién sentí vergüenza y sentimiento de culpa, por mi falsa promesa de ir a verlo algún día; pero nunca es tarde, la Providencia y la vida me estaba dando una segunda oportunidad para visitar a mi amigo.

Cuando se presentó el momento del viaje, acudí a un supermercado y formé una caja de mercadería para llevar y no llegar con las manos vacías. Debido a las modernas carreteras, no me fue difícil arribar a Futrono y de ahí hasta Añilhue.

Encontré a Moncho en su casa. Luego de presentarme y hacerle recuerdos, nos saludamos efusivamente. Ramón Farías estaba mantenido, sus hijos habían crecido y trabajaban lejos. Vivía con su mujer en una parcelita a las afueras del pueblo. Después de compartir toda aquella tarde, descansamos y al otro día, igual que antaño, salimos a visitar el barrio. Aquí se abrió otro tipo de realidad.

Me dijo Moncho:

-Como usted ve, don Edgardo, Añilhue ha cambiado mucho, conforme lo conoció años atrás. No sé si para bien o para mal, ahora ha llegado la modernidad y el progreso a nuestra localidad. Como se dio cuenta, el camino de ripio quedó atrás, ahora hay un camino de asfalto, muy bien señalizado. En el centro hay una escuela y más

allá hay una posta. En la puntilla de abajo, donde estaba mi casa, ahora hay una piscicultura que a muchos les gusta y a otros no por los desechos y olores que produce. Los cerros a los que íbamos a buscar leña ahora están cercados y en cada uno hay antenas de teléfonos y eso que llaman Interné. Y más allá unas paletas de viento que un gringo tiene para producir electricidad. El asunto es bonito y da resultado, pero ha espantado y alejado con su ruido y movimiento a todas las aves que antes había en el sector. Todas las entradas al río son de una empresa que tiene cabañas y piscinas, que se llenan de turistas, y los del pueblo, para entrar, tienen que tener plata. Ahora tenemos luz y agua dentro de la casa, pero si no tienes dinero para pagar estos servicios, te los cortan sin mayor aviso. Ya no vemos frutas, huevos o chivos como antes, porque todo es para atender a los turistas y el resto se postergan.

Para terminar, me dijo:

-Antes la vida en Añilhue era más tranquila, existía compañerismo y solidaridad. Hoy en día, cada cual sigue su camino y reina el individualismo. El medioambiente ha pagado un gran tributo por el progreso. Ya no hay peces nativos en el río, que eran tan sabrosos; ni aves, ni animalitos en el bosque. Por ejemplo, las perdices que tanto abundaban, ya hace tiempo que desaparecieron. Y el pudú o huemul chileno ya no existe. Ahora todo se consigue con plata; como dijo un dirigente, que estamos en una sociedad de mercado y sus valores se imponen.

Entonces le pregunté:

-¿Qué es, Moncho, de ese tan hermoso bosque nativo que atravesamos en dos días, donde había jabalíes? Recuerdo tan bella vegetación. Había: canelos, robles, raulíes, coihues, olivillo, avellanos, radales, lumas, mañíos, lingues, ulmos y araucarias. ¡Qué hermoso vergel aquel, que nunca olvidaré!

Moncho, que escuchaba atentamente, respondió encendido.

-No me va a creer, don Edgardo. Nada de eso queda en la actualidad. Se demoraron como diez años en que, mañana y tarde, salían los camiones cargados con trozos de bosque nativo a Valdivia y al puerto de Corral. El resto lo hicieron chip y así se fueron para China, Asia y Europa. Era el éxito económico del gobierno de aquel entonces. El resto de los chilenos, teníamos que dedicarnos solo a mirar. Hoy día esas colinas son solo monocultivo de pino y eucalipto. Corretearon a los últimos colonos, negándoles el agua y los caminos y compraron sus predios por un precio miserable. Hasta los esteros, lagunas y humedales, todo se ha secado. Las aves y animales se han marchado. Los arbustos como el maqui y la zarzaparrilla y las hierbas medicinales, como el canchanlahue y quin-chamalí -que lo sanaron de su fiebre- han desaparecido. Nunca más atravesaremos ese bosque nativo. Todo ha cambiado; pero yo no he cambiado, soy el mismo que conoció tantos años atrás.

Nostálgico e impotente, como mirando el horizonte, concluyó:

-Así es la vida.

Entonces, encontrándole la razón, le respondí casi por inercia, lo mismo:

-Así es la vida.





IVÁN OSVALDO ESPINOZA RIESCO (65 AÑOS)

Río Bueno

*Nuestro destino nunca es un lugar, sino
una nueva forma de ver las cosas.*

HENRY MILLER

Finalmente llegó el día en que partimos en gira de estudios desde Santiago a Villarrica. Nos juntamos todos en la Estación Central, donde tomaríamos el tren nocturno que nos trasladaría hasta esa ciudad lacustre ubicada al sur de Chile. A cargo de la delegación iba un profesor joven, flacuchento, simpático pero enérgico, que era el novio de nuestra profesora jefe: Era montañista, scout y profesor de física en la misma escuela. Y tenía cara de conejo.

Mamá quería ir a dejarme a la estación, pero me negué rotundamente. “Cómo se le ocurre, mami”, le dije: “¿quiere que todos se rían de mí?”. Quedó desconsolada. No obstante, me dio parte del dinero que había ahorrado con sus costuras. “Toma, hijo”, me dijo, “aquí tienes, para tus gastos”. Me emocioné y la abracé. Quería a mi vieja aunque nunca se lo demostraba ni se lo decía. El tío Noni también

me dio dinero; justo había llegado de Concepción a ver a la abuela que estaba en la clínica. Era mi tío favorito. Papá, para no ser menos, me pasó un billete arrugado que se había recortado del sueldo. “No hagas locuras, hijo”, me dijo.

Me fui con la casaca verde que me hizo mamá y con unos pantalones patas de elefante. ¡Y lo más increíble!, con un par de zapatillas nuevas y decentes. Llevaba toda mi ropa en una mochila que me conseguí con el Juan Lucas, un vecino y amigo del quinto piso. También metí en ella un par de libros y unas cajetillas de cigarrillos.

Nos juntamos afuera de la Estación Central. Para llegar hasta allá tomé la micro O’Higgins 1, que pasaba por San Joaquín, frente a los bloques donde vivía, y fui uno de los primeros en llegar. Al rato apareció el Dement con una guitarra. Al loco le gustaba cantar las canciones de Leonardo Favio y era más desafinado que la cresta. Después llegó el Guatón Hermosilla con una tremenda maleta y un bolso de mano donde llevaba la colación para el viaje, él mismo nos describió el contenido del bolso: un pollo entero cocido, una docena de huevos duros, diez sándwiches de jamón y queso y varias gaseosas. “Mi vieja me obligó a traer toda esta comida”, nos explicó. Detrás de él fueron apareciendo el Zuluaga, el Chico Tesada, el Alarcón, el Ponce, el Marchant, el Martínez Ilabaca y otros cabros más. El Camello Díaz llegó trayendo su mochila sobre la joroba. Yo hice un chiste sobre la marcha cuando se acercaba al grupo: “Miren el Camello, viene con dos mochilas”. Y todos se cagaron de la risa. El que más se reía era el Guatón Hermosilla. El Camello, que vivía volado, al llegar a nuestro lado hizo el signo de la paz con los dedos y encaró al obeso: “¿Qué onda, flaco?”; con eso lo descolocó y todos nos reímos a mandíbula batiente de él. Al Guatón Hermosilla nadie le podría decir flaco, habría sido un despropósito.

El Camello nos confidenció que llevaba una buena provisión de pitos de marihuana. Luego llegaron el Chino Tapia y el Padre Núñez, que vivían en Puente Alto, y las dos Aídas y el Acevedo, que estaba enamorado hasta las patas de la Aída Tello; también apareció el Cuchufli de mierda y el resto de los rezagados.

Y nos fuimos. Sonó el pito y talán chiqui chí... talán chiqui chí...

A la abuela Rosa la operaron al día siguiente de que me fui a Villarrica. Le sacaron varios cálculos de la vesícula. Menos uno.

Durante el viaje nos reímos de lo lindo y comimos lo que llevábamos para el viaje, compartimos cigarrillos y nos tomamos unas botellas de pisco que llevaban algunos. Todo bien. El profe se hacía el lesa, pero nos vigilaba con un ojo atento. Me anduve emborrachando y dormí como bendito abrazado al Chino Tapia. Por eso no recuerdo muy bien cómo fue el viaje. Cuando llegamos a Temuco nos bajamos un rato a estirar las piernas. Vimos mujeres mapuche con pañuelos en la cabeza ofreciendo objetos de artesanía y alimentos en sus canastos. Luego seguimos viaje a Loncoche. Allí tuvimos que bajar con monos y petacas y hacer trasbordo a otro tren que nos llevó finalmente a Villarrica. El paisaje era fabuloso. El aire era limpio. El cielo transparente.

En Villarrica, el simpático y afable profesor con cara de conejo que iba a cargo de la delegación se transformó en un tiranuelo peor que Pinochet. Tenía que ser así; en caso contrario, nos habríamos desbandado. Nos rayó la cancha apenas llegamos al colegio donde nos quedamos, que era el colegio San José. Impuso una disciplina prusiana y fijó las reglas de convivencia. Luego de armar nuestro dormitorio y otro más pequeño y aparte para las dos Aídas, preparamos entre todos el almuerzo y en la tarde salimos a recorrer el pueblo, primero

como un piño de ovejas y luego en grupos. Estábamos en el mes de noviembre del año 1973, a escasos sesenta días del golpe de Estado. Nadie debía andar solo para ningún lado, esa era la orden del conejo nazi. No obstante, en el transcurso de las horas la disciplina se relajó un poco. El curso fue dividido en grupos de trabajo, para cocinar, hacer aseo en los dormitorios y baños. A todos nos tocó pelar papas y lavar la loza. De todos modos lo estábamos pasando regio, todo era hermoso, el lago, el volcán, el río Toltén. Algunos les mandamos postales por correo a nuestros padres. Ya que era casi imposible comunicarse por teléfono.

Después de la operación, mi abuela no notó ninguna mejoría; todo lo contrario, se sintió peor de lo que había llegado. Los matasanos constataron que le había quedado otro cálculo en la vesícula. La operaron por segunda vez. Efectivamente era así. Le sacaron una piedra más grande. Después quedó en recuperación.

Cuando no estábamos en el grupo de trabajo podíamos salir a pasear por el pueblo sin mayores restricciones, nos íbamos a la orilla del lago y nos bañábamos o tomábamos el sol como niños buenos y obedientes; en las tardes nos recogíamos temprano, porque estaba en plena vigencia el toque de queda. En los dormitorios tomábamos licor a pico de botella, echábamos la talla y descansábamos.

Al tercer día de nuestra estadía en Villarrica, los carabineros se llevaron detenidos al Ponce y al Alarcón porque los sorprendieron tomándose una botella de vino en la calle y, al ser detenidos, se botaron a choros con los verdes. No lo podíamos creer. El profesor fue a hacer gestiones a la comisaría para que los soltaran. Allí le dijeron que el procedimiento ya estaba adoptado y que por ser menores de edad se los tenían que entregar a sus padres. Nadie dimensionaba entonces la gravedad de los tiempos que se vivían

en el país. En los calabozos les dieron unas cuantas patadas y palos, y luego los pelaron al rape, como si fueran los peores criminales. El profe tuvo que llamar por teléfono a Santiago a los padres del Ponce y del Alarcón, les contó lo sucedido y les pidió que viajaran de forma urgente a retirar a sus hijos detenidos. Llegaron al día siguiente. La víspera nos permitieron verlos en grupos de a tres y por un par de minutos. Les llevamos cigarrillos, pan, galletas, refrescos y una olla con tallarines con carne y salsa de tomate que preparamos para ellos. Estaban tristes y demacrados. Y parecían extraterrestres pelados al rape, pero nadie se rió de ellos. "Tamos cagaos, compañeros", nos decían. "Nos sacaron la chucha los pacos", murmuraban a punto de llorar. "Cuídense, no les vaya a pasar lo mismo que a nosotros. Ahora los pacos y los milicos hacen lo que quieren en este país de mierda", nos advirtieron. Nos despedimos de ellos con mucha tristeza y los abrazamos con fuerza.

Todos mis compañeros se fueron echando puteadas en contra de los carabineros. Manifestaban el mismo odio de siempre pero acrecentado. Un odio latente y profundo. Yo guardaba silencio, apesadumbrado. Yo era Pedro, el que negaba a su padre. El que lo había negado tantas veces y que ahora, faltando tan poco para terminar el año y empezar una nueva vida y dejar atrás la escuela industrial y a mis amigos, no pensaba revelar mi gran secreto para ganarme el desprecio de todos. Antes muerto. Aunque la conciencia no me dejara en paz, aunque me punzara el remordimiento y me recriminara por mi cobardía, aunque me sintiera un ser miserable. Un gusano de la peor especie.

Esa tarde salí con mis amigos: con el Padre Núñez, el Dement y el Chino. Dimos una vuelta por la ciudad. Era una noche estrellada y agradable. Después de caminar un rato les dije: "Cabros, ¿por qué no pasamos a tomarnos una pilsen? Yo los invito". Y fuimos a un

bar pequeño. Buscamos una mesa con cuatro sillas en un rincón apartado, pusimos nuestras cajetillas de cigarrillos sobre el mantel rojo, bebimos las cervezas, fumamos, conversamos, recordamos anécdotas graciosas, nos reímos, hablamos de mujeres, de música, de nuestros grupos favoritos y cosas así. Luego fui a pagar y saqué del bolsillo de perro de mi pantalón el billete arrugado que me había dado papá en Santiago. Y de pronto extrañé a mi viejo y sentí deseos de abrazarlo.

-Ahora me rajo yo -dijo el Dement, apenas volví a la mesa, y pidió otra ronda.

Después se rajó el Padre y finalmente se rajó el Chino, que era más cagao. Cada uno pagó su ronda de pilsen. Y estábamos alegres, embriagados y desinhibidos como viejos camaradas. De pronto me puse melancólico, me quedé callado y taciturno, me quedé temblando en mi lugar porque supe que algo importante iba a suceder. Supe que por fin les diría la verdad. Había tomado esa decisión, tal vez la decisión más importante de mi vida, y creía que después de vomitar todo lo que tenía atragantado en mi garganta, sería libre por fin, sería un hombre de verdad, un hombre digno, honorable y sin dobleces.

Pensé en mi padre, lo recordé tal cual era: un hombre bueno, sencillo y transparente, y lo volví a ver nítidamente en esa aureola de luz que proyectaba la linterna que yo sostenía mientras él arreglaba los tapones eléctricos con un pelito de cobre, y sacaba la punta de la lengua por una esquina de la boca, y no pude reprimir las primeras lágrimas que brotaron de mis ojos y cayeron sobre el mantel rojo y el cenicero. "¿Qué chucha te pasa, Romeo?", me decían mis amigos. "¿Te sientes bien?". "¡Habla poh, huevón!". Y lo vi tan nítido a mi viejo dándome el último billete arrugado que le quedaba en su billetera

para la gira; una pena honda me embargó, unos estremecimientos sacudieron mi cuerpo, y una liberación brotó de mi alma cuando les dije con voz entrecortada: “Cabros..., les tengo que decir algo..., si no lo digo ahora no lo diré nunca: Mi papá es paco... (silencio e incredulidad) ... ¡Es paco! ¿entienden?... Nunca me atreví a decírselos porque me odiarían y no serían más mis amigos... y siempre les mentí... y siempre negué a mi padre... y yo amo a mi viejo porque es bueno y es íntegro, por la puta madre..., porque es un buen hombre, pero sobre todo porque es mi papá. Eso quería decirles”. Y junto a las lágrimas también se me caían los mocos, porque siempre que lloraba me pasaba eso. Y mis amigos se quedaron mudos una eternidad mirándose entre ellos y yo me levanté de la silla para irme, porque desde ahora estaría siempre solo, pero también sería un hombre hecho y derecho, un hombre íntegro y digno, como papá.

-¡Siéntate, huevón! -me ordenó el Dement y me abrazó, me dio un beso en la mejilla; y el Chino también me abrazó y el Núñez me hizo una torpe caricia en la cabeza, y entre mis últimos sollozos sentí sus primeros afectos. “No digas huevadas, Romeo”, dijo el Chino, en representación de los tres: “nos importa un pico lo que sea tu viejo, tú eres nuestro amigo”. Y enseguida uno tras otro me dieron la mano y en ese apretón de mano sellamos para siempre nuestra amistad.

Al día siguiente tenía que morir. Así estaba escrito en el borrador de mi destino.

Pero no tuve ningún presentimiento, ni intuición, ni señal alguna que me lo anunciara. La muerte atacaría por sorpresa y a mansalva. Pero esa noche, ya mucho más tranquilo y liberado por mi confesión y la aceptación de mis amigos, bastante ebrio, además, porque después de las pilsen, el Dement pidió una botella de pisco con cuatro Coca Colas; no sé por qué, me esforcé por recordar mi primera infancia,

quería aprehender algún recuerdo de los más lejanos, de cuando tuve conciencia de que existía, de cuando me enfrenté por primera vez a este mundo. Pero no pude. Solo pensaba en papá y en mamá. Esa tarde, después del almuerzo, nos fuimos todos a la playa con el profe conejo. Ahí estábamos en patota y chacoteando el cuarto "C" de electricidad de la EISPA, Escuela Industrial Superior de Puente Alto, en gira de estudio.

Había aprendido a nadar en Bulnes, en el río Itata. Desde chico lo cruzaba y me arrojaba piqueros desde las rocas que había en la ribera del frente. Y en Santiago, cuando el verano nos hacía sudar tachuelas y maldecir, mamá me daba plata para ir a la piscina y allí, en esas aguas con cloro, practicaba mi braceo y mis zambullidas. Por eso me tenía confianza. Bueno, también me quería lucir, porque había unas chicas muy lindas tomando el sol en bikini. Les propuse a mis amigos que arrendáramos un bote.

Mamá siempre decía después que la abuela Rosa murió por negligencia de los médicos y de las enfermeras que debían atenderla. Siempre encontró que en la clínica hacía frío, que había corrientes de aire helado por los pasillos, que el viento se colaba por las ventanas abiertas o que el aire acondicionado no estaba bien regulado. Mamá siempre se quejaba por eso. La abuela Rosa no tenía por qué morir, casi nadie muere por una operación a la vesícula...

-Cabros, me voy a tirar al agua y saldré nadando a la orilla frente a esas minitas que están tomando el sol- les dije a mis amigos. Habíamos arrendado un bote por una hora con el Padre, el Dement y el Chino. Nadie sabía remar, pero le hicimos empeño y logramos mover la pequeña embarcación y avanzar. No nos fuimos muy lejos, eso sí. Incluso ya íbamos de regreso cuando se me ocurrió tirarme al agua.

En vez de tirarme un piquero, me lancé parado. En el último momento pensé que si me tiraba un piquero podía moverse el bote y darme un soberbio guatazo en el agua y hacer el ridículo más grande, y toda la gente que estaba en la playa se reiría de mí y sería recordado para siempre por mis compañeros por el bochornoso incidente que había protagonizado una vez en el lago Villarrica. Por eso me tiré parado. La abuela Rosa murió de pulmonía. Eso anotaron en su certificado de defunción.

Las aguas del lago estaban frías, densas, arremolinadas, hambrientas. Y me empezaron a engullir hasta el fondo de su garganta en una vorágine de agua dulce y cieno amargo y noche oscura y terror, apenas me sumergí en ellas. Y sentí a la muerte tirando de mis tobillos, colgándose de mi cuello, abrazándome entre burbujas de espanto, aniquilándome, arrastrándome en sus brazos... y, en esos segundos eternos, por puro instinto, comencé a luchar desesperadamente en una batalla desigual y titánica, tratando de desprenderme de las garras de la muerte, contorsionándome, pataleando, dando furiosas brazadas para escapar, para alcanzar la superficie, para saltar del oscuro líquido amniótico del lago a una vida nueva y luminosa.

Y no sé si fue el mismísimo Dios o un ser todopoderoso, o si fue un santo o un ángel el que intercedió por mí, o si fue el abuelo Juan que desde el cielo o desde una dimensión desconocida distrajo por un instante al Creador con su libretita de apuntes llena de palabras raras, efemérides y hechos curiosos, y lo hizo dudar un momento porque vio los reflejos de su bondad, su generosidad, su nobleza a pesar de ser un ateo recalcitrante. Y Dios, o quien fuese, vio en los ojos del abuelo un deseo inmanente e inminente, un deseo particular y único, un último deseo de ultratumba. Y Dios, que es amor y que tiene todo el poder y la gloria, hizo una jugada maestra en su tablero de ajedrez y retiró una valiosa torre para defender a un simple peón.

De ese modo se llevó a mi abuela y a mí me rescató de las aguas, zafándome del ancla de la muerte. Pero todo eso no lo podían anotar en su certificado de defunción.

Y salí a la superficie dando un grito estremecedor y manoteos desesperados, y sentí cómo el aire inundaba mis pulmones y cómo la sangre circulaba por mi cuerpo resucitado y sentí los latidos de mi corazón como salvas de cañones, y vi otra vez la luz y la vida que danzaba a mi alrededor, y vi a mis amigos de siempre que acercaban el bote para rescatarme de las aguas y de la muerte, y me sentí como Moisés y Lázaro al mismo tiempo, y lloré como Magdalena, todo en onda bíblica, porque siempre había sido un llorón de primera, ustedes lo saben, y ¡aguanta, Romeo!, me gritaban ellos, mis salvadores, ¡aguanta, conchetumadre!

Y ya a salvo en el bote, nos pusimos de acuerdo para no decir nada. Para no contar lo ocurrido. Con lo del Ponce y el Alarcón ya habíamos tenido suficiente. En todo caso, habían sido pocos los testigos de mi casi ahogamiento y posterior salvataje. Las chicas lindas todavía estaban en la playa con sus bikinis coloridos, totalmente ajenas a mi muerte y resurrección.

Cuando llegamos a la playa, los cabros me envolvieron en toallas y me pasaron una botella de pisco. "Toma, Romeo", me dijo el Dement, "mándate un buen pencazo".

Mis padres no quisieron darme la infausta noticia por teléfono, no quisieron preocuparme, ni que suspendiera mi gira de estudios para participar en los funerales de la abuela Rosa. Decidieron no decirme nada hasta que volviera a Santiago. No sé si hicieron bien. Pero días más tarde, sacando cuentas y confrontando coincidencias, la abuela Rosa había fallecido el mismo día y a la misma hora

en que yo estuve a punto de morir ahogado en el lago Villarrica.

A la abuela la velaron en nuestro departamento del quinto piso. Todos los vecinos acompañaron a mis padres y les expresaron sus sentimientos de pesar. Los más fortachones ayudaron a subir y a bajar la urna. Luego los acompañaron al cementerio cuando la sepultaron. Todos fueron solidarios en el dolor.

Yo viví para contarlo.





PRIMER LUGAR

Región de Los Lagos

HISTORIAS DE POBLACIÓN

MARCOS RENÉ VERA OYARZO (67 AÑOS)

Puerto Montt

El terremoto del 60 fue catastrófico para el sur de Chile. En Puerto Montt alcanzó a grado 9,5 y todo se movió. La casa donde vivíamos en calle Ancud con nuestros padres (9 hermanos) era de 2 pisos, madera y una chimenea de cemento enfierrado que se trizó, cayendo una parte sobre la cuna, afortunadamente sin consecuencias. La puerta de calle se trabó y las ventanas se agitaban. Nuestro padre radiotelegrafista debía mantenerse en extensos turnos para sostener las comunicaciones. En aquel tiempo eran cifradas en sistema morse y el tráfico de telegramas creció explosivamente. Dormíamos, recuerdo, en el primer piso, con frazadas haciendo una gran cama común, porque las réplicas eran repetidas y variables. Mientras tanto, en un terreno que el Club Magallanes ocupaba como cancha de fútbol amateur, la CORVI construía un nuevo grupo habitacional por la creciente demanda que tenía Puerto Montt. Este es el comienzo de un relato apasionado que marcó la vida de nuestras familias creciendo desde la niñez hasta los días de hoy enmarcados en una sana amistad de inocencia, necesidad de progreso y valores que han trascendido las diversas épocas de nuestras vidas.

POBLACIÓN ESMERALDA

La Población Esmeralda, sector del barrio Lintz, estaba en construcción, pero la orden de CORVI fue acelerar su terminación y entregarla a la brevedad para recibir a las familias que habían postulado a través de CORHABIT, que además habían perdido casas y enseres durante este lamentable terremoto del 60. Llegamos con camas y petacas, como se dice en el sur, a una casa bastante más pequeña que la de calle Ancud, pero tuvimos que adecuarnos. Allí comenzamos a crecer los nueve hermanos... y a crecer en amistad con cada vecino que iba llegando desde diferentes lugares, incluso de sectores rurales. Los patios eran abiertos, separados solo con mallas de alambre y algunos colindábamos con 4 casas, otros con 6 y así otras más. Lo que pudiera parecer una amenaza para la intimidad familiar se transformaba poco a poco en una oportunidad de convivencia para los recién llegados esmeraldinos. Han transcurrido 61 años y hoy día nos reunimos cada verano para recordar aquellos tiempos difíciles, pero llenos de generosidad que nos permitió forjar lazos de amistad que perduran férreamente, aunque muchos vecinos se hayan marchado a otras latitudes y otros nos hayan dejado para ir a su lugar celestial. Como todo barrio modesto, las familias crecen y se disgregan buscando nuevas oportunidades. No es la excepción nuestra población Esmeralda, con la diferencia que el barrio nos vuelve a juntar y nos une para volcar no solo un infinito de anécdotas, sino también atender las diferentes experiencias de vida de cada uno. Esto nos ha enriquecido de forma muy profunda y nos permite contarles a nuestros hijos, nietos y algunos bisnietos todas las historias que labramos día tras día en la población para lograr una calidad de vida mejor, con esfuerzo y trabajo, pero dignamente. Los años 60 fueron difíciles, dicen algunos. Sin embargo, nuestra inocencia nos dice que fueron muy hermosos. Los acercamientos con nuevos vecinos eran tímidos. La pelota en los hombres y las muñecas en las mujercitas. Después al trompo, a las bochas y así... Calles de

ripió, veredas inexistentes y postes de madera para soportar los cables de luz. Nada de teléfonos, ni pensarlo en familias modestas. Algún negocio cercano, alguna zapatería, carnicería y basta... Si había que coser o parchar, surgía una dueña de casa modista. También un carpintero o alguien que trabaje en el hospital, para conseguirse remedios o llamar a un practicante si había enfermos en la población. La década del 60 fue sana, generosa y solidaria para nosotros. Llegaban nuevos vecinos ¿Quiénes serán? ¿De dónde vendrán... hijos o hijas? Las pichangas siempre resultaron buenos imanes para conocerse. Para las niñas, una puerta de casa abierta era el escenario para juntarse con muñecas y pronto una ronda o jugar al librar. Qué decir de las tareas de escuelas primarias... el mejor motivo para acercarse al vecindario.

ORGANIZACIONES COMUNITARIAS

Nuestros padres en algún momento del 65 o 66 se reunieron y decidieron crear el Comité de Adelanto Población Esmeralda. Nosotros, todos niños menores, decidimos crear el Club Deportivo Esmeralda, a instancias de un aviador recién llegado desde Antofagasta. Jugador de Aviación en el fútbol amateur, tenía 3 hijos buenos para la pelota y un día invitó a formar un equipo de JUNIORS entre 7 a 10 años más o menos. Fuimos creciendo deportivamente, participamos en ligas amateurs, amistosos y sacamos unos seleccionados para la ciudad. Comenzamos a jugar en una pequeña canchita de arena contra otras calles y de a poco se compraron camisetitas. El problema es que después del lavado estiraban mucho, entonces no había que colgarlas con perritos en los cordeles de alambre del patio. Ni pensar en lavadoras en aquel tiempo... Y se tendían en el pasto, pero no secaban por la lluvia. Solución: secarlas en casa, al lado de estufas. Ahí surgía otro percance. Quedaban pasadas a humo... y peor si había fritos en casa, el olor a fritura no lo sacaba nadie...

El Comité empezó a planear una sede social con las dificultades económicas propias de un barrio modesto. Sin embargo, la voluntad y la fe mueven montañas. Las municipalidades tenían otro rol y no existían los aportes de hoy en servicios públicos. La construcción duró menos de lo pensado, siendo dirigida por don Isidoro, un campesino llegado de Hornopirén, localidad precordillerana que sufrió el rigor de la recogida del lago Cabrera al lado del volcán Hornopirén, que decidió traer a su numerosa familia en lanchas para establecerse en la población. Con 13 hijos y su esposa Adelaida como principal bastión, hizo su propia escalera pa la techumbre de tejuelas y junto a otros vecinos más algunos hijos, martillo en mano, palas, uñas, clavos y cepillos levantaron la sede social el año 1966. Se inauguró con presencia del cura de la Iglesia Cristo Rey. Los vecinos, grandes y chicos, degustando canapés, bebidas de papayas, queques, sándwiches, vino en garrafas y música de la Nueva Ola. Algo se bailaba, pero la aguja del tocadiscos saltaba cuando se movía el piso. El techo y paredes cálidas albergarían a las tres organizaciones: club deportivo, centro de madres y comité de adelanto. Las ventanas se cubrían con planchas de cholguán hasta juntar el dinero con que se compraron los vidrios finales y los artefactos del único baño instalado. La sede social era un orgullo porque -aparte de las reuniones y fiestas de beneficio- una vez llegaron de un club de box a arrendarla para sus entrenamientos. Colgaron un saco de boxeo, tiraron cuerdas para simular un cuadrilátero y boxeaban. Nosotros, chicos y a boca abierta, mirábamos sus prácticas y realmente se daban combos. Con protectores muy deteriorados y los guantes gastados, olorosos no daban lugar a practicar cuando hacían sus convites. En ese tiempo Puerto Montt tenía como ídolo a Honorio Bórquez, Campeón Latinoamericano Medio Pesado y el Gimnasio Municipal se llenaba en las heladas noches de boxeo. Las peleas eran transmitidas por la radio Pérez Rosales a través del gran Edmundo Johnson, ¿cómo no recordar su voz en tantas transmisiones deportivas? Da

para otra historia con muchos ribetes nostálgicos. Nuestras madres formaron el centro de madres con fines benéficos para los vecinos y preparaban onces con milcaos, tortillas, calzones rotos que salían a ofrecer por las casas y también encargos de alguna oficina para sus celebraciones. Los domingos tenían empanadas fritas. Delicias que se consumían por las buenas manos amasanderas y estufas a leña.

La población Esmeralda entonces comenzó a ser protagonista en la vida de Puerto Montt. Artistas como Juanito Campos, formador de Los Bats, el histriónico Don Calisto y su hijo Chalaito actuando en los actos ciudadanos, además del programa radial dedicado a los enfermitos para hacerlos reír y llevarles el humor sano por las ondas que se difundían en todos los pasillos del hospital antiguo, seleccionados de fútbol amateur como Chaleco Vargas, Javier Soto y otros, bomberos formadores de la 7ª Compañía, dirigentes gremiales como Froilán Sandoval, jefe de Estación don Alfonso Martínez, regidora Sra. Elsy Llewelin, Manuel García, suboficial colaborador en diversas sociedades y entrenador de Puerto Montt en fútbol amateur, etc... Historias muchas, anécdotas más y familias unidas mejor aún. Un barrio aclanado, como se dice hoy. Compuesto por algunos uniformados y la mayoría particulares, circundaba gran parte del barrio la propiedad del Regimiento Sangra. Regimiento de los antiguos, con guardias que miraban a las solteras y hacían llegar sus papelitos con citas para el "domingo". Suboficiales bonachones, buenos para los pataches y con salida del viernes en patota directo a los bares que eran picadas fijas que ya habían ofertado previamente sus platos de guatitas, chunchules, longanizas con puré picante o derechamente un buen curanto junto a la ansiada garrafa de tinto o blanco. Total, cada uno pagaba o bien firmaba el vale para la fecha del sueldo. Es que en esos tiempos no se quedaba debiendo a nadie y tampoco se negaba un fiado a los conocidos. A lo más una ropa empeñada o un carné en garantía para ir a pagar el día siguiente. Así

nomás era... Los ensayos de la banda eran todo un espectáculo para nosotros.

PERSONAJES AUTÉNTICOS DE BARRIO

Entre las historias cercanas a los años 70 aparece como protagonista el jurel. Desde la población Esmeralda siempre se veía la bahía de noche y “la ciudad iluminada” porque la cantidad de botes con sus lámparas Petromac o chonchones para atraer la pesca era tan numerosa que las luces reflejaban en las olas, verdaderas avenidas amarillas, serpenteando el horizonte y ampliando su perspectiva que ante los ojos de foráneos conformaban otra ciudad. La costanera servía de orientación para señalar dónde estaba la frontera entre mar y tierra. Luego de la pesca, al día siguiente muy temprano aparecían los vendedores de pescados: merluza y jureles. Las sierras tenían su época muy marcada y además eran más caras, no menos sabrosas, por cierto. JURELEEEES, JURELEEESS..., gritaban los Cárdenas con su carretilla mostrando los hermosos ejemplares recién sacados. Y si querían las dueñas de casa sin cabeza, ahí mismo tenían su cuchillo para desviscerar. Uno de ellos esperaba en la esquina con su lámpara, mientras el otro hermano recorría los pasajes de la pobla... A luca, a luca era el precio. Tanto es así que cuando se crearon el PEM y el POJH le llamaban a cada trabajador “el jurel”, porque le pagaban a luca la quincena. Antes del cambio de moneda, en el país existía el peso; por tal motivo primeramente les decían “a peso el jurel”, que asumían con humor y risotadas. Los Cárdenas tenían una cualidad: gente modesta que vivía en calle Los Leones; después de hacer su venta partían directo al bar “El Doctor” a comprar su litro de blanco en cajitas tetra. Ya estaban saliendo las primeras cajas, porque antes se compraba el litro con una jarra y el dependiente vaciaba la garrafa para después ponerle el corcho y que “no le entre aire”, según los entendidos. Humildes, llevaban a

la esquina su valioso líquido para tomarlo casi escondidos y pocas veces los escuchamos hablar. Nunca se quedaron a tomar la caña dentro del bar. Se juntaban con dos panteoneros del Cementerio General -Huichaquelén y Cabero- que vivían al lado de la población, en la precaria calle Roa Urzúa, y salían de su pega como a las cuatro. Los Cárdenas sabían ese horario y los esperaban en la misma esquina, arriba de la canchita de Egaña, o bien en una cueva que generó la erosión de la cuesta. Recostados a la vera de la canchita, miraban, se reían y alzaban sus cajitas. Cuando se ponían de pie luego de varias compras, el desafío era subir la empinada, pero pequeña, cuesta. Se afirmaban entre ellos y parecía un cómico desfile ante nuestros inocentes ojos, donde solo reíamos a escondidas. Nunca fueron insolentes ni agresivos, les gustaba mirar nuestras pichangas. La mayor dificultad la tenían Huichaquelén y su vecino Cabero, porque debían bajar una angosta senda flanqueada por murras y ortigas. Oscura, bajaban gateando y uno a otro se agarraban de la chaqueta para no caerse. Historias que no se olvidan. El mes pasado - junio del 2021- tuve la oportunidad de viajar a Puerto Montt y acercarme a la población. Sorpresa: Los Cárdenas estaban en una changuita entrando leña y una vez terminada su faena, apilados los palos, los seguí con la vista. Fueron a comprar su cajita de blanco y sentados en la solera, calladitos como siempre, se la empinaron y partieron. Están viejitos, la piel curtida y caminan lento, como perdonando el tiempo.... Creo que me reconocieron, aunque no los veía hace casi veinticinco años. Nobleza obliga: fui a saludar bajando el sendero a los hijos de Huichaquelén y me encontré con el nieto construyendo su casa. Me contó que su abuelo y el vecino Cabero ya partieron al descanso eterno hace rato, pero le dejaron la huella del trabajo y la carpintería. Ya son propietarios legales del terreno. En nuestros tiempos era un estero de aguas servidas que bajaba por el cerro de La Colina y pasaba por el Regimiento Sangra, para desembocar en el sumidero de calle Egaña, frente a entrada del Liceo de Niñas.

Los pescadores de Los Leones, Miramar, Pichi Pelluco, se hacían a la mar en la caleta ex Frigorífico, donde estaba la última curva del tren para enfilarse hacia la estación. No había casetas ni garitas que los cobijaran en las noches de invierno. Solo sus botes, remos y chumaceras. Para atenuar la gélida tarde y especialmente cuando norteaba, hacían sus fogatas en la orilla para calentar sus chocas (tarrito de conserva con tomador de alambre retorcido) o una tetera abollada que reflejaba a la luz de las llamas toda su historia amarillenta y ahumada, pero siempre digna. Los más modestos partían con sus anzuelos y el típico tarro de Nescafé con la lienza atada para enrollar cuando sentían la picada, mientras los avezados ya contaban con espineles o redes y unos pedazos de plumavit para usarlas como boyas. En ocasiones competían con boteros de Metri, Lenca y también de Contao que se acercaban pal medio cuando sus litorales estaban escasos de pesca. Eran esas noches donde “la ciudad iluminada” se expandía y la imaginación de los observadores traspasaba la historia desde el Caleuche hasta la conquista de la luna con toda su luminosidad visible. Las carretas de mano eran los “delivery” de hoy. Merluzas, verduras, frutas, papas pasaban a media mañana gritando a las dueñas de casa y ofertando sus frescos productos de campo. A veces también cambiaban por ropita usada que necesitaban para sus chicos.

SUPLEMENTEROS

Nosotros nos quedamos con los personajes que se relacionaron con nuestro barrio, nuestro querido vecindario. Diario El Llanquihue circulaba en la ciudad, centenario periódico que era ofrecido por los canillitas que voceaban el domingo temprano... Llaiquihuiiii... Llaiquihuiiii... Hasta que apareció Chamañiño, un suplementero corto de estatura cuyo grito era Quihuiiii... Quihuiiii... Estuvo muchos años entregando el diario en la población hasta que desapareció. Bueno pal litro, parece que el frío lo llevó una madrugada de calle,

durmiendo su caña apoyada en las heladas paredes de Huasco, donde había muchos bares. Cuando murió Chamañiño y se extrañaba su chispeante voceo del diario, apareció el tan afamado Perico. No vidente de nacimiento, muchos creían engañarlo con las monedas o los billetes. Sin embargo, tenía esa habilidad innata para reconocer al tacto la plata verdadera. Blanco de muchas bromas, reconocía cada calle, cada pasaje, cada vecino... Era admirable su desafío a los días lluviosos, al temporal, al viento persistente y, como verdadero mago, cuidaba que no se moje ningún ejemplar. ¿Cómo lograba cubrir sus diarios y revistas con solo un pedazo de nylon? Por su trayectoria honesta y laboriosa, Perico fue beneficiado con un quiosco en esquina de Regimiento con Serrano. De madrugada, acompañado por su hijo, pasaba por el diario El Llanquihue a buscar sus ejemplares y luego a la editorial a buscar las revistas e historietas de la semana. También tenía sus clientes que le encomendaban retirar las enciclopedias o fascículos quincenales. Desde allí subir por calle Egaña hasta Serrano y llegar a su quiosco no le causaba incomodidad. Nunca subió a una micro ni menos a un taxi. Siempre la talla a flor de labios... reconocía a sus clientes caseros. Cuando pasaron los años lo siguieron sus hijos, pero ellos se calentaban al fragor de su cervecita y también la sonrisa del padre no vidente. Lo encontré en viaje reciente a Puerto Montt y reconoció mi familiaridad después de estar 20 años fuera de la ciudad de las cuatro colinas, Melipulli. Los leñeros y carboneros, ya sea en carretas con bueyes o antiguos camiones cuyo motor petrolero partía solo con la cruz de hélice, también quedaron en nuestro recuerdo. El vendedor de castañas y piñones calentitos, infaltable en invierno. Un saco de harina Mundial envolvía los apetecidos productos, cobijados en el canasto bajo sus brazos. Se vendían a \$ 100 el puñado, a pura mano nomás.

LA ECONOMÍA DOMÉSTICA

Cuando chicos, nuestras madres nos mandaban con una tacita a

conseguir un poco de azúcar o un cuarto de aceite con la vecina. Era normal y nadie negaba un servicio. Arroz o un pan casero eran parte de las necesidades de familias numerosas que días previos al pago del sueldo escaseaban. Y también hay que decirlo: nos mandaban con un jarrito de litro, a veces de vidrio u otras veces de aluminio, a comprar vinito para el almuerzo. Esto ocurría el domingo, donde la familia almorzaba muy unida y compartían todo lo que no era posible durante la semana. Aparte, en los almacenes de barrio se abrían algunas cuentas y la “libreta” era lo que hoy es una Tarjeta de Crédito. Llevábamos la libreta, comprábamos y se anotaba tanto en el libro grande del negocio como en la nuestra de tamaño equivalente a la de comunicaciones en la escuela. Lo que no se fiaba eran dulces o golosinas. La felicidad de un niño alcanzaba su punto máximo cuando los papás regalaban unas monedas para ir a comprar los apetecidos dulces al negocio. En el mesón, los caramelos se exhibían en dulceras grandes de vidrio, redondas y con tapa metálica. Luego de pesarlos en la balanza eran empaquetados con papel café de envolver que ya estaban cortados a tijera en el mismo mesón.

LOS CUMPLEAÑOS

¡Qué felicidad cuando se aproximaba un cumpleaños! Con hartos días de anticipación se escribían a mano tarjetitas de invitación y en la reunión familiar se anotaban los nombres. Hasta inicios del 70, nosotros no teníamos más de quince años. Por lo tanto, las onces infantiles en casa creaban toda una expectativa. Las mamás preparaban los canapés. Pancitos chicos con mantequilla, decorados con huevo molido, un trocito de morrón o aceituna encima; el mantel, limpio y planchado. Si era de hule, bien refregado con paño húmedo y sapolio. Los jugos se escondían en las cómodas, trinchas o aparadores para que no los acaben antes del domingo. Encerar, pasar chanco y lustre en los muebles era la tarea de los niños. Ante la falta de materiales como los hay en esta época, un trozo de lana embebido

en aceite bastaba para pasarlo sobre los muebles barnizados y quedaban impecables. Los vidrios bien lavados, harto papel de diario para secarlos y listo. Por su parte, las y los invitados se preparaban. Ellas con sus falditas plisadas, calcetines blancos, zapatos de charol si era posible, cintillos y el chaleco que mejor lucía. Bien bañaditas en la tina de alerce, la ropa y salir con el regalo. Generalmente en casa había algún papel de regalo - escaso entonces- y de la mejor manera envolver algún engaño comprado a cuenta. Los hermanitos tomados de la mano, aunque riesgos no existían porque no había autos en la población. El nerviosismo de los infantes protagonistas los llevaba al silencio. Poco a poco comenzaban las conversaciones, generalmente alentada por las mamás o las tías que reforzaban el trabajo en casa. Así eran las fiestas caseras de cumpleaños, tranquilas y alegres. Muy inocentes, pero recordadas con los años. Chaya, a veces, letras de cumpleaños en el cordel, globos y serpentinas. Era la decoración habitual, excepto que alguien agregaba la piñata si daba el bolsillo. Los niños, con sus pantalones bien planchados y zapatos lustrados... Poco duraban porque la primera reacción era salir al patio o calle a jugar a la pelota. Ahí quedaba la hecatombe... calles con barro, pozas de agua, arena húmeda y un par de piedras que señalen los arcos bastaba para iniciar el peloteo. Mas de algún vidrio quebrado nos quedó marcado. Había buenos vecinos, pero el paco Chiguay no soportaba, porque era su siesta para luego enfrentar el turno. Entonces la pelota la tiraba para su patio y hasta ese momento duraba el partido. Entrada la noche, la Sra. Nena, cuando quedaba sola, nos entregaba la pelotita modesta, gastada y roída por el tiempo. Con suerte aparecía una pelota nueva en Navidad y en total no habían más de dos o tres en toda la población Esmeralda. De casco, como la del Mundial 62.

LOS JUEGOS INFANTILES

Los juegos infantiles de la plazoleta eran la máxima atracción para

todos y todas. Como decir hoy día Disneylandia o Fantasilandia. Con la diferencia de que teníamos un refalín de fierro, dos columpios de arco y un columpio de tablón para balancearse. Nada más, pero éramos felices. Se viene a la memoria que tanto sábado como domingo, días donde no había clases, el incentivo para levantarse temprano era ganar la posesión del columpio y darse el gusto de impulsarse por largos ratos. Qué delicia llegar cuando nadie circulaba, subirse al columpio y hacer volar la imaginación de niños o niñas. Claro que eso duraba hasta que llegaba el próximo... y luego otro. Entonces comenzaban los sorteos para alternar su uso... y también los alegatos y las disputas con llanto. Parte del show, como se dice. Los juegos estaban al lado de la sede social y los niños que esperaban su turno lo hacían sentados en la escalera de cemento de acceso. Después de cincuenta y tantos años, al pasar por los vestigios de esa construcción se asomaba un vértice de peldaño que nos sirvió para demostrarle a las actuales autoridades que ahí estuvo nuestra sede del comité, del club y del centro de madres, a objeto de que nos apoyen en la reinstalación de la plazoleta. De verdad, más de una lágrima mojó el suelo de aquella plazoleta y otras más al descubrir enterrado el pedestal que soportaba el asta de la bandera nacional. Se izaba la bandera los días domingos y creo que simbólicamente nos hicimos más patriotas al recordarla en la medida que fuimos creciendo y migrando a otras latitudes.

Aún no comprendemos, cuando nos reunimos adultos y otros adultos mayores, dónde hacíamos el espacio para jugar la pichanga. El terreno no tiene más de sesenta metros cuadrados y nos dábamos maña para jugar estando la sede y los columpios ocupando casi toda esa área. No solo jugar a la pelota, sino hombres y mujercitas jugar a la matanza, al escondido, a las Naciones, al pillar, etc..., y todos incluidos en el juego del trompo, emboque y las bolitas. Ganar o perder no era tema y nunca lo fue, sino el disfrute del juego y la

convivencia con quienes eran y siguen siendo nuestros amigos y amigas.

EL FERROCARRIL

Hace un tiempo recordaba una gira en tren del cuarto medio a Villarrica. Cómo no recordar los viajes en tren de antaño que poco a poco se fueron extinguiendo a pesar de los Comités Pro-Retorno del Tren que lo intentaron. Finalmente se levantó toda la línea férrea y se vendieron los terrenos de Ferrocarriles. En el sur había ramales hacia Fresia y Río Frío. Pero la línea ferroviaria tenía su terminal austral definitivo en Puerto Montt, aunque también existió en la isla de Chiloé, durante varios años, un tren de trocha angosta entre Ancud y Castro hasta mediados del 60. La salida de Santiago era desde Estación Central y en todo el trayecto prácticamente no se veía agua en las 24 horas de viaje. Solo paisajes verdes, árboles, campos, ciudades... entonces la estación de Frutillar, después de Casma y la de Llanquihue (pasando Pellines y ramal Fresia), nos permitía ver las aguas del lago. Si estaba despejado se asomaban el volcán Osorno, Calbuco y, con suerte, el Puntagudo. Seguía lento el andar por la vía férrea hacia Puerto Varas, pero alejado del lago, aunque el volcán Calbuco era visible en casi los diez kilómetros de distancia. En los pies del cerro Phillippi y al lado del ex Gran Hotel Puerto Varas estaba la estación lacustre. Bonita y tranquila, hoy parece que su destino es museo. Los pasajeros que continuaban al puerto ya comenzaban a ponerse de pie, comerse los últimos cocavíes, guardar los restos de comida y preparar sus maletas, que eran de cuero y con correas, sus bolsas de compras y los más elegantes con regalos y el maletín James Bond... ¿se acuerdan? El recorrido seguía por Alerce, pasando por Colonia Río Frío, La Vara y se asomaba arriba en los cerros con esa vista impresionante del seno de Reloncaví. Por fin el mar, y comenzaba a bajar detrás de la Pichi Pelluco, terminando su tremenda y obligada vuelta por la pendiente. Desde la población

Esmeralda se observaba el humo y vapor de la locomotora entre el verde del paisaje; dependiendo del viento, se escuchaba el golpeteo de ruedas sobre los rieles, un sonido que nos quedó marcado en los oídos. Cuando se aproximaba a Pelluco, donde hoy está la Universidad Austral, los pasajeros, todos, incluido maquinista, se pegaban en las ventanas del lado izquierdo (este) para mirar no solo mar, cordillera, volcán Yates, Hornopirén, sino a los bañistas en verano. ¿Quién de los veraneantes en Pelluco o desde el trampolín no levantó la mano alguna vez saludando a los pasajeros? Altura del hotel Juan Pazos, un tenor de primera que tuvo el restaurante por décadas... la lujosa casa de los Marchant Olbrich y otras... Luego venía la última curva hacia la derecha, donde estaba el Hogar Mi Casa y el restaurante Sayonara de Marujita Ara. El ayudante de maquinista daba el último aviso: Parada final, Puerto Montt. Se divisaba la costanera, muelle, botes pescadores en sector ECA, barcos en el puerto y a la gira... Y en el ex Frigorífico, donde hoy está la caleta de pescadores Pichi Pelluco, enfilaba en paralelo con calles Rosselot, España, Huasco, hacia su destino final. Pisando la tornamesa, ya detenía su ritmo y lo retomaba muy lento hasta frenar definitivamente a la altura de calle Illapel. Hoy nada existe de esas reminiscencias. Ni un oxidado clavo de riel, una vieja bisagra y ni un pedazo de durmiente, madera noble que venía de Guaitecas en lanchas cuando se construyó la vía férrea. Puerto Montt inauguró su estación el año 1913 y duró más de setenta años. Llegando a la estación paraban los vagones, no sin antes hacer el último saludo a los cabarés de Rosselot que aún seguían vivos, con sus cortinas cerradas y que más de alguna hermosa mujer de noche (despertada por el sonido del pito de la locomotora) levantaba su brazo invitando a los visitantes a disfrutar en la noche de una cazuela de champaña, bailes y algo más... Naturalmente, ese saludo cautivaba a los grupos de estudiantes que venían en giras o universitarios que venían a trabajos voluntarios. Los coches de Primera Clase, Coche Dormitorio, Segunda y Tercera terminaban su

misión mientras la locomotora era traccionada al tornamesa para ponerla vista al norte e iniciar al día siguiente su regreso a Santiago. Los vagones de carga eran desenganchados en la ECA y también otra línea los llevaba al Puerto. En tierra firme la estación era lugar de bienvenidas y despedidas. El silbido (pito de árbitro) anunciando la partida o llegada colmaba la emoción para bien o mal. Los taxis, fleteros, corteros con su carretilla de mano y carretones incluso ganaban sus pesos y escudos llevando carga. No había tarifas, solo propinas generosas.

Así terminaban los nostálgicos viajes en tren. No volverán quizás, pero su recuerdo imperecedero no se olvidará nunca. El plan de subir la estación a La Paloma en los 80 fue un fracaso y solo apresuró para siempre la desaparición del "caballo de fierro". Como siempre, la presencia de un esmeraldino no podía faltar. Don Alfonso Martínez fue jefe de Estación de FF.CC. del Estado por muchos años entre el 60 y 70. También desde la pobla, los cabros iban a poner clavos de 5" en el riel para que al paso de las ruedas se ablanden y queden como cuchillos artesanales para ir a jugar a los cowboys en el cerro del frente.

Evocación o nostalgia, lo cierto es que fuimos parte de esta leyenda y está dedicada a quienes no la conocieron. Las anécdotas de viaje no escaparon a los esmeraldinos, incluida la pérdida de un zapato de fútbol que cayó por la escalinata entre vagones, yendo con el grupo de esmeraldinos a ver un partido en Llanquihue de nuestra selección de fútbol. Regresar cojeando con un calcetín hasta recuperarlo diez kilómetros atrás fue épico. Los zapatos eran regalo de Navidad. Éramos más de diez esmeraldinos que subimos atrasados y descuidados por las conversaciones y risas, el zapato fue cayendo por los peldaños.

EL DOCTOR

Época esmeraldina donde no existían las SINOVAC, AstraZeneca ni cuarentenas, no habían COVID-19 ni 20. Los únicos virus eran de algunos piojos o pulgas que se paseaban por las casas y que llegaban de los dormitorios del regimiento. Las fiestas clandestinas eran los malones, once milcaos, beneficios con curantos... los contactos estrechos eran en la pampa de la población Esmeralda, afuera del portón del Gringo Schwenke con largas tardes de tallas y conversaciones... a lo mejor alguien se contagió con el vino del cura en la sede, pero nunca se supo. El Doctor era un simbólico bar frente a la población y el propietario era nuestro vecino don Ernesto Oyarzo, alias El Doctor, un tipo bajo, redondito y abstemio (parecido al actual Dr. Simi), tenía una receta mágica para sanar la caña o resaca, como llaman ahora. Un vasito bajo vinero, al cual le colocaba una pastilla y harto limón complementado con vino "Blancanieves". El parroquiano o cliente se lo mandaba al seco y después del tiritón sentía un alivio que nunca supimos si era psicológico o mentiroso. Podía irse para la casa o seguir tomando... Más animado aún porque no le hacía el quite a las cañas matinales. Se corrió la voz del sanador o samaritano por el sector y luego por la ciudad, de manera que fue bautizado El Doctor no solo el bar sino también don Ernesto. Por cuatro décadas hasta el 2000, porque siguió atendiendo su hijo. El Cheyo, joven sano, educado y culto que no esperaba seguir la línea del bar y botillería. Hasta que murió el negocio curiosamente por "causas naturales", sin que haya llegado la receta médica que permitiera salvarlo a tiempo. No hubo diagnóstico ni examen previo, tampoco el remedio salvador como el que recetaba a sus clientes para dejarlos saludables y dispuestos a continuar la jarana con los amigos. ¡Salud...! Se escucha en el tiempo que la pastilla sanadora era un cafrenal o una aspirina. ¿Quizás...? La zapatería de Gastón Oyarzun en calle Regimiento y la de Manuel Violín Barrientos eran

famosas. Allí mandábamos a reparar las pelotas, coserlas o parchar el bladis si estaba pinchado. Reparaban zapatos, pero nos interesaba tener los chuteadores con pepas bien firmes. Daba gusto ir donde Don Violín porque tenía la pared tapizada de jugadores, portadas de revista Estadio y Gol y Gol. Media suela y taco eran los encargos de mujeres y hombres. Grandes y chicos. Además, hacían zapatos de cuero, pero eran muy duros. Los callos sufrían y también los talones, aunque un parche, trozo de algodón o lana salvaban. Almacenes como Don Tito, La Flor del Sur, Apolo, Don Benito y Don Marcos Zúñiga eran emblemáticos; este último se denominaba La Esquina de la Economía entre Serrano y Regimiento. Los Lillo eran todos peluqueros por tradición y la Esmeralda tuvo el honor de tener 2 reinas de belleza de Puerto Montt: Carmen García y Patricia Bazaletti. Ciudadano Ilustre el popular Pata de Loro Lillo y varios más. Entre las familias fundadoras están aquellas que forjaron el futuro del barrio y sentaron las bases para que sus descendientes mantengan por más de sesenta años la unidad, el respeto por su historia y lo continúen traspasando a sus herederos. Los Vera Oyarzo, Lillo Suárez, Ulloa Uribe, Dreau Mestre, Hernández Cárdenas, Villegas Barría, Sandoval Sánchez, García Sánchez, Bustos, Nierad Uribe, Cruz Ojeda, Paillacar Sepúlveda, Campos, Vargas Pinuer, Vivar Villarroel, Martínez Sánchez, Osman Chelech, Brahm Navarrete, Uribe, Mardones Rivera, Rebolledo, Guzmán, Pérez Llewelyn, Gallegos Soto, Ibarra Soto, Bazaletti, Díaz Uribe, Mansilla Beyer y otros que llegaron posteriormente, sin dejar de lado a los uniformados de paso que contribuyeron a generar ese espíritu solidario que exhibimos con honra y orgullo.

En el año de la pandemia, este relato descansa tras un generoso trabajo de los vecinos de la población Esmeralda, construyendo un BARRIO AMIGABLE. De la mano con el progreso ha logrado superar sus ripios, calles anegadas, pasajes sin luz, para ser un ejemplo de trabajo en comunidad, armonía y respeto por el medioambiente y

por su patria. Nuestro Chile querido. Lo que pareció lejano un día de mayo de 1960 es hoy una invitación al convencimiento de que todo es posible. ¿Hay un mejor final feliz?





SILVIA URRUTIA HERRERA (83 AÑOS)

Cisnes

El Calbuco se movía tanto que parecía que las olas me iban a envolver y lanzar al mar... miré a mis tres hijos pequeños e imaginaba cómo atarlos a un mueble que no existía... para que no los envolviera esa ola acechante y cayeran al mar...

Ya van tres noches navegando en un frío invierno sobre los canales marinos del sur de Chile, voy reflexiva, casi paralizada observando cómo el pequeño barco con su carga de personas y animales se mueve de lado a lado... veo personas sentadas en cajas o envueltas en frazadas en el piso del barco, intentan abrigarse y dormir y pasar una nueva noche en esta larga travesía... veo a mis hijos correr en los pasillos del barco; también veo a las personas con ropas de lana gruesas, llevan muchas cosas de casa, como si se cambiaran de una casa a otra... algunas mujeres van sentadas en cajas tejiendo, otras preparan panes con pollo cocido en una ceremonia que parecen conocer...

Un hombre se me acerca, extiende su mano ruda y me dice:

-Un mate, señorita...

El mate, que pasaba de mano en mano, ahora me lo ofrecían a mí...

Acepté casi sin pensar, llevaba muchas horas sin hablar con nadie, sumergida en vigilar las olas que danzaban amenazantes en las azules aguas y que cada vez saltaban más cerca de la cubierta del barco...

Al primer sorbo de mate... me quemé y atoré con un líquido amargo y sin dulzor que llega a mi boca desde la bombilla... veo que las personas me miran con curiosidad, como si yo no fuera de ahí... el hombre se ríe y me pregunta:

-¿Pa onde va, señorita? ...

No sé qué responder... solo sabía el nombre del lugar, no sabía mucho más,

-Voy a Puyuhuapi, me espera mi esposo allá...

Y me pregunta:

-¿Cómo se llama su esposo?

Respondo sin dejar de mirar las olas que parecieran querer entrar por la proa:

-Se llama José Arratia

El hombre enseguida me dice muy fuerte como para que todos escuchen:

-¡Don Pepe!..., ah.

-Por acá Bicho Altamirano, su vecino...

Y me vuelve a extender su mano ruda y amigable...

Lo miro incrédula, y sorprendida me pregunto: ¿Cómo puede conocerlo? En esta inmensidad que pareciera casi no haber personas... Tímidamente le digo:

-Soy Silvia Urrutia, educadora... me dicen "tía Silvia", soy de Victoria y voy donde mi esposo con nuestros tres hijos porque él me envió por Correos de Chile un recorte del diario Aysén de dos meses atrás que dice: "Se necesita parvularia para Puyuhuapi y La Junta"... Le cuento que mi marido llegó el 77 como comerciante de ropa de trabajo, y ahora nos está esperando y nos irá a buscar al muelle en Puyuhuapi para que yo me presente en el trabajo... nos pidió que llevemos velas y linternas porque no hay luz eléctrica, solo lámparas... y nos contó que están construyendo el camino que llaman Carretera Austral, así que llevemos zapatos gruesos y botas de goma...

Me responde, amigablemente...

-Sí, sí, sí, si es amigo el hombre... le va a gustar el lugar, es rudo pero lindo, ya le haremos un asadito parao pal recibimiento, che...

Veo que se vuelven a mirarnos y nos escudriñan mientras conversamos... luego nos acogen con sus miradas como si fuéramos parte de una gran familia viajante...

El hombre me dice:

-Así como va el tiempo... seguro fondaremos una noche más... dígame a los cabritos que se sienten mejor, porque ahora pasaremos el Corcovado y se va mover harto la cuestión esta...

Traigo a los hijos cerca de mí... oscurece y pienso:

Dejé mi trabajo como educadora en la escuela N° 121 en Temuco,

para irme junto a mi esposo con mis tres hijos... espero todo salga muy bien, ya que el recorte donde buscan parvularia se demoró más de dos meses en llegar...

De la nada sale una voz... es una señora y me dice:

-Tía Silvia, por qué no les enseña un cuento a estos chicos para que se sosieguen mientras pasamos el Corcovado...

Así comenzaría mi labor de educadora junto a los niños, niñas y a sus familias ejerciendo por primera vez en el barco Calbuco, para después ser la primera educadora en los poblados de Puyuhuapi y La Junta, para culminar mi misión de educadora a los 69 años en la escuela Hamburgo de Puyuhuapi... tiempos en que aprendimos juntos, yo aprendiendo de los niños y sus familias y entregando mi humilde saber... Nunca imaginé en aquel primer viaje en el Calbuco cómo se iniciaría la gran historia de nuestras vidas...

Amaneció... las olas se volvieron más amigables. Las olas seguramente escuchaban las conversaciones con los niños y las personas en el barco, y ahora me reconocían y sabían de mí.

Los canales se estrecharon y ya se veían pequeñas casitas a lo lejos... ya los niños en el barco me llamaban tía Silvia y sus familias también... éramos como una gran familia que navegaba junta compartiendo lo poco o lo mucho que tuviéramos, y alrededor del mate y termo con agua tibia que los tripulantes nos convidaban íbamos conversando sobre nuestros hijos, hijas, y sobre nuestros sueños y esperanzas en la Patagonia...

Comenzó a correr el rumor de que ya estábamos por llegar... el barco se acercaba y veíamos más cerca algunas casitas... llovía como nunca había visto... sin embargo, me embargaba un calorcito de la

emoción de llegar a estas tierras desconocidas ya ejerciendo mi vocación como educadora, ya reconocida y nombrada como la tía Silvia... bajé del Calbuco con la misión iniciada de lo que sería mi vida en la Patagonia.

El barco atracó en el muelle en Puerto Puyuhuapi cerca de la madrugada; en medio de la lluvia se veían unas veinte personas con mantas, gorros de lana... comenzaron las maniobras de la tripulación para bajar la carga de animales y aves domésticas, y después otros pertrechos en jabas de madera que dejaban ver cocinas a leña, alimentos, herramientas para el campo, entre otros...

La emoción me embargaba... todo transcurría como en un libro, las luces del Calbuco iluminaban el paisaje majestuoso. La lluvia, el aroma a tierra mojada, los sonidos de las mascotas para el hogar al ser bajados a tierra... todo se veía y sentía mágico... junto a mis hijos buscamos con las miradas a Pepe, no lográbamos verlo, estaba tan oscuro...

No lo encontramos en el muelle... pregunté a diferentes personas si habían visto a don Pepe...

Me respondían que seguramente estaba en el pueblo esperándonos... Me sentí abrumada con la lluvia, la oscuridad y las luces de las linternas de las personas que habían ido a esperar el barco y nos observaban con curiosidad... bajé del barco con mis hijos, pero debía volver al barco por las cosas que llevaba: cajas, bolsos... me faltaban manos y fuerza...

Algunas mujeres y hombres compañeros de la travesía en el Calbuco nos ayudaron a sacar las cosas desde el barco por una mojada escalera con tablones y lazos que nos despedía del Calbuco para pisar

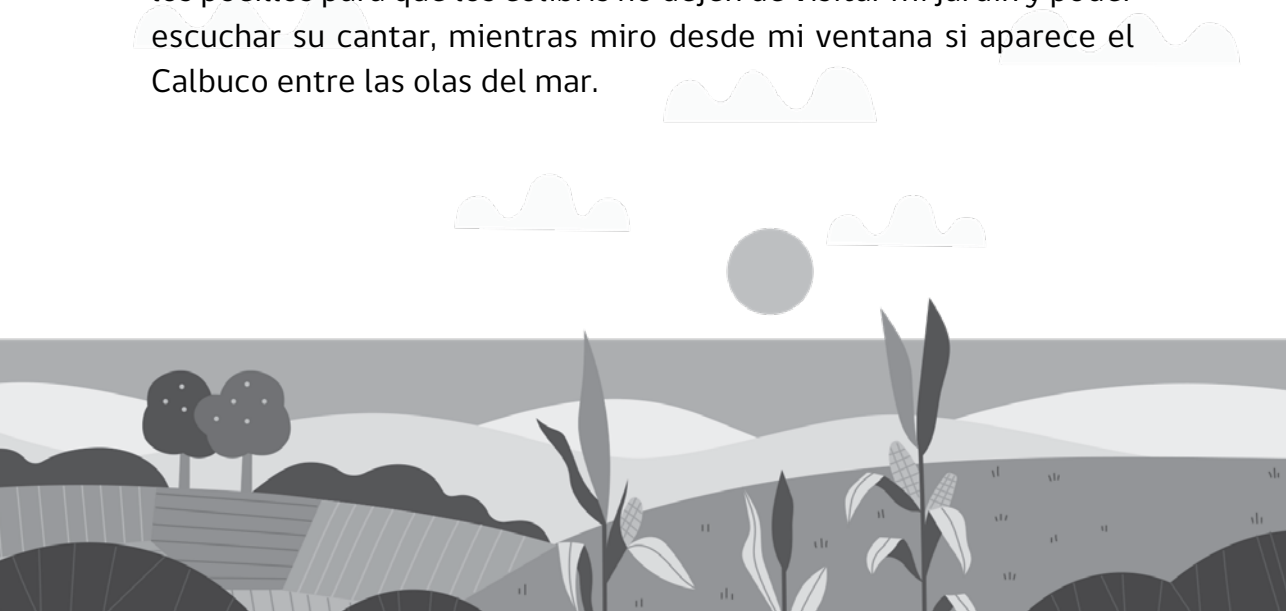
tierra en el muelle y presentarnos la inmensidad de la Patagonia.

Allí encontramos un hombre que nos esperaba con un caballo, colocaron las cajas y bolsos sobre el animal y caminando llegamos al poblado donde nos esperaba Pepe en una muy humilde casa, casi sin muebles, en donde había que iniciarlo todo...

Así comenzaría la bella historia de nuestras vidas en la Patagonia majestuosa que nos abrió el día con un inmenso sol entre nubes que parecía que las podíamos alcanzar con las manos.

En estas tierras aprendí de cada persona, de sus manos tejedoras, de sus almas sencillas, del compartir habitual en donde todos cuentan y nadie sobra... Me siento querida, protegida por esta Patagonia maravillosa y su gente, me siento plena en caminos en que lo superfluo no prospera porque la sencillez es parte de nuestro caminar en la Patagonia.

Hoy, a mis 83 años, junto a mi grupo Artesanas Los Canelos, me siento feliz, realizada y agradecida de la vida, mientras tejo preservando las tradiciones de mi región de Aysén y cambio la agüita con azúcar a los pocillos para que los colibrís no dejen de visitar mi jardín y poder escuchar su cantar, mientras miro desde mi ventana si aparece el Calbuco entre las olas del mar.





PRIMER LUGAR

Región de Magallanes y de la Antártica Chilena

**MI RÍO SECO NATAL...
PAMPA ALEGRE**



RITA NORMA DRPIC MLADINIC (89 AÑOS)

Punta Arenas

“Cuántos años hace que salí llorando de este nostálgico, cariñoso hogar...”

Una y otra vez viajo a Río Seco, con nostalgia, con sentimientos encontrados, con melancolía, con reminiscencias de un pasado que guardo como lo más querido y valioso de mi vida toda.

Mi padre y mi madre llegaron de Europa sin conocerse. Él desembarcó en Buenos Aires, donde comenzó a trabajar siendo jovencito. Luego se trasladó a Mendoza. Ella, llegó hasta Punta Arenas tras un mes de viaje en barco, pues, habiendo sufrido la “guerra del 14”, la abuela decidió que partiera a América adonde ya habían llegado sus tres hermanos mayores porque, le dijo, “acá puede haber otra guerra...”. Y no se equivocó.

Ambos jóvenes se encontraron en Punta Arenas y decidieron casarse. Mi padre había dejado Argentina, pues tenía una hermana establecida con su familia en Punta Arenas y, con lo ganado en sus viñas que

cultivó en Mendoza, compró un terreno en Río Seco. Construyó una casa campestre y formó su linda familia con la llegada de tres varones y tres mujercitas. Siendo yo la última en nacer, seré también la última en partir al infinito cuando el Señor así lo decida.

Adquirió, además, un 40% de la estancia "Monte Alto", asociándose así con su cuñado. Al mismo tiempo, echó a andar una lechería. Él se dividía, lo mejor posible, entre estos dos lugares, dada la tremenda distancia y el largo viaje que debía realizar.

Sería largo detallar cómo era nuestro lugar: casa hermosa rodeada de jardines, quintas, gallineros, chiqueros, galpones de dos pisos... Las quintas eran un verdadero vergel, al lado del pasillo empedrado que llevaba al corral. Mi madre era la "quintera"... Lechugas, repollos, zanahorias, etc. Nada de pesticidas...

¡Cómo olvidar cuando bajaban del monte las carretas con los rajones de leña! ¡O las exquisitas prietas que hacía mamá, al estilo croata: además de la sangre y el repollo, le agregaba arroz, manzana rallada, nueces molidas, clavo de olor, nuez moscada y otros secretillos!

¡Cómo olvidar cuando jugaba a las bochas con el papá, quien hizo la cancha junto a los cercos de la quinta! ¡O el lavado de la ropa, la hilera de tinas, la lavandina "Chevalier" y la tabla de lavar, de fierro encarrujado!

¡Cómo olvidar las bajadas del cerro dándome vueltas de carnero por las parvas bien hechas, llevándome un reto del papá!

¡O el aroma a pan fresco que hacía mamá con su levadura "madre" o "eterna" que guardaba en una artesa de madera!

¡Cómo no recordar cuando, en verano, sobraba leche porque no había alcanzado a venderse y mamá ponía una enorme olla sobre la estufa! Le echaba “cuajo” (creo que así se llamaba) para cortar la leche y yo le ayudaba a preparar el quesillo, que saboreaba en el momento. Luego llenábamos unos moldes que se ponían a madurar. Teníamos lámparas a parafina a las que mamá les cambiaba el tubo cuando reventaban y recortaba la famosa mecha. Las palmatorias con velas estaban siempre listas. El teléfono de pared con sus típicas campanillas y el “Aló, Central, ... número ¿¿??...”. La vitrola RCA Víctor no podía faltar: a mis padres -como buenos croatas- les fascinaba la música. Ahora entiendo por qué les encantaban los tangos... sí... porque tienen ritmo, compás, vida, pasión, drama.

“Madreselvas en flor que me vieron nacer”... por supuesto que me vieron llegar en primavera...

La llegada de la radio fue todo un acontecimiento. Mi padre trajo una bella Zenith, de madera, con teclas y perillas especiales. Escuchábamos mucho la radio La voz del sur con su dueño y locutor don Eladio Fernández.

Sería interminable enumerar tantas y tantas vivencias que hoy ya no se dan. Lo manual quedó en la historia pero no lo cambio por todas las modernidades a las que estamos expuestos ahora.

Admiro a este padre que hizo de un desierto un vergel, con tantas iniciativas que lo distinguieron, como la instalación del agua en todo el establecimiento. Descubrió un manantial y tiró cañerías hasta allí. Así es que teníamos agua potable, un lujo que llegó a la ciudad muchos años después.

Otro logro fue la instalación de luz. Papá compró un motor e instaló

luz en toda la casa. Sonaba el día entero tú, tú, tú, tú... Cuando se paraba, mi hermana mayor lo hacía andar de nuevo. Creo que a la radio se le instalaba algo así como un transformador.

Cada tanto, pasaban los mercachifles con sus maletas llenas de "cortes" de seda, casimir u otra tela. Mamá compraba hartos para coser nuestros vestidos. No existía el blue jean.

Recuerdo el carro lechero que bajaba por el sendero empedrado rumbo a la ciudad con sus tachos limpios y con su lechero Manuel Ferraz. Eran doce kilómetros de ida y doce de vuelta. A veces, él estaría cansado o adormecido, pero los caballos giraban frente al portón grande y entraban sin problemas. Jocosos, ¿no?

En invierno se formaba una tremenda laguna... enorme y congelada, así es que yo subía con mis perros, mi rústico trineo y mis palillos (hechos de palos de escoba con un clavo en el extremo.) a deslizarme en mi "vehículo".

Cuando escucho ciertos cantos, como "La familia", de Pimpinela, digo con ellos: "quiero brindar por mi gente sencilla, por el amor, brindo por la familia" y, rememorando el tango "Volver" digo: "Vivir... con el alma aferrada a un dulce recuerdo que lloro otra vez..." y lloro de verdad.

¿Por qué cuento todo esto en primera persona? Porque durante todo el año escolar mis hermanos estaban internos en sus colegios, en Punta Arenas, y no volvían hasta diciembre. No salían para Semana Santa ni Fiestas Patrias. Tampoco había fines de semana largos o "sándwich", como se estila ahora, por lo que me crié como hija única un buen tiempo y asimilé los progresos de mis padres.

Los muebles y otros implementos se traían de Europa. Mamá viajaba

a Punta Arenas, iba donde los “representantes” y encargaba lo que le hacía falta. Teníamos muebles antiguos: dormitorios, comedor, salón (no se estilaba aún los “livings”), trinchas, sillas vienesas, etc. Pero lo más típico era el mosquitero, diría que el humilde precursor del refrigerador, que colgaba en un lugar sombrío junto a la casa. Estaba bien hecho, de madera, con dos o tres repisas, todo forrado con un enrejado de alambre muy fino para que no pasara ni un solo insecto. Jamás se nos echó a perder algo guardado allí. Hasta el cierre de su puerta era de madera.

Cuando llegó mi hora de ir al colegio, empecé a viajar en las góndolas Santucci. Recuerdo a su propietario y chofer, Toti, a “Peracho” (de adulta supe que su apellido era Peraggio) y al “chueco” Fernández (no me agradaba que lo llamaran así), todos amables, respetuosos y buenos conductores. Rara vez quedamos en pana, tal vez en invierno, cuando la nieve nos llegaba hasta las rodillas y teníamos que abandonar la góndola atascada en el hielo y seguir a pie -cantando y chacoteando por el camino- para llegar al colegio... atrasada.

La subida Glavic me preocupaba: la góndola parece que subía con pena, cambiando de marcha en la mitad de la cuesta... pero tenía que parar abajo, donde descendían mis compañeras Tita y Nora Mantecón, y eso le hacía perder la velocidad que traía hasta allí. Con el tiempo rebajaron mucho la curva en la parte de arriba, con flor de barranco donde jamás cayó nadie, que yo recuerde.

Debido a esto, mis padres decidieron sacar a mis hermanos de los internados para que anduviéramos todos juntos, en calidad de medio-pupilos. Casi me comieron a besos por rescatarlos de su “prisión”. Nuestra casa estaba aislada, ahí, en la mitad de la subida, pero al dar la vuelta arriba, nos enfrentábamos a la casa de quienes fueron como familiares nuestros: don Eugenio Neira, su esposa Elena, sus

hijos Eugenio, Elena y Alfonso. Él administraba ese lugar, propiedad de don Luis Davet. Era famosa su quesería... qué queso tan rico, pero no daba su receta. Cuando yo estudiaba en Santiago le pedía a mi madre que me pongan uno de esos quesos en la encomienda. En la capital, mis compañeras se lo peleaban.

Las cosechas eran abundantes: la falda de un cerro estaba sembrada de nabos y el papá traía, de repente, uno para que lo pesáramos... los había hasta de más de tres kilos. En la falda del otro cerro se sembraban arvejas y, como estábamos de vacaciones, entrábamos a trabajar como el resto de las personas del lugar. Bajábamos con las bolsas llenas, papá las pesaba y nos pagaba igual que a las pampinas, tanto por kilo.

Cuando se podaban los sauces que circundaban todo el lugar junto a la casa, venía un señor de apellido Quiroz, que vivía al final de la Pampa Alegre y se llevaba todas las ramas. No pasaba mucho tiempo y nos traía preciosos canastos para mamá y para mí.

A mamá le encantaban los pulpos y, al enterarse de esto un señor de apellido Frías, que sabía el momento preciso para capturarlos, venía con dos pulpos colgando de su mano. Ella preparaba entonces una sabrosa entrada, al estilo de su tierra, de su mágica Brac y también hacía un tucu para tallarines, como muchas veces probamos en nuestros viajes por tierra en Argentina.

Todo iba bien hasta que al papá se le ocurrió comprar casa en Punta Arenas, para evitarnos andar siempre en góndolas y regresar cuando ya había oscurecido.

Me vine llorando. Tengo alma de campesina y así me crié sus buenos años... los mejores de toda mi larga existencia.

Para mi gran dolor, nuestra querida casa de Pampa Alegre se quemó entera, una noche de viento, creo que fue en 1947 o 48. Quedó en pie solo la chimenea y, gracias a Dios, el cuidador se salvó. Mi padre, con el tesón y la serenidad que lo caracterizaban, decidió hacer una casita de material sólido para tener donde llegar los fines de semana y en las vacaciones, ya que la lechería seguía funcionando.

Ahora, cuando paso por Río Seco, lo único que se me ocurre es decir como en el poema:

“Todo qué distinto
qué cambiado está”.

“Y qué suavidades tiene
La ruta que el alma inventa
Para volver a su infancia
Que se quedó en una aldea”.





PUESTA DE SOL

JORGE ALBERTO URIZA (73 AÑOS)

Argentina

-Quiero que me hables de mí- dijo Elvira.

-¿Otra vez, amor?- Y sé que mi voz sonó más a aprobación que a reproche.

-Sí. Por favor, por favor...

-Está bien; pero después te dormís, amor, ¿sí? -Como siempre, la arropé un poco más. El cubrecamas olía a limpio y a flores; era el regalo que había recibido de nuestros hijos en el último Día de la Madre; fue una jornada hermosa, porque ese día ella había estado especialmente lúcida y animada; además, había concurrido mucha gente a este geriátrico municipal donde las enfermeras y algunas trabajadoras sociales también habían hecho lo suyo; hubo tortas, hubo música y una especie de triste alegría, pensé en ese momento, consciente de la contradicción; pero no se me ocurría otra manera de describir aquello: una alegría triste.

-¿Y...? -preguntó ella con los ojos cerrados.

-Ya, ya...

Inspiré profundamente y también cerré los ojos un momento, como si eso me ayudara a “ver” aquello que tenía que contarle a mi amor de toda la vida.

-El salón de fiestas del club está repleto -comencé diciendo-, todos nos miran cuando entramos. Estás hermosa; le regalás sonrisas a todos los que te saludan; algunos con la mano, otros con un leve movimiento de cabeza.

»Tenés puesto el vestido blanco con la cinta dorada que rodea tu cintura; tus zapatos, muy finos, realzan más tu elegancia. Más de uno murmura algo mencionando tu belleza. Para no desentonar tanto, yo me puse el traje azul oscuro y la corbata bordó que tanto te gusta.

»Este es el baile más importante del año y están todos; nadie quiere faltar. Vení, vení; nuestra mesa está a la derecha; la compartimos con Cholo y Carmen; y Alberto y Nenuca. En la mesa de al lado está el resto de nuestros amigos.

»Ya estamos por sentarnos y nadie ahorra elogios para describir lo hermosa que estás hoy; la orquesta ya se está preparando para comenzar a tocar; dicen que son muy buenos; y que la comisión directiva del club hizo un gran esfuerzo para traerlos. El primer vals que hagan salimos a bailar, ¿querés, amor? Sí, ya lo sabía, amás el vals; y más bailarlo conmigo; a mí me pasa lo mismo. Ojalá que sea “Desde el Alma”...

Hice una pausa; me di cuenta de que ya se había dormido; con una sonrisa. También sonreí; le di un beso en la frente.

-Hasta mañana, mi amor; que duermas bien -le susurré.

Cuando salí del geriátrico me detuve un momento; todavía no había anochecido. La puesta de sol en mi pueblo se veía especialmente hermosa.

Me estoy volviendo un poco torpe -o poeta-, me dije riéndome, al caer en la cuenta de estar comparando esa puesta de sol con nuestras vidas, la de mi amor y la mía, indivisibles, dos vidas en una, durante cincuenta y cinco años.

Nuestras vidas, pensé, duraron un día. Cuando amaneció, nacimos; bien temprano nos tocó disfrutar la magia de la niñez y la ilusión de la escuela; a media mañana llegó la juventud y el amor; mediodía: los hijos, las responsabilidades y el comienzo de la madurez; después, una larga tarde de aprendizajes, logros, decepciones, alguna tormenta -¿por qué no?-, alegrías, tristezas, nietos, ¡y hasta un bisnieto! ¿Fuimos felices? Creo que nadie ha podido definir la palabra felicidad, pero sé que fuimos felices. ¿Y ahora? Bueno, ahora está llegando: la puesta de sol. Ojalá sea como la que estoy viendo, así de plácida, sin nubes, lenta, sin que nadie se dé cuenta siquiera; y ojalá que nadie se dé cuenta tampoco que la semana entrante es mi cumpleaños; setenta y cuatro; porque Elvira ya no sabe cuándo es su cumpleaños ni el mío, por eso ya no me interesa el festejo.

-Nuestra puesta de sol... ¡Cómo se reiría Elvira si supiera lo que estoy pensando! -Y miré otra vez la última claridad del horizonte.

Muy despacio, arrastrando mi pierna derecha por aquella vieja dolencia, comencé a desandar las cuatro cuadras que me separan de nuestra casa; y como siempre que necesito sacudirme algún pensamiento triste, como una cábala, arranqué a silbar mi tango preferido.

Una cuadra más tarde ya me había olvidado de la puesta de sol.



MARCELA KARIN HUREL GALLEGOS (61 AÑOS)

El Quisco

Rompiendo barreras de prejuicios y discriminación, me encamino en esta vida día a día en una lucha constante por sobrevivir y sortear obstáculos de todo tipo y en todo lugar.

Recordando como si fuera ayer...

Aquí estoy, en un hospital, poco a poco despertando de mi operación. Amputada de mi pierna derecha. Una sensación extraña de mareo por la anestesia, que pronto pasaría... Levanté un momento la sábana, miré y ya no estaba. No había dolor y una impresión indescriptible me invadió. No era mentira.

A medida que pasaban los minutos tomaba conciencia de lo sucedido. El efecto de los calmantes se iba y mis gritos de dolor comenzaban a aparecer, como también las molestias del personal; lo pude comprender, había más pacientes.

Entre aromas a desinfectantes e incomodidades propias de un hospitalizado, me enteré en esta convivencia, sobre supersticiones o

creencias que se transmitían de paciente en paciente o tal vez como un ritual para el recién llegado. Advertencias para los que pasarán más de quince días en el recinto. Cosas que no se deben hacer cuando se está internado, que no consideré en ese momento y que, por esas coincidencias de la vida, tiempo después me arrepentiría de no escucharlas.

Fueron pasando los días, semanas y antes de cumplir tres meses regresé a casa con “mi amiga soledad”.

Acepté con entereza y determinación mi nueva y loca aventura, que era como tirarse al vacío sin paracaídas. Me tragué la pena y comencé de nuevo a sacar esa fortaleza que no sabía que tenía. Me subí a una silla de ruedas y me lancé a la calle para aprender a vivir otra vez. Resiliente o Ave Fénix. Yo lo llamo amor por la vida.

Nadie tenía la culpa de este acontecimiento, solo pasó, tal vez estaba escrito.

Aprendí a ser autovalente porque con esto eres libre. Soy más fuerte que antes y no me avergüenzo de mi condición. Borré de mis ojos las miradas morbosas y de mis oídos las palabras hirientes, amé esa mano amiga y cariñosa que, sin la obligación del compromiso, es ofrecida en un acto de amor infinito. Gracias por esas ayudas o esos intentos de querer y no poder, consciente al mismo tiempo de que debo pedir ayuda si la necesito.

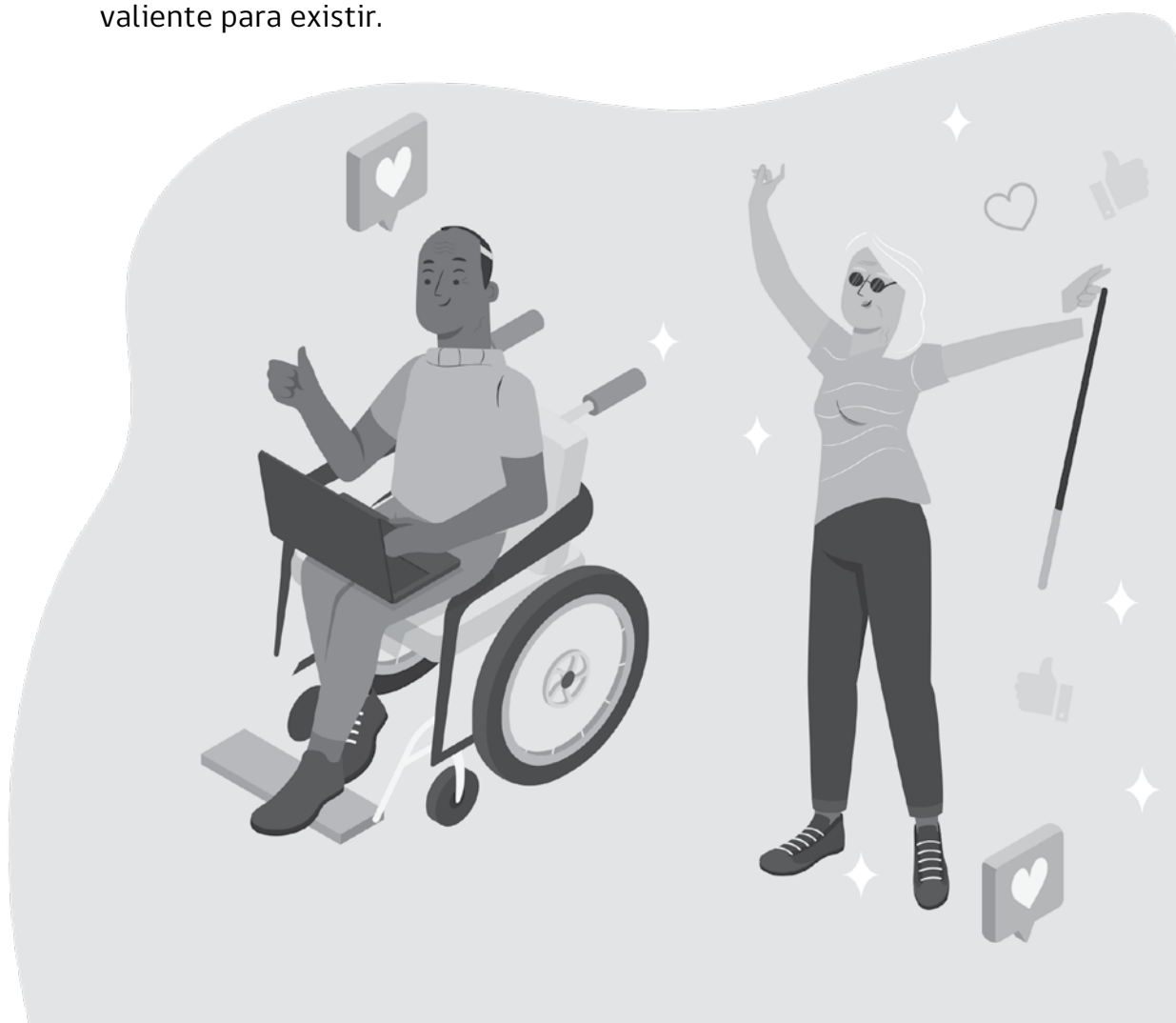
Los años van pasando, el camino se vuelve rocoso a cada momento, no pierdo las esperanzas de reír y cantar. Mi alma se fortalece.

Hoy vivo en la costa, entre cerros, quebradas que no puedo cruzar,

tierra y barro cuando llueve y una hermosa playa a la que pronto llegaré. Nuevos retos por superar.

Mi espíritu fortalecido, el valor heredado.

Si me caigo me levanto, sacudo mi ropa y sigo adelante, cantando a veces con la pena, saco de mis mejillas la sal de mis lágrimas secas. Vivir es un privilegio y lo digo con propiedad, he tenido que ser valiente para existir.



Mención "Voces de los pueblos originarios"

Región de Antofagasta

**RESUMEN DE LA
HISTORIA DE MI VIDA**

ABELDINO CRUZ CRUZ (80 AÑOS)

San Pedro de Atacama

Nací un día 9 de noviembre de 1941; mi madre era soltera y vivía aún con mi abuelita, Francisca Reyes, que tenía aproximadamente 70 años.

Nací y crecí en la extrema pobreza, como era normal en el pueblo de Peine. Desde que nací me crié con mi abuelita hasta los cinco años. Mi abuela nos mandaba a realizar algunas tareas que podíamos hacer, a veces bien o mal o simplemente no lo hacíamos; muchas veces nos pegaba, pero era muy normal para nosotros.

Viajábamos a las estancias del campo o a la cordillera; sufríamos, pero éramos felices.

Un día, por razones que no entendí, mi madre me llevó a vivir a otra casa, donde conocí a un hombre llamado Ceferino Mora, quien sería mi padre; en los primeros días extrañaba a mi abuelita. Este hombre extraño comenzó a mandarme con un tono que asustaba mucho y yo no atinaba a hacer las cosas como él quería. Muchas

veces no entendía que siendo tan chico tenía tantas obligaciones. Por la mañana tenía que hacer fuego, ir a buscar agua al nacimiento (vertiente natural), hacer churrascas a las brasas, tostar maíz, ir a buscar pasto para los animales, regar los huertos; todo esto, cuando estábamos en Peine.

Cuando nos dejaban en el campo eran otras las tareas. Tenía que mismir los hilos, trenzar las sogas, hacer las cinchas, las manías para hacer los chuilos (una mallita de lana para colocarla en el hocico del chivo chico todas las noches, para sacar más leche y hacer más quesos).

En las mañanas, antes de ir a pastorear al campo, tenía que guardar los chivos chicos en el “chiquero” (casucha bien cerrada) para que no entren los zorros en el día, y más responsabilidades que de a poco fui aprendiendo.

Sin mi padraastro, la vida era diferente, disfrutábamos jugando, riendo, conversando en las estancias, contando algunos cuentos que sabíamos de nuestros abuelos. Siempre nos acostábamos temprano mirando las estrellas y nos contaban que cuando una persona moría se iba al cielo y tenía que cruzar un río blanco que allí había, montado en un perro.

Para presentarse ante Dios tenían que llevar sagradamente un mortajo de lana blanca y negra que lo hilaban al revés con varios nudos, según los misterios. Este mortajo lo preparaba una persona que sabía y hacía de maestro (los demás ayudaban a confeccionarlo), él lo colocaba amarrado en la cintura, de lo contrario, se decía que quedaría en el infierno. Por eso, cuando alguien se moría, se mataba un perro.

“Pular” es una vega que la mayoría de los peininos llevamos en el corazón, porque allí sí la pasábamos bien. La mamá prendía el fuego cada mañana con una leña muy perfumada que hasta hoy la llevo en el olfato, era la “rica rica”, el “pingo pingo”, la “añagua”, la “chacha”, el “colan”, todas estas plantas servían para hervir el agua, para tomar un jarrito de hierba mate traído de Argentina, té de burro o café tostado de maíz hecho en casa, a veces con más suerte un medio pancito, a veces solamente un poquito de maíz tostado y a dormir muy felices esperando el nuevo día para ir a la piscina.

Al amanecer, era típico escuchar el canto de las aves por todos lados, el “rotoroto”, la “parina”, el “pato” y muchas aves más que nos despertaban.

Todos los niños nos juntábamos a jugar en la vega, haciendo figuras de barro de todos los animales que teníamos. Nos bañábamos en las aguas termales hasta donde más podíamos, porque después debíamos ir a buscar leña, chular los chivos para sacar más leche y hacer queso al día siguiente.

Sabíamos de nuestras obligaciones, por las tardes teníamos que revisar los nacimientos, ya que en las vegas había muchas ovejas que, por tratar de comer mejor pasto, se acercaban mucho a la orilla y caían al nacimiento. Si al llegar al corral faltaba una oveja, teníamos que ir a buscarla a la hora que fuese, a veces la encontrábamos empantanada viva, otras veces muerta.

Los antepasados tenían la costumbre de hacer todos los días churrasca, que al momento de repartir nos tocaba la mitad; solo los viejos tenían más privilegio y siempre les tocaba lo más bueno y entero. A los viejos no se les podía reprochar nada, no se les podía

decir “a mí no me gusta”, “le falta azúcar”, “le falta color” o que era muy chica la porción, etc.

Nosotros no conocimos el “sándwich”, ni siquiera teníamos idea de que existía. A la hora del almuerzo nos sentaban en el “poyo” (un asiento de piedra y barro) que estaba alrededor de la pieza y se repartía lo que hubiera, por lo general una harina de cualquier grano con chicharrones o un poquito de grasa, cualquier sustancia, no importaba, nadie se preocupaba de los detalles.

Bastaba comer lo que sea y ocuparnos en pastorear al campo para que las cabras y las ovejas den más leche y hacer más quesos. En la tarde había que chular los chivitos chicos, así era nuestra rutina.

Hasta que cumplí la edad de 8 años, ya iba a la escuela, ya a final de año se empezaba a abrigar el tiempo, mi papá ensillaba los burros para llevarse a mi madre a Pular y yo me quedaba muy triste en Peine, porque sabía lo que me esperaba con mi padrastro, que empezaba a mandarme cosas imposibles y con un tono despreciable, volvía el maltrato por cualquier motivo.

Cuando salíamos de la escuela, mi papá me estaba esperando para cumplir con trabajos atrasados y ahí se me complicaban las obligaciones del colegio y para colmo de los males el profesor Darío Lara Saldías venía con ideas muy autoritarias, queriendo cambiar las costumbres de la gente en su modo de vivir y de a poco lo fue consiguiendo.

Los niños le teníamos mucho miedo cuando lo veíamos, llegábamos a temblar... era un infierno, el profesor nos mandaba a hacer tareas para la casa y en la casa no había tiempo, a veces no las hacíamos y el profesor mandaba a buscar al apoderado; cuando mi padrastro

era enterado del motivo de la citación, le decía al profesor que estaba autorizado a proceder como le fuera conveniente y añadía: “ojalá lo mate”.

En las mañanas, antes de partir al colegio, tenía que cortar pasto para los animales, a veces llegaba atrasado al desayuno. Nos formaban para tomar la leche, después a clases y a las 13:00 horas nuevamente hacíamos una fila para almorzar, recibíamos nuestro plato y nos servíamos en cualquier rincón, no había mesas ni bancas. Después debíamos lavar los platos en el río y entregarlo limpio para el otro día.

En la escuela había horas muy bonitas y eran cuando jugábamos muchos juegos, por ejemplo: el queche (era para los más grandecitos), las bolitas, a las calitas con tirollo, al trompo, al diablo. En el día de deportes jugábamos fútbol, básquetbol, las postas con relevo, cien metros planos, salto alto, salto largo, algunos más liberales jugaban en la calle; pero eso era un riesgo, porque si el profesor Darío lo sorprendía, al día siguiente le pedía la tarea hecha; y si no estaba bien, el profesor lo ponía al frente para castigarlo. Al profesor le encantaba castigar pegando en las manos con una tabla, por eso poco le duraban.

En esos días llegó un señor llamado Tomás Morales, que se alojó en casa de la señora Adelina Barrera, me mandó a llamar para presentarse diciéndome que era mi papá, que quería ayudarme, pero temía que mi padrastro supiera, me dijo: por ahora te voy a dar cinco mil pesos, después te voy a seguir ayudando. Me fui a mi casa muy impresionado, confundido al recibir esta noticia de tener un papá del cual no sabía nada y ahora esperaba que llegara mi mamá para contárselo. Cuando se lo conté, ella se incomodó mucho, no sabía qué decirme; lo único que atinó fue encargarme

que no le cuente a mi padrastro; yo, sin entender mucho sobre el problema, tuve que guardar el secreto y seguía esperando la ayuda que nunca más llegó.

Lo primero que compré fue un saco de pan duro seco, que traían a vender algunos comerciantes, y yo invitaba un amigo a mi casa a comer pan. Fue lo mejor que me había pasado cuando más lo necesitaba; el resto de dinero se lo entregué a mi mamá para que lo guardara para pedirle cuando necesitara. Según ella, lo enterró en un rincón de la casa y un día, cuando le pedí unos pesos a mamá... no encontró ni un veinte, no nos quedó otra que callarlo para siempre. Fue una pena muy grande para mi madre, porque nunca se imaginó que alguien lo podía encontrar.

Nuevamente llegaba mi padrastro y se acababa la alegría, la libertad y así fue pasando el tiempo en el quehacer de las cosas y fui perdiendo mi niñez; a esa edad nos mandaban a juntar algarrobo o chañar, a veces nos íbamos a “cocolar”, es decir ayudar a otra persona para ganar un poco de lo que lográbamos juntar.

Cuando llegaba mi padrastro, para mí era un infierno; volvía con un tono desagradable, y hacía una gran diferencia conmigo; yo no sabía ni me daba cuenta a esa edad de tal persecución.

Mi padrastro era malo con mi madre y mis hermanos, pero conmigo era peor. Hubiera preferido ser el más pobre del mundo, pero vivir tranquilo junto a mi mamita, pero ella se casó con mi padrastro y nos maltrataba a los dos con palabras y golpes.

A veces me pegaba a mí y mi mamá sufría verme humillado y tenía que callar porque si decía algo a favor, ella recibía el castigo doble, para que no se vuelva a meter y así me fui criando viendo

tanta injusticia; él me compraba bolsas harineras argentinas para hacer mis pantalones con letras grandes que decían “70 kilos neto Industria Argentina”; eso era muy normal y a mis hermanos les compraba género normal. Yo no conocía zapatos, solo hojotas de neumáticos de vehículos con sudaderos de cuero de vacuno y correones bien sobados que yo mantenía en buen estado; mi cama eran tres cueros de cordero y dos frazadas de lana de oveja; con eso tenía que ir a todas partes.

En la cordillera andaba un tanto mal cuando mi padrastro me llevaba a todas partes de viaje a contrabandear, me enseñaba todos los caminos, todos los contactos, los trueques y así empecé a viajar solo a pie con tres burros a la Argentina, donde conocí varios pueblos; y para hacer este servicio tenía que cumplir bien, muchas veces de noche con mucho miedo pero tenía que viajar como sea y así, de alguna manera, llegaba de regreso con mis carguitas de matute que el viejo recibía medio conforme y yo con un recuerdo de un sufrimiento que no quería volver a repetir.

Poco a poco me fui volviendo más rebelde y por mi cabecita empezaron a pasar las ideas de irme a cualquier parte del mundo, pero no sabía cómo y cuándo. Pensaba cómo iba a dejar a mi mamá, eso no permitía decidirlo, pero al fin sucedió lo que tantas veces había pensado.

Después de tantas humillaciones que recibí de mi padrastro, tenía un burrito que era mi sillero, que había de servirme para descansar montándome en él, pero para eso el viejo me ponía varias reglas que me confundían y no podía hacer uso tranquilo del burro; me decía: “El burro es solamente para descansar en las partes parejas o planas, en las bajadas te bajas y en las subidas también”.

En uno de los tantos viajes, por primera vez a los 14 años, en una ida a Argentina, Vega Arizaro, los campos son disparejos, hay bajadas, quebradas, de todo... de repente, en un lugar más o menos parejo, me monté en el burro, al poco rato había una bajadita, el viejo me dijo: *Oye te recuerdo que el burro es para descansar en las partes parejas*; entonces me dio una rabia y una impotencia de no poder contestar y pensé: *esta vez voy a demostrarle que ya no estoy para la chacota...* esperé que se presentara una cuesta (una bajada larga y pendiente) para que yo me quedara detrás de unas piedras, haciéndome que estoy en un acto de servicio; después de mucho rato él avanzó hasta llegar más abajo, donde seguía un llano largo por el lado argentino. Como él necesitaba que lo ayude a arriar la tropa, me miraba desde lejos, haciéndome señas de que me apurara y me advirtió que me mataría por la burla que le estaba haciendo. Yo, encaprichado, avanzaba muy poco, solo con la intención de burlarme, hasta ver las consecuencias y así cometí el gran error de acercarme mucho a la pampa; no pensé que se devolvería montado en la mula; yo arranqué hacia un lado, con intención de llegar primero a la orilla del salar de Pular a un lugar conocido como Varillas, lado argentino, pero era mucha la distancia que corrí y me cansé. Me alcanzó montado en mula al galope y ahí se armó la guerra; yo había recogido muchas piedras para lanzarle por donde le cayera; la idea era que no me pudiera pegar.

Así entre peñascazos que le di a él y a la mula, él también me pegó varios huascazos, seguí arrancando y lanzando piedras hasta que logré llegar a la orilla del salar, donde me refugié y pude descansar. A todo esto, los burros estaban cargados y botados en la pampa con algunas cargas en el suelo, el viejo se devolvió a buscarlos, mientras yo recuperaba energías y me acerqué a él, para seguirlo hasta llegar a la estancia de Tari, donde estaba mi mamá... hasta ahí él llegó solo. Descargó todos los burros, yo estaba sentado

cerca mirando toda la falta que le hacía, mientras la tarde o el sol se iba entrando y el frío iba obligando a entregarme, pero de alguna manera aguanté hasta que se oscureció; ellos comieron y se acostaron.

Yo, sin saber aún que iba a ser de mí, poco a poco me fui acercando a ver cómo podía hacerme de un abrigo, por casualidad o porque el viejo me dejó la carnada... mi cama había quedado afuera de la pieza donde estaba él y con mucho cuidado armé mi cama y me acosté con la vista en la puerta del rancho, para ver que no vaya a salir el rival. Pasaron varias horas, me confié mucho y de repente me quedé dormido no sé por cuánto rato; al despertar pasó lo que jamás pude imaginar: de pronto quedé sin las frazadas y empezó a golpearme por todos lados, entre sueño me daba vueltas de dolor, hasta que perdí la noción, ya no sentí nada.

Solamente él supo lo que hizo, lo único que puedo contar es que habrían pasado unas horas cuando reaccioné, tenía el cuerpo muy adolorido y con muchos cototos, moretones por todas partes; poco a poco fui recordando y el resto me lo imaginé. Yo había quedado inconsciente y seguramente ahí recién me dejó de castigar, me tapó con las pocas frazadas que tenía y me dejó allí hasta que amaneció.

Al otro día, muy temprano, fue a verme y, yo al verlo, me quería morir pensando que podía seguir golpeándome... no fue así, pero me obligó a levantarme para continuar con las obligaciones, mi mamá no se enteró de lo sucedido en el viaje que casi terminó en una tragedia.

Este suceso sirvió para que, de esta experiencia, decidiera qué haría con mi vida y a los pocos días tuvimos que viajar con todo el ganado

de Pular a Túlán y mi mamá lloraba cuando veía recuperarme, yo aún no le había contado lo sucedido en el viaje, hasta que un día le conté todo y le dije a mi madre que el próximo viaje ya no regresaría, porque yo había decidido no seguir resistiendo tanta humillación y maltrato.

Como siempre, él programó un viaje a la Argentina y dejamos a mi madre en la estancia con mis hermanos más chicos y nosotros hicimos otro viaje de los que siempre hacíamos a la Argentina, pero esta vez, desde que partimos, yo no podía sacar de mi mente la idea de irme sin regreso.

Fue así como, después de varios días de camino, llegamos al lugar donde debíamos retirar la carga; primero nos fuimos a Vega Arizaro, sacamos una partida de carga para ir a dejarla a Pular; de ahí recién nos iríamos a la estación Taca Taca; en todos estos lugares hacíamos cambalache de mercaderías.

De Chile llevábamos mentol, cremas "Lechuga", ollas, máquinas y a veces coca por paquetes de 20 kilos y de la Argentina traíamos harina para hacer pan, manteca, aceite, jabón de tocador y jabón de lavar, alpargatas y muchas cosas más.

En estos viajes, al llegar a estas estaciones yo siempre llevaba mis dos cargas de leña para cambiar con cuatro tarritos de picadillos o pan amasado que los argentinos hacían muy rico.

También traía muchas alpargatas viejas de la basura que los ferroviarios botaban casi nuevas, esos eran los únicos negocios que yo hacía y para retirar la carga por lo general viajamos de noche o en la madrugada, hasta llegar a un lugar escondido; nosotros conocíamos muy bien las diversas partes de la cordillera.

En ese viaje alojamos en un ranchito donde había agua; al otro día teníamos que salir muy temprano de esa zona, tomábamos desayuno y nos apurábamos a cargar para partir.

En ese instante tenía que coronar el burro con mi cama. El viejo extrañó por qué no quería coronar mi sillero; algo extraño estaba por suceder; al ver él esta anormalidad, exclamó: “apúrate hombre, ya te entró el diablo, ya sabes lo que te va a pasar!”, y yo le respondí al instante: “¡Ándate, desgraciado, no me verás nunca más a tu lado, y correteándome con un lazo de cuero que tenía para los animales me dijo: esta vez te dejaré muerto a huascazos; y arrancando gané al lado de un cerro de subida; el viejo era un gordo que apenas se movía, así que aproveché de burlarme gritándole palabras que me llegaban a la mente: “esta vez te vas solo, desgraciado, ándate no te quiero ver más”.

Me miraba con una rabia y unas ganas de agarrarme; pero eso era imposible porque yo tenía muy claro mi plan y se tuvo que ir resignando de a poco y empezó a arriar los animales, seguro tenía la esperanza de que yo viajara con él, me dejó el burro amarrado en una piedra para que ensillara con mi cama; y cuando él avanzó varios metros, me acerqué al burro, le saqué la soga para que se fuera y el burro se fue al galope y lo alcanzó; nuevamente él lo volvió amarrar en un monte, fui allí y lo volví a desamarrar para que se vaya. Yo seguí con la firme decisión de quedarme en el lado argentino, allí tenía un amigo que me prestaría ayuda, todo esto ya lo había conversado, por eso esta vez estaba más seguro de lo que estaba haciendo.

Al final el viejo avanzó y avanzó, hasta perderse de vista, y el burro lo siguió, lo alcanzó sin soga ni explicación, y yo eché al hombro mi cama que no era mucha y me regresé donde estaba mi amigo

Frutoso Cruz, que trabajaba en la Empresa de Salinas Incasal de Taca Taca.

En la tarde, cuando llegó del trabajo al campamento, yo era una sorpresa para él, no podía creer lo que estaba pasando; se alegró mucho y me ofreció un rinconcito para que me alojara y me dijo: “después hablaré con el jefe para que te dé trabajo”. Ya se hacía tarde, me invitó a cenar y después hice mi cama y descansamos. Al otro día, cuando desperté me di cuenta de que era ¡libre, libre!, como un ave... ¡no lo podía creer! no imaginaba qué iba a ser de mi vida. Estaba un poco triste, también un poco alegre, porque tenía tanto mundo por recorrer.

Mi amigo me llevó a conocer su lugar de trabajo, allí pasamos el día, almorzamos juntos. Él cocinaba solo para él, pero esta vez era para los dos.

Pasaron aproximadamente dos meses y un día de esos me dieron trabajo, consistía en sacudir sacos para envasar sal.

De a poco me fui acomodando y ya ganaba mi platita. Seguí junto a mi amigo, ahora más seguro de mi destino, sin que nadie me mandara.

Cuando habían pasado varios meses, disfrutando de mi libertad, un día menos pensado, apareció mi padrastro; esta vez me saludó muy humillado, casi llorando, y me dijo: “hijo vengo especialmente mandado por tu madre, para decirte que vayas a verla, ella llora mucho por ti y me pidió que te llevara. Traje una mula ensillada, no hay problema si quieres llevar algo, traje unos burros para cargarlos, nos vamos mañana y te traeré cuando tú digas, yo estoy disponible”.

Escuché todas las posibilidades de ese viaje, pero no me convenció y le dije: "Voy a mandarle algo a mi madre, pero yo no podré ir ahora, quizá en un tiempo más".

Cuando terminé de darle mi explicación, me volvió a rogar: "¡Vamos, hijo, tu mamá llora mucho, me dijo que fueras para saber que estás bien y te vienes, yo te traeré... así ella se quedará conforme!"; le contesté: "No voy a ir, le dije, le dice a mi madre que estoy muy bien, solo la echo de menos a ella y que ella venga si puede". Entonces me dijo: "si no quieres ir por las buenas, vas a ir por la fuerza, yo te voy a recordar que soy tu padre".

Apenas terminó de presionarme, arranqué para el cerro, sin dar más explicaciones y me quedé esperando que se fuera pronto... no lo quería ver más. Ya era libre y nadie me podía imponer nada.

Así fue que me esperó todo el día... yo no llegué y de alguna manera me di mañas para pasar las horas hasta cuando se fuera y seguí viviendo junto a mi amigo.

Hasta hoy pienso cómo perdí mi juventud que hoy la comparo con mis hijos y todo es diferente, yo no jugué cuando niño, ni disfrute del cariño de mis padres, nunca tuve las posibilidades de trabajar en una empresa grande, siempre la pala fue mi compañera, adonde iba siempre estaba dispuesto a trabajar en lo que sea. Siempre tuve la idea de ser el mejor, siempre honrado y salir bien, pensando que cualquier día iba a volver, aunque casi nunca volvía.

Un día decidí viajar en un camión que pasó aproximadamente a las ocho de la noche para que me deje donde apartara la huella para el Laco; ahí llegamos como a las una de la mañana, bajé mi amarro de cama y en medio de una oscuridad tomé rumbo con dirección

al Laco. Al poco andar decidí arrinconarme a unas piedras hasta que aclare un poco, hice mi cama y me acosté, de repente me dormí y cuando desperté ya estaba claro, amarré mi cama la eché al hombro y partí nuevamente, anduve como veinte kilómetros y ya no podía más de cansado, con sed una tarde soleada; cuando faltaban aproximadamente quince kilómetros, venía subiendo un camión del agua para sondaje a la mina... fue mi salvación, así llegué al campamento del Laco, donde encontré varios conocidos de Peine.

En la tarde llegaron los jefes, me entrevisté para contarles la razón de haber llegado hasta allá y me preguntaron varios datos, entre ellos qué profesión tenía y les contesté: "no tengo profesión, solo las ganas de trabajar en lo que sea, yo me adapto a todo". Esa tarde firmé contrato, al otro día a trabajar a los piques de reconocimiento, donde conocí el fierro y así me fui adaptando.

Ahí fui conociendo la felicidad de trabajar en Chile en una empresa; era diferente, daban de todo: buena comida, buen sueldo, alojamiento y muchas regalías más. Teníamos canchas de fútbol, otros jugaban a la brisca, al carioca, al trompito toma todo. Cada cual iba donde le gustaba.

A los 23 años recién le tomé el gustito al fútbol, me puse muy bueno, aunque no lo crean, hacía muchos goles, por eso cuando formaban un equipo me elegían de los primeros y me puse fanático, muchas veces no comía. Nos quedábamos jugando porque eso era mi vida, todos días lo mismo, a veces apostábamos duraznos en conserva o lo que sea.

En el Laco conocí la felicidad, tenía 23 años y tuve la suerte de trabajar en la Empresa Santa Fe.

Al pasar los días conseguimos permiso para las fiestas en Peine; nos aceptaron, pero nos dejaban en el portezuelo frente al volcán Lascar; todo eso para nosotros era un éxito; aunque teníamos que viajar a pie por Socaire, lo hacíamos encantados, a veces nos quedábamos hasta más tarde, solo nos interesaba llegar a Peine, porque al otro día había fiesta deportiva y en la noche el bailoteo. Nos juntábamos jóvenes de todas partes de Calama, Monturaqui, lo pasábamos bien, pero lamentablemente a los pocos días teníamos que regresar al trabajo.

Cada uno buscaba su medio de transporte para viajar, unos en burro, otros a pie, la verdad es que nadie se extrañaba, varios viajábamos en burro con dirección al Laco, andábamos todo el día hasta que entrara el sol y ahí dormíamos.

Al otro día muy temprano empezamos a caminar para llegar al Laco y así pasaban los días, hasta que llegaba el invierno. En esta zona hacía mucho frío y se tapaba de nieve, no se podía trabajar, así que la empresa nos trasladaba a una mina de cobre en reconocimiento, que está entre Paposo y Taltal, la mina "Santo Domingo". Ahí pasábamos el invierno a la orilla del mar.

Cerca del campamento habían unas posadas que vendían pescados "del mar al paladar"; a veces también nos íbamos a Taltal a saborear un copete y nuevamente llegaba el verano, teníamos que regresar al Laco.

Así pasaron varios años, hasta que un día la empresa terminó el reconocimiento del mineral, quedando declarada como reserva del país; cancelaron a todo el personal y nosotros nos fuimos a Peine. Pasado un tiempo, mi mamá tenía aproximadamente 50 años, mi padrastro, por motivos que nunca supimos, salió a tomar varios

días sin llegar a la casa, demostrando su disconformidad con la familia. Tanto así, que lo llevó a intentar contra su vida, dándose tres disparos en el pecho con un rifle que tenía en su propia casa; y a pesar de esto, seguía con vida. Todo ensangrentado y borracho, gritaba de dolor; la gente se dio cuenta de que estaba herido grave y nos fueron a avisar. Cuando fuimos a verlo nos encontramos con esta desagradable situación. Inmediatamente tomé la decisión de viajar a Toconao, arrendé una bicicleta a don Vicente Conzué y me fui por una huella pésimamente mala, pero no había otra opción y debía hacerlo, para dar cuenta a Carabineros.

Cuando regresamos a Peine ubicaron a mi padrastro para tomarle algunas declaraciones, él les contestó: “mi señora tiene toda la culpa, ella sabe todo”, se dirigieron a mi mamá como si ella fuera la culpable. Luego subieron a mi padrastro al vehículo y detuvieron a mi mamá por su posible participación y de un momento a otro ella tuvo que irse dejando todo botado, el viejo al hospital, mi madre detenida... tuve que quedarme en la casa con mis hermanos menores.

Habían pasado varios días, no sabíamos nada de ellos porque en esos años no había comunicación, pero al cabo de diez días llegó mi mamá muy agitada y nos comentó: “he pensado mucho, tengo un dolor en el pecho, a veces se me corta la respiración estoy durmiendo a sobresaltos”. De a poco nos fuimos dando cuenta de que ella estaba mal y nos decíamos que antes de que viajara ella estaba bien.

Al pasar los días, mi mamá fue empeorando, así que decidí llevarla a Calama y por una casualidad llegó un camión que tenía su ruta por Socaire; le expliqué al chofer mi problema y este me entendió, dijo que tendría que ser en la carrocera; le dije que no importaba,

que estábamos acostumbrados a andar así. Partimos con mi madre rumbo a Calama, con la esperanza de verla mejorada.

Desgraciadamente nuestra ilusión duró muy poco, porque al recorrer 25 kilómetros de Peine en la subida de Cas, mi madre se paró y en la desesperación tiraba los brazos a cualquier lado; traté de contenerla, porque se me podía caer del camión y en ese momento me habló por última vez, me dijo: "hijo ya no doy más ya no, no, no" y se dejó caer en mis brazos, se quedó como dormida; esperaba que reaccionara como siempre lo hacía al ponerle pañitos mojados en su pecho, dándole agüita... así llegamos a Socaire.

Bajamos en la casa de mi tío Silverio Cruz R. esperando que regrese el camión del pueblo para continuar el viaje.

Cuando retomamos el viaje rumbo a Calama, mi mamá ya no reaccionó nunca más y así la tuve que dejar en el hospital con la esperanza de verla mejor.

Esa noche dormí muy poco, me levanté muy temprano para saber cómo amaneció mi mamá. Pasaban las horas, yo daba vueltas en el hospital preguntando por ella, nadie sabía nada, tampoco aparecía en las listas y ya empezaba a presentir que algo malo estaba pasando, hasta que al fin me dieron la más triste noticia... mi mamá había fallecido.

Con esas palabras se perdieron todas mis esperanzas, las fuerzas; como pude me arrinconé a llorar, sin pensar nada más que en llorar. En un momento reaccioné y me pregunté qué iba a hacer solo, empecé a caminar por la calle con dirección a la municipalidad, con un instinto de querer hacer algo que no sabía qué era. En esos momentos me acordé de un vecino de Peine, don José Cruz, que

trabajaba allí; entonces pregunté por él hasta que lo ubicaron y enseguida conversamos el problema que tenía, le dije: “mi mamá ha fallecido en el hospital y tengo que retirarla, no tengo el ataúd ni en qué movilizarme, estoy solo, no sé qué hacer”.

Don José pidió que me calmara mientras él hablaría con un amigo para hacerle una carta a la iglesia de Calama, en donde solicitamos una ayuda para el ataúd. Después llevamos esa carta a la Iglesia y gracias a Dios solucionamos ese problema... nos regalaron el ataúd. Después continué con el problema de transporte, había buscado movilización por todas partes y al fin arrendé un camión a un señor de apellido Mondaca, de Toconao, y nos fuimos a la morgue para retirar a mi madre. Aproximadamente a las 19:00 horas partimos a Peine el chofer y yo, el ataúd en la carrocería; en esos años no había reglas para transportar los ataúdes, llegamos a Toconao sin problemas. Fuimos a la casa de doña Serapia Cruz, allí descargamos el ataúd para descansar una hora; en ese momento llegó harta gente con flores. Posteriormente seguimos a Peine, llegamos como a las 12 de la noche.

Al llegar vi a mi abuelita que estaba con mis hermanos, después llegó mi tío Paulino... cada encuentro, cada pêsame abría la herida y no lograba calmar mi dolor, hasta el momento de sepultarla.

Después seguí junto a todos mis hermanos, ya sin madre, sin padre y sin tener culpa de todo esto, debíamos seguir manteniendo la casa hasta que mi padrastro regresara del hospital.

Habían pasado tres a cuatro meses, un día llegó el viejo muy humilde, llorando me dijo: “qué vamos hacer ahora, tu mamá se fue y yo enfermo no duermo pensando lo que ha pasado”; esperé que se lamentara de todo para decirle que yo lo estaba esperando

para entregarle a sus hijos y que lamentablemente tendrían que irse a vivir a su casa, que yo quería estar solo y quizá me iría pronto a otro lugar... aún no sabía qué hacer.

Me dijo: pero hijo, yo me puedo quedar un tiempo aquí, hasta mejorarme, después nos iremos. Pero a mí no me corría ni un grado de lástima, así que le dije: para mí no hay otra razón, esta casa es mía (la había comprado con mi trabajo) yo quiero estar solo. Al final se convenció y a los pocos días se cambió con todas sus cosas... me quedé solo por unos días porque la tristeza venía a mi pensamiento... extrañaba a mi madre y al ver sufrir a mi padrastro, mis hermanos chicos, sentía lástima y la única solución era irme de Peine a cualquier parte. En esos días no sabía cómo iba a rehacer mi vida si sentía que lo había perdido todo.

Por esas cosas de la vida, mi primo Federico Secundino Cruz se encontraba en Peine, estaba cesante. Un día conversando con él, decidimos salir a buscar trabajo, amarramos la cama de cueros junto con frazadas de lana de oveja y partimos rumbo a Calama. Después a Antofagasta, de ahí tomamos un tren que iba a Pueblo Hundido y de alguna manera llegamos a la mina Carmen, ahí nos encontramos con la empresa Santa Fe con la que ya habíamos trabajado en otro tiempo, después nos llevaron a Copiapó a sondear unas minas donde estuvimos varios meses, de ahí nos trasladarían al sur; eso no nos agradó mucho ya que en esos tiempos teníamos la costumbre de no alejarnos mucho de Peine; al fin terminamos renunciando a la pega para devolvernos a la mina Julia, donde trabajamos dos años.

Un día menos pensado me llegó una carta del Ferrocarril del Estado, mi hermano Sebastián Mora C. (q. e. p. d. por el Covid), me mandó una carta donde me hacía saber que iban a recibir personal

en la empresa. Para mí fue una buena noticia y le comuniqué a mi primo; a este no le agradó mucho y me dijo: “yo más al cerro no voy, si quieres irte tú, anda yo me quedaré aquí, a lo mejor me voy a Calama”.

Con mucha pena yo decidí viajar a Baquedano a ver esta posibilidad de trabajo. Me despedí muy triste de mi primo, con quien había andado tantos años, dejando un pasado de recuerdos, y cada uno siguió su camino.

Al fin yo entré al ferrocarril y mi primo con el tiempo entró a Chuquicamata. Luché mucho para entrar al ferrocarril; primero me fui a trabajar a la empresa Ferrocarril Antofagasta-Bolivia, trabajé casi dos años y me retiré. Me fui medio año a la mina “Lomas Bayas”, hasta que me llamaron del Ferrocarril del Estado Ramal de Augusta Victoria a Socompa, una empresa donde trabajé muchos años y pasé de todo hasta cumplir los 28 años, llegué a la estación Imilac a una cuadrilla de puros viejos y al poco tiempo me fui enrolando con la gente de Monturaqui; empecé a viajar a Peine en todas las fiestas y descansos.

En los primeros tiempos viajábamos por Baquedano a Calama, donde casi siempre nos juntábamos para viajar en los camiones de Socaire o de Toconao. A veces teníamos que esperar en la huella a la aventura, muchas veces se nos terminaba el descanso, teníamos que regresar y esperar el descanso en cuarenta y cinco o sesenta días más; ahora, para más seguridad, viajábamos directo a pie o en bicicleta; algunos tenían sus burros, los cuidaban en el campo o en la vega hasta el día que los necesitaban y de alguna manera llegábamos a Peine. De regreso también lo hacíamos por ahí, aunque sufríamos mucho, pero era preferible.

Yo estaba un poco más complicado, porque tenía que subir de Imilac a Neurara, donde pasaba el camino tropero de la costa y una huella de vehículos que venía de Monturaqui, se notaba muy poco, no se podía correr mucho, porque era malo; algunas veces veníamos a pie, echábamos dos días; otras veces en bicicleta; nos demorábamos menos... dieciocho horas.

Con el tiempo me compré una motocicleta "Yamaha 100", cero kilómetros; ahí me demoraba cuatro horas y casi siempre solo; así, de alguna manera, me organizaba para llegar a Peine.

Fue así como después de varios años el destino cambio mi vida y mi soledad, porque a los 29 años encontré a mi compañera Danny Morales Carral, para formar con ella una familia conformada por 6 hijos, 13 nietos y 5 bisnietos.

Dicen que la suerte es para el que la tiene y no para el que la anda buscando. Para mí fue un tesoro que encontré, lo que al final no todos pueden conservarlo y yo soy un agradecido de mi destino. Gracias a Dios, puedo decir con orgullo: "qué más le puedo pedir a la vida".

Mi esposa e hijos me motivaron a escribir un poco de mi vida y encontré que era una estupenda idea, pero al pasar los días me daba mucha pena, me corrían las lágrimas frente al computador cuando recordaba cómo vivía en esos tiempos. No es fácil recordar cuando se tiene un pasado como el mío; lleno de tristezas, amarguras, pobreza y maltrato.

Estoy agradecido de Dios porque nos ayudó toda la vida y aún seguimos trabajando para apoyarnos... mi familia es grande, unida y muy hermosa... Dios ha sido bueno.



Concurso Literario Autobiográfico **Confieso que he vivido**

Séptima edición 2021





 Senama Gobierno de Chile

 @SENAMAGOB

 senama.gob

 Senama Gob



Relato | **LAS TRES CORBATAS** - Región del Maule
Ganador Nacional | **Autor:** Luis Valenzuela Cerón. (73 Años). Curicó